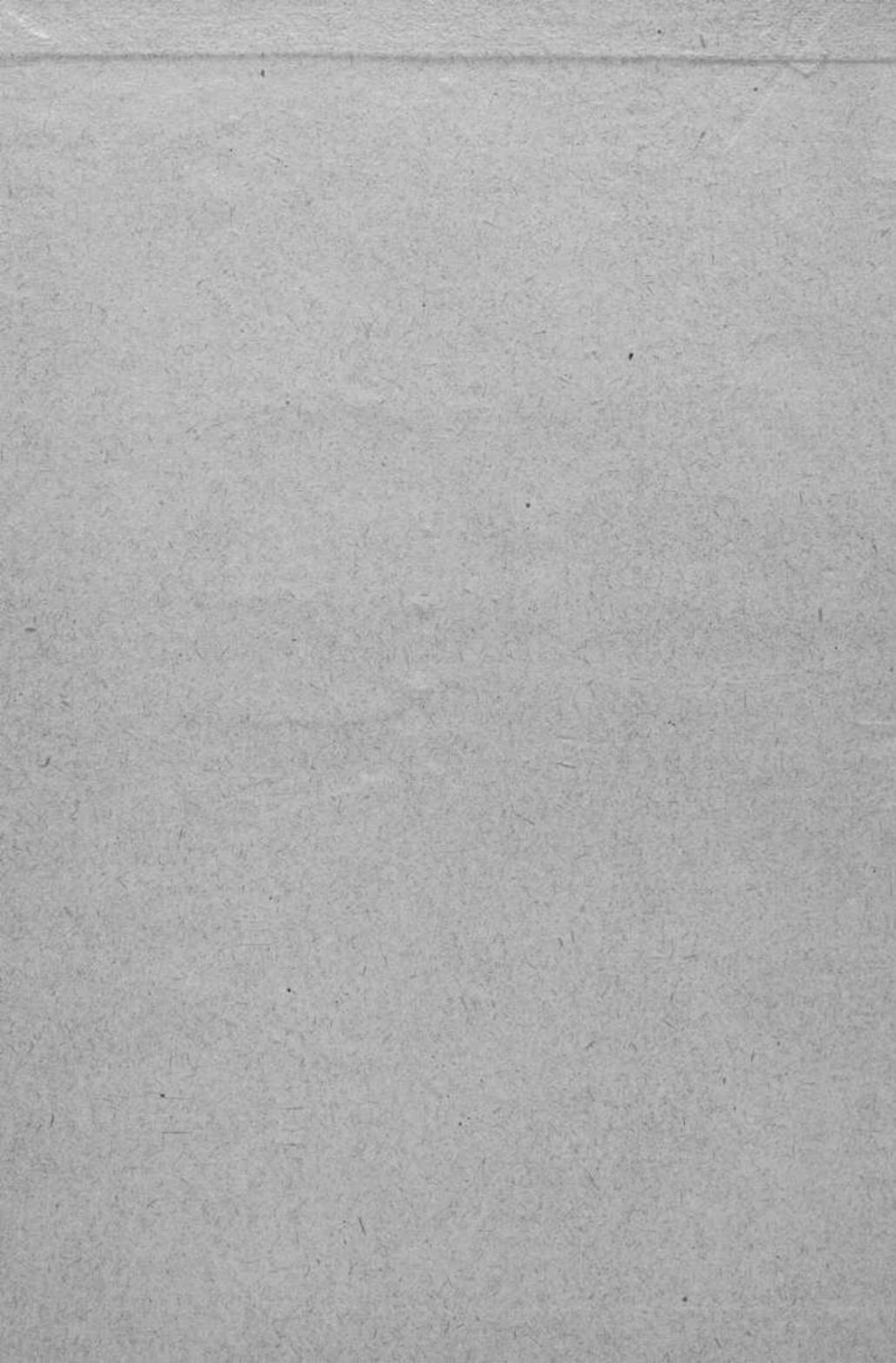


FASTOS

TAUROMÁQUICOS



FASTOS TAUROMÁQUICOS.

WESTON TYRONE BRIDGES.

25 - 7

FASTOS TAUROMÁQUICOS.

HISTORIA

verdadera de todas las corridas de toros ejecutadas en la plaza de Madrid durante el presente siglo; biografías y retratos de los lidiadores mas notables, COSTILLARES, PEDRO ROMERO, PEPEILLO, MONTES, LEON y otros; noticia de las corridas reales ejecutadas en distintas épocas en esta córte, motivos que hubo para ejecutarlas, con los hechos mas notables acaecidos en ellas.

OBRITA POPULAR, CURIOSA Y ECONOMICA.

PRECEDIDA DE UN JUICIO CRÍTICO ACERCA DE ESTA CLASE DE DIVERSIONES Y SU ORIGEN EN ESPAÑA, ADEMÁS DE OTRAS PARTICULARIDADES DE SUMO INTERES.

POR UN AFICIONADO.

MADRID:

Imprenta del SIGLO á cargo de Ivo Biosca, calle de las Venetas, número 6, cuarto principal.

1845.

1

FASTOS TAURONAQUICOS.

INTRODUCCION.

Examinada de todas las corrientes de datos ofrecidos en la plaza de Ma-
drid durante el presente siglo; después y releídas de los trabajos
de los señores GONZALEZ, PEDRO GOMEZ, PELLICER, MO-
RENO y otros; notada de las curvas reales efectuadas en dis-
tintas épocas en esta corte; notada que hubo que efectuar, con los
datos más notables obtenidos en ellas.

ORBITA POPULAR, CURVA Y ECONOMIA.

IMPRESA DE LA REVISTA DE LA AGENCIA DE ESTA CLASE DE DIVER-
SOS Y SE VENDE EN ESTAS AGENCIAS DE OTRAS VARIAS CIUDADES
DE ESTE REINO.

POR UN AFICIONADO.

MADRID.

Imprenta del Sr. D. de San Juan, calle de las Vides,
n.º 10, frente a la Puerta de San Juan.

1858.

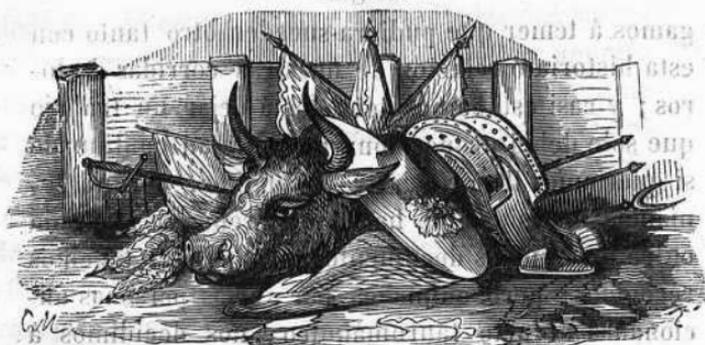
PRÓLOGO.

QUISIERA dispensarme de escribir un prólogo para esta obra; no porque ella deje de merecer ese singular tributo que todos los autores pagan á sus obras, sino porque quisiera apartarme de una costumbre que me parece trivial, y á veces viene á ser enfadosa para los lectores que rara vez se ocupan en leer estos prefacios, porque casi siempre se dirigen á ensalzar hasta las nubes el asunto de que se va á tratar, como si ellos por sí solos no fuesen capaces de juzgarle. Pero atemperándome á la moda corriente, que exige que el autor dirija cuatro palabras al público antes de darse á conocer por su trabajo, sin

hacer mencion del mérito que este puede tener, únicamente me concretaré á darle á entender que de ningun modo puede gastar mejor su dinero que comprando este libro, porque cuando menos se captará la buena voluntad del editor, al mismo tiempo que se procurará un rato de solaz y gustoso pasatiempo. Asi, pues, no hay mas que apechugar con la obrita, haciendo de manera que á esta primera edicion le reemplace otra, y aun una tercera para que el editor quede contento y asimismo el público; porque entonces se podria decir sin temor de equivocarse que ella ha merecido una aceptacion completa. Todo puede suceder; esperemoslo del tiempo, porque á veces, quien sabe..... y donde menos se piensa salta la liebre.

He dicho.





pasar esos malos ratos y llevar á cabo nuestra em-
 presa, haciéndolo, empero, convenientemente y de
 modo que nuestros lectores nada tuviesen que desear
 en la materia.

Hasta ahora, que sepamos al menos, poco se ha
 escrito con respecto á esta clase de diversiones, si se



Es ciertamente una necesi-
 dad de la época en que
 vivimos escribir una his-
 toria razonada de las cor-
 ridas de toros, puesto que
 en el dia se escribe de todo,
 y muchas veces con poco
 provecho, porque ese mis-

mo afan que se demuestra para dar á la prensa toda
 clase de concepciones, hace que las mas sean mi-
 radas con indiferencia y prevencion. Cuando nos
 propusimos el trabajo que ahora emprendemos, lle-

gamos á temer que pudiera suceder otro tanto con esta historia ó relacion de nuestras corridas de toros; y casi estábamos tentados á dejar un trabajo que solo debia proporcionarnos un afan continuado si queriamos llenar nuestro cometido, porque teniamos necesidad de hacer una rebusca atareada entre los muchos documentos que para él tenemos recogidos; pero animados por varias personas aficionadas al arte tauromáquico, nos decidimos á pasar esos malos ratos y llevar á cabo nuestra empresa, haciéndolo, empero, concienzudamente y de modo que nuestros lectores nada tuviesen que desear en la materia.

Hasta ahora, que sepamos al menos, poco se ha escrito con respecto á esta clase de diversiones, si se exceptúa un librito titulado *Apologia de las fiestas de toros*, que apareció en el año 1792, la *Filosofia de los toros*, escrita por Abenamar en 1842; y que copia literalmente la obra antes citada, y otro folleto titulado *Elogio de las corridas de toros*, por D. Manuel Martinez Rueda, que se imprimió en el año 1851.

Estos escritos, sin embargo, no satisfacen la ansiedad de los aficionados, porque en ellos, si bien se encuentra bastante discernimiento acerca del objeto tratado, no hallamos todas las noticias que son de apetecer en el asunto en cuestion, pues ninguna de dichas obritas nos da á conocer esos lances prodijiosos de nuestros mas célebres lidiadores que asombraron á los que de ellos fueron testigos, ni las

biografías de esos hombres remarcables por su valor y sangre fría, que nosotros dejaremos apuntadas en su lugar para honra y prez suya, y para que la posteridad se envanezca con sus señalados triunfos. Porque efectivamente es un triunfo para el hombre arrostrar la muerte delante de una fiera á la vista de un concurso numeroso y escójido, y es una gloria presentarse con impavidez á luchar cuerpo á cuerpo con el animal rabioso que le busca el bulto, y que á poco que el diestro se descuide lo envía á la eternidad.

Que no es nuevo todo esto dirán tal vez algunos, pues que los romanos tenían sus circos y sus gladiadores, donde luchando con los leones y los tigres, ó les abatían en la arena, ó eran desgarrados por las fieras. Convenimos en que aquellos actos lo eran de un valor estremado, pero es de notar que los antiguos gladiadores, hombres de formas atléticas, hacían un particular estudio sobre las fieras que intentaban subyugar, y que algunas veces ahogaban por la fuerza de sus robustos miembros, mientras que nuestros toreros, hombres las mas veces enclenques ó de constitucion delicada, tienen que habérselas con un animal que embisté sin ver donde embisté, y que el estudio que hacen los hombres para contrarestarle es un estudio de agilidad y no de fuerza; es un estudio aparente y simulado que engaña á la fiera, y por lo tanto un estudio que requiere talento y actividad. De otra parte, las luchas

entre los hombres y los tigres y leones en los circos romanos, eran la mayor parte de las veces con personas condenadas á la última pena, librándose solo de ella si conseguian triunfar de aquellos feroces animales, traídos del desierto para escitar de una manera violenta las apagadas sensaciones del pueblo rey; y todos sabemos que el hombre entre la vida y la muerte lucha con desesperacion y á todo trance para no dejar escapar aquella

Probado está que los actos de los toreros son actos de valor á toda prueba, y que refluye en ellos la gloria de semejantes acciones, como refluye en un general que por medio de combinadas marchas y contramarchas, y por una estrategia llena de astucia, consigue vencer á un enemigo superior en fuerzas y que hubiera derrotado sus escuadrones si se hubiese presentado á luchar á brazo partido.

Pasarémos ahora á otra cuestion no ménos interesante que la primera, y que ha dado márgen á muchas disputas y controversias entre los que se llaman aficionádos y los que odian de corazon las corridas de toros. Que es inmoral y pernicioso semejante diversion dicen estos, que pervierte al pueblo, que le hace feroz, que le desmoraliza y le conduce insensiblemente al crimen, porque todo hombre que mira con impavidez correr la sangre en una plaza de toros, con la misma impavidez vierte la de su semejante, pues su corazon no se afecta por hallarse acostumbrado á presenciar escenas de sangre y esterminio.

Que las fiestas de toros sean perniciosas é inmorales, lo negamos nosotros en todos conceptos; que se pervierta el pueblo en ellas, no hay nada mas inexacto; que se haga feroz, es tambien una mentira; y por fin, que le desmoralice conduciéndole poco á poco al camino del crimen es tan fuera de propósito, que no hubiera casi necesidad de rebatirlo. Las corridas de toros son una diversion como otra cualquiera, una diversion donde el ánimo se esplaya y espacia. Solo la grandiosidad del acto, donde todo es verdad, todo natural, influye en el ánimo mas apocado para darle solaz y contentamiento. Allí el pueblo, despues de improbos dias de trabajo, de penas y privaciones, se alegra, ensancha su corazón, se divierte, que es lo único que apetece. Allí manda como verdadero soberano, grita, ahulla y se hace hacer la razon, que es lo que mas place á todos en este mundo. Allí está en su verdadero elemento, tumultuoso, exigente, atronador, tal como se presentan las masas en todas ocasiones, parece que va á tragarse el mundo entero; pero concluyase la funcion, salgamos con él de la plaza y le veremos manso, sumiso y razonable volver tranquilo á sus cotidianas ocupaciones. La plaza de toros es una orgia de los sentidos, pasados aquellos momentos la calma y la razon suceden á la tumultuosa griteria, y la atronadora tempestad se ha deshecho al bajar las flotantes olas de la multitud una docena de escalones.

De ninguna manera podemos comprender que el pueblo se pervierta y haga feroz con esta diversion. En la plaza de toros, á nuestro entender, los mas de los que concurren á ella contraen vinculos nuevos de amistad ó relaciones que á veces suelen serles de alguna utilidad. Sabido es que hay predileccion para todos los sitios de la plaza; este, por ejemplo, suele concurrir continuamente al tendido número 3, el otro al 5, fulano al 10, tal no va mas que á grada cubierta, otros solo quieren asientos de palcos, etc. De esto resulta que las mismas personas, generalmente hablando, siempre se encuentran en los mismos sitios, y por consiguiente el continuo roce que tienen entre si, las conversaciones que se suscitan en cada corrida entre los del lado, el de enfrente y el de mas allá, forman con el tiempo estrechos vinculos ó establecen simpatias que no se borran facilmente. Esto lejos de ser malo es altamente filosófico, porque los hombres es necesario que se conozcan, que se traten, que se entiendan para ayudarse mutuamente.

Tampoco la vista de las corridas de toros puede conducir á nadie, como dicen esos Aristarcos anti-tauromáquicos, al camino del crimen. Es cierto que en la plaza vemos correr diariamente la sangre, vemos luchar al caballo con las ansias de la muerte, vemos á los hombres al borde del sepulcro, y por esto dicen aquellos que el hombre se acostumbra á presenciar impávido esas escenas sangrientas, y que

avezado á ellas, comete cualquier crimen como por costumbre de presenciarlos. Semejantes razones son muy fáciles de contestar y pulverizarlas. El soldado, el oficial ó jefe que presencian una batalla sangrienta, donde los cadáveres se encuentran por todas partes á millares, donde corre la sangre á torrentes, ¿se hacen por esto asesinos y criminales en saliendo de aquellos lugares de devastacion? Además, entre la infinidad de personas de todas clases, de todas categorías que concurren á la plaza, ¿se encuentran acaso tantos asesinos como se dice? Por la razon que suponen los anti-toristas, todos los que concurrimos al circo tauromáquico seriamos capaces de coger un puñal y ser homicidas de nuestros semejantes.

A falta de otras razones los enemigos de las corridas de toros se valen de estas para proscribir una diversion no solo honesta y útil, sino tambien necesaria, como probaremos mas adelante.

Antes de pasar á otras razones mas convincentes todavia, y que darán entera solucion á las ventajas que proporcionan al pais las corridas de toros, pasaremos á manifestar conforme tenemos ofrecido el origen de estas diversiones, haciendo ver que en sus primeros tiempos no se desdeñaron de tomar parte en ellas las personas mas notables.

«La historia guarda un silencio profundo con relacion á los pormenores que acompañaron á las luchas de hombres con toros en un crecido número

de años, dice un autor de gran nota. Hasta el reinado de Alfonso VI no se hace de ellas mencion como un entretenimiento de la nobleza; todos convienen, empero, que el célebre caballero Ruy, ó Rodrigo Diaz del Vivar, apellidado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros desde el caballo.

Esta accion, hija de la bizarría y valor extraordinario de aquel héroe, dió origen á un nuevo espectáculo que con aceptacion general vino á sustituir al que se usaba en el siglo XI, que consistia en soltar un cerdo, y luego dos hombres con los ojos vendados y armados con un palo iban dando vueltas hasta que uno topase con el cerdo, que en este caso era suyo, consistiendo la mayor diversion de este espectáculo cuando los dos hombres equivocadamente se apaleaban.»

Tenemos de aquí, que siendo comun reputar de buena cualquiera diversion, si en ella toman parte personas de nobleza y relevantes prendas, la lucha de toros debe gozar gran preeminencia, porque el primero de los caballeros españoles fué el que los lidió antes que otro alguno. Sin embargo, creen varios que ya en tiempo de los romanos eran estas fiestas conocidas en España; no solo en la historia apoyan su opinion, sino tambien en los restos que existen de los famosos anfiteatros de Toledo, Mérida, Tarragona y otros pueblos. A pesar de que aquella asegura que los romanos eran muy aficiona-

dos á la lucha de los hombres con las fieras, de ninguna manera constá que para esta fuesen empleados los toros, y si otros animales, siendo rarísimo que en Roma no se hubiese perpetuado esta diversion, propia de aquella república, y que lo hubiese sido en España que fué una de sus provincias conquistadas. Ni menos es fundada la opinion que existe de que los godos conocieron y tuvieron por espectáculo esta clase de diversiones. Bastará para desvanecer este error lo que dice Manuel García en su *Epítome de las recreaciones públicas*, página 226.

El licenciado Francisco de Cepeda en su *Resumen de la Historia de España*, llegando al año 1100, dice: «Se halla en memorias antiguas que se corrieron este año en fiestas públicas de toros, espectáculo solo de España», lo que prueba hallarse ya estendido este espectáculo en aquella época. Esta diversion se fomentó tambien muchísimo cuando los reyes, amonestados por el clero, proscribieron todas aquellas que por lo comun eran funestas, entre las cuales no comprendian las de toros; esto es muy de notar y viene en apoyo de que ellas son seguras y racionales.

La nobleza desde esta época se dedicó enteramente á esta clase de diversion siendo privativa suya, no habiendo ningun acontecimiento de utilidad ó alegría pública que dejase de solemnizarla con corridas de toros.

Por esto vemos en nuestras crónicas que cuando Alonso VII casó en Saldaña con Doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, en el año 1124, hubo entre varias diversiones la de lidiar toros, y cuando el rey D. Alonso VIII casó á su hija Doña Urraca con el rey D. Garcia de Navarra, tambien en la ciudad de Leon hubo dicha fiesta. Entonces fué cuando las corridas adquirieron una celebridad asombrosa, de modo que pensaron establecerlas en varias partes fuera de España, principalmente en Italia; pero siempre iban las reses enmaromadas y con perros: á pesar de estas precauciones sucedió en Roma en el año 1332 que murieron en las astas de los toros diez y nueve caballeros romanos y muchos plebeyos, sin contar los heridos que tambien fueron muchos, y de los que es regular murieran algunos; lo cual no sucedió nunca en España, á pesar de que los toros son más bravos y á pesar tambien de las muchas habilidades que con ellos se hacian. El suceso que hemos narrado fué causa que se prohibiesen en Italia, convencidos sin duda de cuan indispensable es para torear con seguridad el valor y destreza que posee el español en alto grado.

Durante el reinado de D. Juan II llegó á su punto la galantería caballeresca que, mezclándose en toda clase de diversiones, dió nuevo y poderoso impulso á la de que tratamos. Las causas que mayormente con-

currieron á fomentar con tanta rapidez el engrandecimiento de este espectáculo fueron tres; Primera: el espíritu de galantería que se habia introducido haciendo que cada caballero dedicára sus proezas á la dama de sus pensamientos, la cual habiéndolas presenciado y juzgando por ellas ser bastante aquel caballero y que merecia su atencion, premiaba sus afanes con un favor distinguido. Segunda: la parte que en ella tomaron los soberanos, que no solamente las autorizaban con su presencia, sino que tambien alternaban con los nobles en las lides, disputándoles como caballeros el premio que la belleza reservaba al mas galan. La tercera y última fué debida á la emulacion que existia entre los caballeros moros de Granada y la nobleza castellana, nacida esta emulacion del trato que tanto en paz como en guerra tenian entre si; y como fué muy frecuente y aquellos usaban las fiestas de toros hasta el tiempo del Rey Chico, sobresaliendo muchos diestros, entre ellos Malique-Alvarez, Muza y Gazul, que hicieron célebres sus nombres y sus hechos en la plaza de Vivarrambla, nuestros caballeros trataron de imitarles y hacerles ver que en nada cedia la nobleza española á los musulmanes de España.

Otros ejemplos pudiéramos citar de funciones de toros ejecutadas durante el reinado del nombrado D. Juan II, que omitiremos en obsequio de la brevedad. En el de Enrique IV se aumentó mas el esplendor de dicho espectáculo; pero de todos modos es

imposible fijar la época en que tomó el aspecto de fiesta nacional y dejó de aparecer como entretenimiento de los famosos guerreros y caudillos españoles. Las Leyes de Partida cuentan esta diversion como juegos públicos: la 57, título 15, parte 1.^a, la menciona como otra de las fiestas á que no deben asistir los eclesiásticos ó prelados. La 4.^a, parte 7.^a, hace presumir de que ya en aquel tiempo se ejercia el arte de torear por personas que cobraban para ello un estipendio, pues que se ocupa de los que lidian con fieras bravas por el dinero; y de una ordenanza del fuero de Zamora se deduce que hácia fines del siglo XIII habia en aquella ciudad plaza ó determinado sitio para tales fiestas.

De todos modos es indudable que á este ejercicio de destreza y valor se dedicaron con preferencia los nobles de la edad media. Testigo de ello la crónica que habla del conde de Buelna, la que al ensalzar á este paladin se espresa en estos términos: «E algunos (dice) corrian toros, en los cuales non fué ninguno que tanto se esmerase con ellos, asi á pié como á caballo, esperándolos, poniéndose á gran peligro con ellos, é haciendo golpes de espada tales, que todos eran maravillados.»

Continuó despues estendiéndose y perfeccionándose esta diversion, y se sabe que fué una de las que el condestable Escalona hizo celebrar en Madrid en obsequio de la venida de D. Juan II á esta villa.

El espíritu marcial enervóse algun tanto por re-

novarse los estudios que hacian tomar gusto á las letras, y por lo mismo fué mirada la aficion á torear como espuesta y sangrienta, lo que nada tiene de extraño, pues desconociéndose como se desconocian las reglas y recursos que hoy dia ponen en salvo á los buenos toreros, alguna vez que otra solia haber desgracias y disgustos.

Gonzalo Fernandez de Oviedo pondera la aversion con que la reina Isabel la Católica miraba esta clase de diversiones, llegando á tanto su disgusto que pensó prohibirlas en sus dominios. Pero siendo muchos los partidarios de dicha fiesta, principalmente entre la nobleza, que deseaban conservar un espectáculo que tanto estaba en armonia con el espíritu del siglo, propusieron á la reina envainar las astas de los toros en unas vainas de cuero á propósito, con lo cual no se podian verificar heridas penetrantes. Semejante medio fué aprobado entonces y puesto en ejecucion, pero no se encuentra en ninguna parte testimonio que asegure su continuacion, siendo de creer que, distraida la reina de su propósito, los aficionados volvieron á gozar sin trabas su diversion predilecta.

En apoyo de la opinion que hemos sentado viene de molde la carta que aquella reina escribió en el año 1495 á su confesor Fr. Hernando de Talavera, en la que decia: «de los toros senti lo que vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí me propuse con toda determinacion nunca verlos en

toda mi vida, y no digo prohibirlos, porque esto no era para mí á solas.

Llegó, pues, á estenderse generalmente tanto esta diversion, que el emperador Carlos V, á pesar de no haber nacido ni criádose en España, mató un toro de una lanzada en la plaza mayor de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo Felipe.

En este mismo año una noble señora de la casa de Guzman casó con un caballero de Jerez conocido por el *toreador*. D. Fernando Pizarro, célebre conquistador del Perú, era asimismo muy diestro y valiente rejoneador, y de D. Diego Ramirez de Haro se cuenta que daba á los toros grandes lanzadas cara á cara, á galope y sin anteojos ni banda el caballo.

Muchos otros caballeros pudiéramos citar que adquirieron gran fama en esta clase de diversiones, y entre ellos el rey D. Sebastian de Portugal, que se dice fué asimismo gran rejoneador.

El reinado de D. Carlos II fué el último en que gozaron estas fiestas de su esplendor y nobleza. El pueblo no podia mezclarse en ellas, y por esto habian tomado el sabor aristocrático que les dieron los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, que en su tiempo fueron las córtes mas cultas de Europa, y de las cuales aprendieron los españoles el ceremonial de este espectáculo.

A imitacion de los caballeros moros ejecutaban los castellanos todas las suertes desde el caballo,

apeándose solo en el lance que llamaban *empeño de á pié*; solo en este caso se desmontaba el caballero por haber perdido el guante, sombrero ú otra prenda, ó bien porque el toro le hubiese herido ó muerto el caballo, no debiendo montar ni recoger lo perdido hasta haber dado muerte á la fiera. Cuéntase que en ocasion semejante D. Manrique de Lara y D. Juan Chacon cortaron al toro el pescezo á cercen de una cuchillada. Asimismo se comentaban célebres lances del conde de Villamediana y D. Gregorio Gallo, caballero del rey, quien inventó la espinillera para defensa de la pierna que por esto se llamó gregoriana, la que conservan nuestros picadores con el nombre de *mona*. Dejamos dicho que durante el reinado de D. Carlos II obtuvieron las fiestas de toros su mayor esplendor, pues que luego que Felipe V subió al trono mostró tal aversion á ellas que la nobleza dejó de ejecutarlas; con esto perdieron el carácter que las habia distinguido, pues si bien no faltaban caballeros que por su decidida aficion hacian algunas suertes con los toros, era siempre privadamente y solo para satisfacer su deseo. Este sucesó fué un mal para la grandeza y pompa del espectáculo, pero hizo que el arte se perfeccionase y adquiriese tal popularidad que desde entonces se hizo general la aficion. En los siguientes reinados continuó del mismo modo, y habiendo hecho el gobierno construir plazas á propósito en algunas ciudades del reino, destinando su

producto á efectos de beneficencia, el interés llamó al circo una clase de hombres atrevidos que con su aplicacion inventaron nuevos juguetes alterando del todo el modo de torear. Este arte les debe su perfeccion, pues antes de esta época solo en el caso de que tenemos hecho mencion llamado empeño de á pié, ó cuando se tocaba á desjarretar se veia una que otra suerte, pero con tanta confusion y bullicio en el último caso que no podia mirarse sin tedio. Las novilladas de nuestros dias y las corridas de toros embolados, son fiestas mucho mas arregladas y divertidas que las que acabamos de mencionar.

Cada vez fué adelantándose mas en el arte de torear, y se empezó á banderillar los toros poniendo de una vez solo un rehilete que se llamaba arpon, y hasta mas adelante no se pusieron las banderillas á pares, si bien ya se conocia el poner parches á los toros. En esta época empezó á sobresalir en el arte tauromáquico Francisco Romero, de Ronda, el que perfeccionó en gran manera el toreo de á pié, inventando mas adelante la suerte de matar el toro cara á cara con el estoque y la muleta, lo que ejecutó el primero con admiración y aplauso general. Fué reputada esta suerte de tan espuesta y difícil, que para hacerla era necesario ir vestido con calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas acolchadas de terciopelo negro para resistir las cornadas.

folio 10
fue el 1º

Bien conocido es de todos en el día el grado de perfeccion á que ha llegado el arte de torear y la popularidad y aceptacion que el mismo goza , pudiendo asegurar que las causas que á ello han contribuido han sido la odiosidad que muchos han mostrado hácia él y la prohibicion del Rey D. Carlos III, pues con ella exasperó de tal modo la aficion que fué casi una epidemia , sofocando la voz de sus opositores , y haciendo renacer con toda magnificencia este espectáculo , que , á pesar de la prohibicion , existia con algunas modificaciones ó escepciones que se toleraban.

El nieto de Carlos III, el Rey D. Fernando VII mostró, como cuasi todos sabemos, una aficion decidida á esta diversion , y mandó establecer en la ciudad de Sevilla una escuela real de tauromaquia profusamente dotada , en la que se enseñaba la parte teórica y la práctica por profesores experimentados (1).

(1) La Real órden por la cual se mandaba establecer en Sevilla una escuela de tauromaquia estaba al pié de la letra concebida en estos términos : «Intendencia de la provincia de Madrid.—El Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda me comunica con fecha 28 de mayo próximo pasado la Real órden siguiente : Circular.—Al intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue : He dado cuenta al Rey nuestro señor de la memoria presentada por el Conde de la Estrella , sobre establecer una escuela de tauromaquia en esa ciudad , y de lo informado por V. E. acerca de este pensamiento , y conformándose S. M. con lo prevenido por V. E. en el citado informe , se ha servido resolver : 1.º Que se lleve á efecto el establecimien-

Hasta aquí hemos anotado en resumen las principales particularidades que nos ofrecen las fiestas de toros con respecto á su historia. No hemos sido mas estensos por cuanto en el resto de nuestro discurso nos veremos tal vez obligados á insistir en algunos de los anteriores puntos, como apoyo de la justa defensa que pensamos hacer del espectáculo.

Muchas han sido las invectivas, grandes los cargos que se han formulado en diversas ocasiones

to de tauromaquia, nombrando S. M. á V. E. juez protector y privativo de él : 2.º Que la escuela se componga de un maestro con el sueldo de doce mil reales anuales, de un ayudante con el de ocho mil, y de diez discípulos propietarios con dos mil reales anuales cada uno: 3.º Que para este objeto se adquiera una casa inmediata al matadero, en la que habitarán el maestro, el ayudante y alguno de los discípulos si fuere huérfano: 4.º Que para el alquiler de la casa se abonen seis mil reales anuales, y otros veinte mil reales anuales para gratificaciones y gastos imprevistos de todas clases: 5.º Que las capitales de provincia y ciudades donde haya Maestranza contribuyan para los gastos espresados con doscientos reales por cada corrida de toros; las demas ciudades y villas con ciento sesenta por cada corrida de novillos que se conceda, siendo condicion precisa para disfrutar de esta gracia el que se acredite el pago de dicha cuota, pagando los infractores por via de multa el duplo aplicado á la escuela: 6.º Que los intendentés de provincia se encarguen de la recaudacion de este arbitrio, y se entiendan directamente en este negocio con V. E. como juez protector y privativo del establecimiento: 7.º Que la ciudad de Sevilla supla los primeros gastos de las rentas que produce el matadero, y el sobrante de la bolsa de quiebras, con calidad de reintegro. De Real orden etc., etc.»

Creemos que no estará demas para nuestros lectores la vista de este documento, interesante en sumo grado por las tendencias que revela.

acerca de las corridas de toros. Las unas solo se dirigen puramente contra la accion de torear , y las otras contra esta misma accion convertida en espectáculo , estendiéndose como es consiguiente á todo lo que es accesorio á esta clase de diversiones. A fin, pues, de combatir con todo acierto semejantes acusaciones, nos vemos precisados á dividir asimismo en dos partes nuestra defensa.

La accion de torear es de suyo tan antigua , que su origen, si como á tal conceptuamos las acciones que tuvo que verificar el hombre para satisfacer las primeras necesidades, se pierde en la noche de los tiempos. La historia no nos dá acerca de ello la menor luz, y por lo tanto se hace necesario para desvanecer tan densas tinieblas abandonarnos solo á congeturas.

La raza humana antes de haber cultivado su ingenio y fecundado su razon , vagaba confundida con el resto de los animales. La mayor parte de estos, superiores al hombre en fuerzas físicas, le hacian la guerra cara á cara y muchas veces le vencian. Poseedores pacíficos de cuanto les rodeaba, gozaban por entero de su independencian, y á su antojo satisfacian sus necesidades. La tierra, árida en muchas partes y cubierta en otras de maleza, plagada de pantanos y aguas encharcadas, no se prestaba á ser transitada. Todo su conjunto solo ofrecia al misero mortal una existencian precaria.

Semejante estado de cosas debia durar poco.

Los animales que pueblan el globo, sean de la clase que fueren, son siempre seres pasivos sujetos á cierto orden de leyes eternas é invariables de las que no pueden escederse: ellos sufren las incomodidades que les rodean sin intentar elevarse á las causas que las producen, y caminan á la muerte por el mismo sendero que lo verificaron sus abuelos. La vida del primer animal de cada especie es exactamente igual á la del último, existiendo solo algunas variaciones, si cayendo bajo el dominio del hombre, este se las imprime en sus hábitos.

El hombre al contrario: desde el momento que experimentó sensaciones incómodas, intentó destruir las causas que las motivaban, y conociendo la necesidad que tenia de unirse á los de su especie, lo verificó, y de ahí resultó el primer cimiento de la sociedad. Con su industria fué mejorando el aspecto de la naturaleza, ahuyentó de sí los animales dañosos, y relegó el tigre, el leon, la hiena, la pantera, el lobo y otros animales feroces á los bosques. Deseoso despues de abandonar la vida errante y peligrosa que habia tenido hasta aquel momento, trató de fijar su residencia en los parajes mas amenos y floridos, edificó habitaciones, sino del todo cómodas, que le pusieran al menos al abrigo de la intemperie, sembrando asi el gérmen de las poblaciones; reunió alrededor de sí á los animales dóciles, fáciles de domesticar, para que multiplicándose á su abrigo y amparo le contribuyesen con su carne y leche para

alimento, y con sus pieles para vestirse. Esta solicitud y esmero del hombre para protegerlos y aumentarlos, parece que le autoriza, según un sabio naturalista, para inmolarlos á su voluntad. Por este mismo tiempo fué cuando el hombre hizo la conquista de los animales que le son mas útiles, y cuya sujeción le dan mas gloria. Fijándonos en el toro podremos asegurar que fué de los primeros que experimentaron el yugo del hombre, tanto por lo esquisito de su carne y la sabrosidad y abundancia de la leche de su hembra, como por la estension de su piel y la utilidad con que podian emplearse sus fuerzas, lo que le harian fijar sobre él la vista bien pronto. La conquista y sujecion de este animal seria fácil en aquellos paises en que por razon del clima y de los vegetales con que se alimenta el toro, es sumiso y dócil como pueden serlo un burro ó un caballo; pero en nuestra España, en donde por naturaleza se crian montaraces y soberbios, su adquisicion solo pudo lograrse á fuerza de constancia, de ardidés, de peligros y de estratagemas. Hé aquí, pues, esplicada la accion de torear, accion natural al mismo tiempo que gloriosa para el hombre. Nos asombramos cuando nos refieren las hazañas de los salvajes del Orinoco ó del rio de las Amazonas en la caza del caiman; nos parecen incrédulos los esfuerzos del árabe para sujetar al leon del desierto de Sahara; los ardidés del indio en la caza del tigre y del elefante y los peligros de la pesca de la ballena,

apreciando la superioridad del hombre en estos grandes hechos, y con todo hay quien se atreva á vituperar la de someter el toro hasta el extremo de hacerle juguete y diversion.

Ciertamente que es un atributo peculiar del hombre sujetar las fieras de los diversos países que habita, y semejante acción le es indispensable para adelantar en la carrera de la civilización, perpetuándose en muchas partes, tanto por necesidad como por gloriarse el hombre con su fuerza y superioridad. «Todo animal, dice Fergusson, se deleita en el ejercicio de sus fuerzas. Retozan con sus garras el lobo y el tigre; el caballo, olvidando el pasto, da alguna vez su crin al viento para correr los campos, y el novillo y el inocente recental topan con las frentes antes de sentir las armas, como si se ensayasen para las luchas que les esperan. El hombre, no menos propenso á ellas, se complace también en el uso de sus facultades naturales, ora ejercitando su agudeza y elocuencia, ora su fuerza y destreza corporal contra su antagonista. Sus juegos son frecuentemente imágen de la guerra; en ellos derrama su sudor y su sangre, y mas de una vez sus fiestas y pasatiempos terminan con heridas y muertes. Nacido para vivir poco, parece que hasta sus diversiones lo acercan al sepulcro.»

Sin embargo de cuanto llevamos espuesto, habrá quien quiera objetarnos que si bien la acción de torear fué laudable y provechosa en su principio,

por la necesidad que tenia el hombre de sujetar las fieras luchando con ellas, en el dia que solo se considera ya esta accion como un mero pasatiempo es vituperable por el peligro que ella encierra. Varias son las razones con que podriamos rebatir semejante objecion, pero únicamente espondremos aquellas que nos parezcan mas fuertes y convincentes, porque no hacemos ánimo de estendernos demasiado.

Sin disputa convendrá cualquiera que por las diversas operaciones que diariamente se necesita hacer con los toros, es indispensable valerse de ciertas mañas, que bien mirado no son otra cosa que partes del arte de torear; estas mañas necesitan cierta destreza y habilidad que únicamente se adquieren con el ejercicio de estos mismos actos, lo cual manifiesta la necesidad de repetirlos como ensayos, á fin de ser perpetuados por aquellos cuyo oficio sea perfeccionarlos, alejar el peligro que pudiera haber en ellos, haciendo que los que empiezan á ejercitarlos pierdan el miedo y den lugar á la serenidad que en los mismos se requiere. Por lo tanto semejantes actos no deben conceptuarse como mero pasatiempo sino como necesarios y de distraccion al mismo tiempo.

Podria ser mas respetable la objecion si peligrase la vida con la proporcion ó probabilidad que se supone. Solo una persona que conozca bien poco el arte de torear puede hacer dicha objecion, y si esta hubiese tenido la curiosidad de formar con el tiem-

po una tabla necrológica de los toreros que en un determinado número de años han sido muertos por los toros ó á consecuencia de las cornadas recibidas, calculando al mismo tiempo el número de suertes ejecutadas en ese mismo tiempo, veriase cuan lejano está el peligro, y que las pocas veces que sucede un lance semejante se debe mas bien á la ignorancia de los lidiadores ó tal vez á presentarse en la lid con la cabeza poco segura con motivo de la bebida de licores fuertes, etc.; por lo cual resulta que el peligro no solo no es inminente sino muy remoto.

Esto nos permite afirmar que si bien la acción de torear en su origen no carecia de riesgo, en el dia que el hombre ha aprendido á distinguir y conocer las inclinaciones de los toros, cimentando sobre este conocimiento las bases de un arte tan esacto, la utilidad que de aquella se sacaba la hicieron de primera necesidad, la que se perpetuó no solo por dicha necesidad sino por el deseo que el hombre tiene de dominar y hacer alarde de sus fuerzas y facultades. Por lo que, toda vez que ha llegado el dia de que este arte sea un mero pasatiempo y diversion al mismo tiempo que procura utilidad, y que el hombre ha llegado á conseguir completa seguridad en el mismo, queda fuera de la critica y mordacidad de sus opositores. Ademas, siendo como ha sido esta diversion en tiempos anteriores peculiar de los hombres mas nombrados y

respetables, como lo hemos manifestado anteriormente, esponiendo los motivos por los cuales la nobleza dejó de ocuparse de ella, es manifiesto que esta accion fué grandiosa y noble, y aun en el dia si bien patrimonio de la clase inferior lo es en sumo grado.

Despues de haber probado suficientemente la utilidad del arte de torear, despues de haber relatado la historia de esta diversion en sus primitivos tiempos, sin detenernos más en otras reflexiones, pasaremos á examinar el espectáculo segun se halla en el dia, deteniéndonos lo bastante en esta época para hacer patente las razones que están en favor de esta clase de diversiones.

Han desaparecido del suelo español todos los espectáculos que en otro tiempo hicieron su recreo. A medida que se ha afinado el gusto por el progreso de las ciencias y de las artes, se han estinguido entre nosotros las justas y torneos; nadie se acuerda ya de los juegos de artificio; las máscaras, despues de haber sufrido severas prohibiciones, están ya cuasi en desuso, y en los bailes llamados tales los hombres apenas usan de la careta, y las mugeres solo momentáneamente; las romerías, si bien están todavía en uso en algunos pueblos, no con aquel esplendor de otros tiempos; los juegos escénicos, las danzas de espadas quedan ya relegadas á uno que otro pueblo, siendo vistas con poca aficion de las personas sensatas que solo miran en ellas una in-

decente mojiganga. El pueblo que se llama con razon, ó tal vez sin ella, pueblo bajo, y que es sin embargo la parte mas considerable de la nacion, tiene apenas una ocasion en todo el año en que pueda proporcionarse algunas horas de apetecida diversion con el ahorro de sus fatigas. Si volvemos la vista hácia esta numerosa y útil porcion del Estado, no podrá menos de llamarnos la atencion su infelicidad. Triste y silencioso vaga por las calles y plazas de su mezquina aldea; pasa el dia de fiesta sin objeto; el tédio le persigue y la taciturna ociosidad de semejantes dias se los hace mas aborrecibles; si quiere sacudir este fastidio no tiene otro recurso que la taberna, donde, ó juega la mitad del jornal de la semana, robando el sustento de sus hijos, ó arma pendencias en ella que suelen ocasionarle infinitos disgustos y sinsabores. Si por acaso la aldea se halla cercana á una ciudad, y el labrador acude á ella, no por esto consigue distraerse y dilatar su ánimo; la educacion que ha recibido y el género de vida á que se halla acostumbrado, le vedan los placeres que requieren un gusto mas esquisito y mas delicado tacto. El pueblo de las aldeas necesita diversiones que hieran vivamente sus sentidos, y en que el ánimo se mueva mas por la parte óptica ó de perspectiva que por la intelectual. Mas les mueven y entusiasman los hechos grandes y sorprendentes que exigen valor y habilidad, que aquellos que afectan los sentidos de otras personas que los tienen mas

esquitos. ¿Qué espectáculos, pues, daremos á esta parte apreciable de la nacion? ¿Se los dejaremos limitados á sus bailes campestres que únicamente se ven en algunas provincias y que apenas merecen el nombre de tales? « Creer que los pueblos puedan ser felices sin diversiones, dice Jovellanos, es un delirio. Creer que las necesitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa. Darles diversiones y prescindir de la influencia que puedan tener en sus ideas y costumbres, seria una indolencia harto mas cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia. *Resulta, pues, que el establecimiento y arreglo de las diversiones públicas será uno de los primeros objetos de toda buena política.* » Esta autoridad de persona tan respetable basta por si sola para decidir en favor de la necesidad que tienen los pueblos de un espectáculo acomodado á su carácter, y que no necesiten los esfuerzos de la imaginacion para comprenderle, bastando solo asistir á él para gozar y recrearse.

Una de las cosas que mas influencia ejerce sobre las costumbres de los pueblos es la concurrencia á la diversion en que pasan sus horas de recreo, puesto que llegando á hacerse habituales vienen á modificar naturalmente sus costumbres. Otras razones podriamos alegar en favor de esta cuestion pero las omitiremos en obsequio de la brevedad.

Las corridas de toros, pues, son un espectáculo que gusta y conviene al pueblo, porque influye en su

ánimo de un modo que le comunica energía, valor y deseo de hacerse memorable por sus hazañas, sin que le vicia ni le haga sediento de sangre como malamente se ha supuesto.

El objeto de semejante función es el de burlar una fiera altiva y poderosa haciéndola espirar á los pies del lidiador. Pero esta lucha no es la lucha de los gladiadores romanos, donde la fiera destrozaba al infeliz que luchaba para esquivar una muerte casi cierta. En los toros se vé girar al bruto alrededor del torero sin que pueda apoderarse de él, y el cual con la serenidad que le infunden su conocimiento y destreza burla de continuo al potente animal que se agita y se deshace por conseguir su objeto, sin que rara vez lo logre, corriendo sí en pos de una muerte segura. El arrojo del torero no es un arrojo brutal, sino un valor racional, porque conoce el modo cierto de eludir la saña de su adversario. Su agitacion no es la agitacion del gladiador encerrado en el anliteatro donde tenia abiertas cien puertas para el sepulcro y solo un resquicio para conservar la vida. La lucha del torero con la fiera que tiene delante es una mezcla de gozo y de agitacion que experimenta anticipadamente á la victoria. La idea del peligro apenas le ocurre, porque sabe que no hay lance para el cual no tenga sus recursos y estratagemas. Tampoco al espectador se le ofrece aquella imponente figura del atleta cuya sola presencia debia hacerle estremecer, sino otra elegante, esbelta, gallarda, pintoresca y has-

ta poética. Adornado el torero con brillantes telas de seda, bordadas de oro y plata, engalonados sus vestidos con relumbrantes alamares amoldados estrictamente á su configuracion presenta de un modo pronunciado sus varoniles formas, y luce aquellas galas de una manera sorprendente.

En semejante diversion el espectador discurre y admira la escelencia del hombre que desde su desnudez é ignorancia primitivas, ha logrado alzarse con todo su influjo dominando á su antojo y diversion los animales mas poderosos: observa las alteraciones que el cuidado del hombre y el estado de domesticidad han producido en el caballo y el toro, y cuán desviados se hallan de su estado primitivo y natural: ve con qué enagenamiento se distrae y contenta el pueblo laborioso, apreciando debidamente el efecto que produce el espectáculo en el carácter de la multitud: vislumbra la posibilidad de reducir el arte á demostraciones, considerando en el toro un cuerpo que se mueve con direccion y velocidad conocidas, y en el diestro todos los medios para variar la primera y retardar ó acelerar la segunda.

El extranjero admira un espectáculo tan grandioso, tan magnífico; aquella mezcla de trages y colores; aquel jaspeado de las gradas y tendidos; aquel murmullo, algazara y griteria; aquel movimiento continuo que le entretienen y embelesan: y cuando suena el timbal y el clarin esparce en la plaza sus agudos sonos, y sale el toro

con aspecto amenazador, y vé á los toreros burlándole risueños de mil maneras, su entusiasmo llega al colmo y prorrumpe én aplausos y aclamaciones. Todas las clases, todos los sexos, todas las edades, todas las condiciones de la vida social concurren al espectáculo; y todas las clases, todos los sexos, todas las edades, todas las condiciones se enagenan en aquellos momentos. Inútiles serian todos nuestros esfuerzos para hacer concebir lo grande, lo bello, lo maravilloso de tales funciones.

Tambien los detractores de ellas alegan que son sangrientas; pues concediendo que no se vierta en el circo la sangre humana, ¿con qué derecho, preguntan, se conduce del soto á la plaza, de la vida á la muerte al inocente toro? ¿Con qué derecho al caballo generoso? ¿No se necesita un corazon de piedra para ver á estos hermosos animales heridos, destrozados, exhalar el último aliento?

¿Con qué derecho, dicen, se conduce al toro á la muerte? ¿con qué derecho al caballo?... ¿Con qué derecho! Con el mismo con que vosotros sacrificais á vuestro apetito el carnero, el lechon, la ternera y otros millares de animales; con el mismo derecho que os abrogásteis al poner el freno al caballo haciéndole víctima de vuestra utilidad en la paz y de vuestra barbarie en la guerra.

No obstante, como tenemos ya apuntado, las corridas de toros experimentan de continuo las mas severas censuras y las acusaciones mas fuertes. No

cumpliríamos con el deber que nos hemos propuesto si dejásemos de refutarlas.

Citando á un personaje de gran valía (D. Melchor de Jovellanos) hemos manifestado que los pueblos necesitaban diversiones, y que ellas deben ser de aquellas que mas hablen á los sentidos que al entendimiento, y hemos demostrado que las pasiones que deben inspirarles han de ser heroicas y varoniles sin que rayen en barbarie ó ferocidad. Las fiestas de toros, como ya hemos visto, satisfacen ambos estremos; pero dicen, sin embargo, sus detractores que son bárbaras, inmorales, sangrientas, perjudiciales á la agricultura, al estado, á las artes, á la industria y á la humanidad. No comprendemos que pueda haber otras acusaciones mas fuertes para esta clase de espectáculo. Ya cuasi tenemos demostrado en el principio de este escrito la poca razon que asiste á los opositores de las corridas de toros. No obstante, para apoyar doblemente nuestro modo de pensar sobre este particular y el de la generalidad de las gentes, haremos nuevas observaciones que acabarán de dar luz á la materia en cuestion y cimentarán mas y mas nuestro propósito.

Que son bárbaras, dicen, las corridas de toros, sin que sepamos nosotros en qué se funda semejante asercion. Acaso será porque lucha el hombre cuerpo á cuerpo con la fiera. En igual caso lo mismo podrá decirse de la caza de montería. Si es una bar-

baridad lidiar un toro , cuyos arranques son comunmente conocidos , y para lo cual existen reglas segurisimas , no dejará de ser bárbaro y hasta brutal internarse en lo espeso de un monte persiguiendo á las fieras mucho mas diestras y astutas que el toro , sin que sean por esto menos pujantes y temibles. La diferencia que existe entre el cerco despejado , claro é igual y el monte sombrío cubierto de maleza , entre el javali que arremete contra el cuchillo con tal de dar la dentellada , y el toro que embiste provocado y que se le separa con un pedazo de lienzo ; entre la seguridad que dá el arte de torear y los riesgos de la caza para la que no sirven tanto los ardides ; entre el pronto y eficaz socorro que obtiene el diestro rodeado siempre de otros que están á su defensa , y la soledad y desamparo en que comunmente se encuentra el cazador , pueden servir para apreciar cual de los dos casos sea mas espuesto.

A pesar de esto , no se tiene la caza de montería por barbaridad y sí el arte del toreo.

Se pasan años sin que una sola gota de sangre humana manche la arena del circo , mientras que apenas sale al monte una batida sin que se tenga que deplorar alguna desgracia.

Seria tal vez bárbara la lidia de toros , si fuese inherente á ella ver sucumbir ó padecer al hombre por falta de recursos para librarse del animal ; pero como el objeto es burlarle sin riesgo del torero , que para conseguir su objeto tiene un arte que

le proporciona reglas seguras fundadas en el conocimiento de las inclinaciones particulares de las diferentes clases de toros, que observadas distintamente y confirmadas por la esperiencia de muchos años, suministran los elementos de la exactitud mas rigurosa, es obvio que no tiene lugar la acusacion. Siendo como son instinctivas é invariables las determinaciones de los animales, son asimismo invariables y exactas todas las reglas que de ellas rigurosamente se deducen.

Para fundar el aserto de que son bárbaras las corridas de toros, habrán tenido en cuenta sin duda sus opositores las muertes de algunos diestros acaecidas en las plazas. Por este mismo principio podriamos calificar en buena lógica de bárbaros los oficios de minero, buzo, volatin, albañil, plomero, polvorista y otros varios en los que las desgracias son mucho mas frecuentes, sin que se diga que lo útil y necesario de semejantes oficios hace que se desprecien sus riesgos, porque semejante razon aduciria pruebas en nuestro favor. Si la sociedad reporta beneficios de dichos artes, no los reporta menos con las corridas de toros como tendremos lugar de demostrar.

Tambien los extranjeros han dado en la mania dellamarnos bárbaros por nuestrás corridas. Sin duda porque no les tomamos por modelo en nuestras diversiones como lo hacemos en sus modas.

Para que se vea cuán infundados son sus dichos,

copiaremos testualmente lo que ha tenido que decir de nuestras fiestas de toros uno de ellos, Monsieur Bourgoing, en su obra *Tableau de l'Espagne moderne*. « Durante nueve años, dice, que yo he asistido á los toros, solo he visto un torero que hubiese muerto de sus heridas. » Añade luego que la posicion de un matador delante de un toro que está parado escarbando la tierra como quien medita su venganza, mientras aquel calcula sus movimientos y adivina sus proyectos, forman un cuadro digno de un diestro pincel y continúa de este modo. « Yo he conocido algunos estrange-ros de instruccion y finura á quienes al principio acongojaba este espectáculo, encontrar luego en él un atractivo irresistible (1). »

Habla en otro lugar de las disputas que por aquel tiempo se suscitaban en la corte de España entre los partidarios de Romero y de Costillares, la flor y nata de la tauromaquia; y para que se vea la justa idea que dicho escritor tenia formada del arte de torear, pondremos este chistoso pasaje. « Es difícil persuadirse que el arte de matar un toro, *que parece deberia corresponder esclusivamente á los matachines*, sea discutido gravemente y exaltado con

(1) Podríamos citarle si quisiésemos los nombres de algunos de sus paisanos que hace muy poco tiempo se entretuvieron en la quinta del Sr. Fagoaga en lidiar becerros, como todo Madrid sabe, y por cierto que hubo algunos revolcones.

entusiasmo, no solo por el populacho, sino por los hombres más sensatos y hasta por las mugeres más delicadas. De manera que según el modo de pensar de M. Bourgoing debería concluirse de un mazazo con la vida de una pobre res amarrada á un poste, en vez de presentarse con gallardía á estoquear un toro pujante y bravo en mitad de una plaza, por la sencilla razón sin duda de que de un modo ó de otro al fin y al cabo todo es matar. De esto se deduciría fácilmente que en el arte ó ejercicio de la caza el mejor juez debe ser una cocinera, por la convincente razón de que matar aves en el campo libre, ó en la cocina, y matarlas de este ó de otro modo todo es matar.

M. Bourgoing, sin embargo, raciocina así medianamente hasta cierto punto en el arte de torrear, pero tenemos á la vista el escrito de otro francés que habiendo visto en Madrid alguna corrida de toros, al referirla á sus paisanos con todos sus detalles se esplica en estos términos. « Cuando entré en el anfiteatro donde debia tener lugar el espectáculo, le hallé no solamente lleno de hombres elegantemente vestidos, sino tambien de muchas mugeres adornadas como para un baile. Una orquesta preludiaba arias graves y sentimentales. En fin, cuando todo estuvo dispuesto en la arena, un hombre se presentó soberbiamente vestido y tocó por un momento la trompeta.

« Se vieron entonces aparecer dos caballeros.lla-

mados *picadores*. El uno llevaba *vesta* de raso azul y un *pantalon verde*; el otro una *vesta* de raso color de púrpura y un *pantalon azul*. Las mangas de las *vestas* estaban llenas de nudos carmesi, y los *pantalones* bordados de oro. Llevaban tambien *botas de marroquí* con enormes bellotas de oro. Cada *caballero* llevaba su *lanza*.

« De repente la *arena se abre* y un furioso toro, un enorme toro de España se lanza á los *picadores*. El animal rabioso arroja bien pronto de su caballo al primero que se presenta; pero como el *picador* no pudo desprenderse con prontitud de su caballo, un *banderillo* (1), esto es un *porta estandarte*, viene á su socorro, y presentando al animal un *pañuelo blanco*, lo entretuvo hasta que el segundo *picadore* se adelantó para atacarle á su vez. La serenidad de este hombre y los empujes del furioso toro eran aplaudidos vivamente por los espectadores que hacian resonar el anfiteatro con sus aclamaciones.

« Despues que esta lucha duró algun tiempo, dos nuevos *banderillos* (*porta estandartes*) se presentaron cada uno armado de un dardo, al que se hallaban suspendidas varias tiras de papel de colores y un *pañuelo*. El toro se arrojó al *pañuelo* que cedió sin resistencia; entonces el *banderillo* pinchó y repinchó al

(1) Entiendan nuestros lectores que los términos que van de letra cursiva están escritos en el original tales como van puestos aquí.

animal con su dardo hasta que acabó de hacerle rabiar. Después lo irritó todavía con fuegos artificiales.

« Seguidamente la autoridad dió orden para que apareciese el que llaman el *matadore*, es decir, el *hombre que mata*. Este se presentó á pié con un traje magnífico y tenía en la mano una espada muy corta. El toro se lanzó á él; pero el *matadore* le presentó la punta de la espada con una destreza tal que le hirió precisamente en el sitio donde únicamente debía herirle para dejarle muerto en el acto, cuyo sitio no tiene mas espacio que el que ocupa una moneda de cinco francos. Si no hubiese dado en dicho lugar no hay duda que al *matadore* le costara la vida.

« Un nuevo toro fué muerto de la misma manera después de haber estripado dos caballos y pisoteado un hombre. Esta nueva escena me hizo mucho dano y me sali de la plaza. »

Lo que dicen estos dos extranjeros deja suficientemente vindicadas nuestras corridas de toros.

Creemos por consiguiente haber probado de una manera indudable que las fiestas de toros no son bárbaras, que están sujetas á la intelijencia de los diestros, y que cada dia se tienen en mas estima por el convencimiento íntimo de que es una de las diversiones en que se luce la serenidad propia de los españoles, y en que distraida la fiera con el engaño se la hace llegar á la muerte sin peligro del que la ejecuta.

Casi al mismo tiempo queda demostrada en cierta parte la conveniencia y utilidad de semejantes funciones; sin embargo de que aun tenemos otras muy poderosas razones que esponer en apoyo de nuestra opinion.

Agena la construccion de una plaza de toros al conocimiento de peritos extranjeros, ninguna vez sucede tener que recurrir á ellos, segun estamos viendo comunmente en otra clase de obras, resultando de aqui como primera ventaja, que multitud de braceros españoles encuentren ocupacion y no se vean abandonados á la miseria, mientras se favorecen á los operarios de otras naciones. Mucho pudiéramos decir sobre este punto; pero lo omitimos en razon á que nos seria preciso hacer aclaraciones muy graves para ciertos hombres, y porque son además demasiado entendidos nuestros lectores y pueden, sin mas comentarios, dar á nuestras observaciones la importancia que merecen. Sacamos, pues, en consecuencia, tomando esta cuestion desde los cimientos, que solo la construccion del circo produce al pais la utilidad de tener ocupados un sin número de brazos que representan otras tantas familias; lo cual en nuestro juicio es demasiado importante para haber dejado de tomarlo en cuenta.

De este mismo género podríamos presentar tambien otros argumentos sacados desde el principio hasta el fin de las corridas, en las que se ocupan

igualmente una multitud de operarios, á los que podríamos añadir el impresor que tira los carteles, el que los fija, los cocheros y carromateros que transportan á los concurrentes á la función, los vendedores, en fin, de todas las clases de géneros que en tales días se agolpan dentro y fuera del local, y otros muchos que omitimos en obsequio á la brevedad, y porque no es justo cansar á nuestros lectores con lo que tan claro á la vista se presenta.

Pero hay todavía otra razón tan importante que ella sola sería suficiente para probar la utilidad y conveniencia de las corridas de toros.

Sabido es en primer lugar, y ahora nos referimos solamente á Madrid, que la plaza donde se verifican las funciones es propiedad de los hospitales generales, los cuales bien por sí, como se hacía en otros tiempos, bien arrendando el local y subastándolo en el mejor postor, adquiere anualmente una renta sumamente considerable; circunstancia bastante para recomendar las corridas y escitar á ellas la afición. ¿Qué sería sino de los hospitales generales de esta corte sin tan grande recurso en el estado de escasez en que por desgracia se encuentra nuestra hacienda?

Donde las plazas de toros pertenecen á otra propiedad distinta, los dueños ó empresarios tienen la obligación de cierta cantidad á las casas de beneficencia, deducida del producto que rindan en cada

funcion las localidades del circo , y aunque en menor escala si se quiere , los beneficios no dejan de ser muy importantes por las razones que ya quedan espuestas.

Por manera que está suficientemente demostrado que desde el momento de tratarse de la elaboracion de la plaza de toros hasta su conclusion , como despues reporta el pais una conocida utilidad , pues que al paso de asegurar la subsistencia á varias familias , se reparten limosnas de alguna consideracion tanto á los hospitales de esta corte quanto á las demas casas de beneficencia del reino ; y de esta manera establecen sus contratos los empresarios , comprometiéndose á hacer el socorro segun sean las utilidades. Pues bien : en estas casas donde existen seres desgraciados , hemos sido testigos mas de una vez de los apuros en que se han encontrado , por mas que la filantropia de varias personas haya favorecido sus urgentes necesidades , que á no haber sido por la cuota que les entregaban los empresarios de las corridas de toros , seguramente que muchos inocentes habrian dejado de existir , siendo victimas de la escasez del alimento que se les suministraba. Sabido es que el gobierno , las diputaciones provinciales y los ayuntamientos tienen la obligacion de señalar una cantidad en su presupuesto para atender con preferencia á esta clase necesitada ; empero son tantos y tan crecidos los apuros del erario , que á veces se pasa el año sin que se haya

podido cobrar mas que la tercera parte escasa de lo que les estaba señalado ; por manera que en vez de hallarse aquéllas en un estado mas grato cada mes y cada día , se ha ido complicando su situación en términos de haber recurrido en varias ocasiones las juntas al gobierno pintándole el lastimoso estado de estas casas , y la necesidad de que les dirigiera una grata mirada, si es que los refugiados en ellas habian de tener algun auxilio. Por eso hemos de convenir que las funciones de toros en vez de perjudicar al pais sucede lo contrario , que son de utilidad , de conveniencia y humanitarias.

Y antes de concluir no debemos olvidar , porque tambien importa mucho á nuestro propósito la utilidad que á los ganaderos y por consiguiente al pais resulta de las corridas , puesto que siguiendo en aumento la aficion , se estimulan los unos con los otros , trabajan por mejorar los pastos , ponen todo su esmero en afinar sus ganaderías , adquieren estas mayor salubridad y se fomenta por lo mismo la cria del ganado vacuno tan útil y tan necesario para casi la mayor parte de las faenas del campo.

Llevados de nuestro españolismo y nacionalidad pudiéramos decir tambien en apoyo de nuestra opinion que las corridas de toros son funciones esencialmente españolas , y que es bastante que ellas sean una prueba del valor y serenidad que no han podido adquirir nunca los hombres de las demas na-

ciones para que nosotros procuremos no desterrarlas jamás de nuestro suelo. Cumplida ya por consiguiente la primera parte del prospecto dirigido al público al anunciar los *Fastos tauromáquicos*, réstanos ahora dar á nuestros lectores noticia exacta de todas las corridas que han tenido lugar en el presente siglo, cuya trabajosa tarea hemos comenzado y llevaremos adelante hasta donde alcancen nuestras fuerzas, confiados en que con la benevolencia de nuestros lectores podremos al fin dar cima á nuestra empresa.

Y antes de concluir no debemos olvidar, por lo que también importa mucho á nuestro propósito, la utilidad que á los ganaderos y por consiguiente al país resulta de las corridas, puesto que siguiendo en aumento la acción, se estimulan los unos con los otros, trahen por mejor los pastos, no solo en el campo en el que se ganaderías, sino en estas mayor actividad y se lamenta por lo mismo la crisis del campo cuando tan útil y tan necesario para casi la mayor parte de las tierras del campo.

Estimulados de nuestra españolismo y nacionalidad podríamos decir también en apoyo de nuestra opinión que las corridas de toros son funciones esencialmente españolas, y que es bastante que ellas sean un principio del valor y seriedad que no han podido adquirir nunca los hombres de las demás na-

ADVERTENCIA

DE LOS REDACTORES DE LOS FASTOS TAUROMAQUICOS.

Hemos manifestado en el prólogo de esta obra con la mesura y circunspeccion que corresponde, y aduciendo las mas lógicas razones, la utilidad y conveniencia de las corridas de toros en España, y la precisa necesidad de que cada dia se aumente su aficion, porque con ellas se alimentan muchas familias, y parte de sus productos se dedican á objetos sagrados: empero como quiera que los encargados de esta historia no puedan llevar á cabo la promesa que se hizo en el prospecto, por la persona que se ofreció á su publicacion, de aqui que cumplamos con el deber que nos impone la conciencia de manifestar á nuestros suscritores, el que á pesar de habernos llevado trabajando porcion de dias, buscando antecedentes y noticias, para poder principiar las corridas de toros que hubo desde 1808, y expresar

las particularidades que hubiesen sido mas notables, tanto para amenizar á aquellas, quanto para satisfacer los deseos de los aficionados, y para quienes vamos á escribir, no ha podido lograrse como queriamos, siendo defraudadas en parte nuestras esperanzas. Sin embargo, creimos conseguirlo completamente; pero despues de esquisitas diligencias, despues de otras gestiones en los puntos donde se nos podia dar razon, y despues de molestar á varias personas entendidas y curiosas en la materia, solo ha sido posible encontrar las fiestas de toros habidas desde mil 1808 hasta el dia, á fuerza de no perdonar medio para ello, y sin que por esto no tengamos que preparar otras noticias que puedan acabar perfectamente aquellas, y cuya penosa tarea es mas que suficiente para que nuestros lectores, en cuya benevolencia descansamos, conozcan que de nuestra parte se ha hecho todo lo posible para llenar dignamente quanto en el prospecto se habia manifestado. Con efecto, cualquiera habria considerado fácil el hallazgo de todas estas noticias con precisa exactitud, á juzgar por los expedientes que al efecto han de formarse de las corridas que se verifican en las plazas, las cuales se deben archivar en la oficina establecida á este fin. Empero el cálculo salió errado, porque solo se han encontrado remotos y concisos apuntes en la de esta corte, que no pueden servir para el objeto de nuestra historia. Esta falta, como verá el público, es grá-

ve por muchos conceptos, porque se ignoran las diferentes ganaderías de los toros que se han lidiado en aquellos años, los que se hubiesen señalado mas por su bravura, sus hierros, y las particularidades que ocurriesen; por lo cual es bueno confesar que las personas que han estado al frente del circo Tauromaco de Madrid, llevan sobre sí una enorme responsabilidad de todos los inteligentes y aficionados, por el poco esmero que han tenido de no apuntar nada de cuanto hemos dejado espuesto.

Tambien es preciso advertir, á fuer de historiadores justos, que en el dia sucede todo lo contrario, porque el acertado nombramiento del actual administrador de la plaza, D. Alfonso Herrero, desde la época que desempeña este encargo ha llenado los deseos de todos, porque su laboriosidad la ha llevado al extremo, y en su oficina se encuentran todos los antecedentes que quieran tomarse por insignificantes que sean, dejando enteramente satisfecho al que los busca. Nosotros como imparciales debemos tributar este elogio al señor Herrero, debido á su inteligencia y celo, y dedicarle nuestras alabanzas por lo bien que desempeña sus funciones.

Réstanos solo prevenir á nuestros suscritores, que principiaremos publicando las corridas que hubo desde 1808 hasta el dia, y cuyo relato procuraremos sea lo mas verídico, con cuantas particularidades se consideren dignas de que se estampen en esta obra, para que nadie carezca de un

libro interesante en todos conceptos, tanto para los aficionados como para los dueños de las ganaderías; puesto que esta historia será un verdadero archivo de cuantos quieran saber los antecedentes de las varias vacadas que hay en España, y los adelantos que en ella se han hecho hasta el día, para lo cual trabajarán sin descanso hasta conseguir el logro de sus deseos FIERABRÁS y PÉRO GRULLO.



... con sus corazones de bronce ; animados
del grito de patria , y unidos todos como por un
canto , trabaron cruel batalla contra las multi-

PRIMERA CORRIDA,

... que el mando del general Munitz estaban en la
capital , y dejaron tendidos innumeros número de heri-

... los por las calles , haciendo encerrar á los rejoneros
tos en los cuarteles , así como á todos que juntas ha-

1808.

... dia retrocedido en la , que corrian entre
el estrago de la metralla y dormian entre la pólvora.
Este dia cedió en el 2 de mayo , y cuyo ho-

... como merece el respeto de todos los valientes .

Las águilas francesas habian estendido sus alas por todos los ángulos de la Península en 1808 , y el estruendo de sus armas difundieron el terror por las provincias , cebándose en derramar la sangre de españoles valientes que luchaban por su libertad é independendencia. La época á que nos referimos es por el 19 de setiembre de dicho año. Si fuera posible dar rienda suelta á los sentimientos del corazon , preciso seria escribir con caracteres de sangre la traicion y apostasia que despedia el palacio de Carlos IV , y por lo cual era victima España , teniendo que sujetarse al dominio de enemigos estraños.

Cuatro meses atrás las calles de Madrid presentaban un aspecto guerrero. Sus valientes hijos , sin

armas, sin gefes, sin recursos, sin plan ni otra cosa mas que sus corazones de bronce; animados del grito de *patria*, y unidos todos como por encanto, trabaron cruel batalla contra las multiplicadas, veteranas y disciplinadas tropas francesas que al mando del general Murat estaban en la capital, y dejaron tendidos inmenso número de muertos por las calles, haciendo encerrar á los regimientos en los cuarteles, soldados todos que jamas habian retrocedido en la campaña, que comian entre el estrago de la metralla y dormian entre la pólvora.

Este dia célebre era el 2 de mayo, y cuyo heroismo merece el respeto de todos los valientes. ¡Si, hijos queridos de Madrid, vosotros admirásteis al mundo! ¡Vuestro grito despertó al leon de Numancia! ¡Gloria y prez á los que vencieron al capitán del siglo! ¡Pero habeis acabado vuestra jornada? No: que en ese dia memorable en que el denuedo y bizarría de los iberos aparecia por todas partes, tuvo tambien su quebranto. Pasados los primeros momentos, las autoridades pudieron calmar los ánimos del pueblo con sus promesas y palabras, y dejando su actitud guerrera é imponente, se aprovechó el enemigo de esta inaccion; y el plomo frances, y el acero de sus afiladas bayonetas derramaron á torrentes la sangre por las calles de Madrid, y ¡oh fatalidad! no quedó á salvo la jóven virgen, ni el lloroso padre, ni el niño inocente; todos sufrieron la ira de sus desnaturalizados enemigos.

Calcule el lector como estaria el pueblo sujeto al hierro de sus despotas, y teniendo que pisar tan á menudo la sangre derramada de sus hijos. Y por ventura, ¿era esto bastante para arredrarlo? ¿Serian para los españoles los efectos del mortifero plomo, las terribles cargas de caballería ni otras inauditas crueldades? No: mientras mas oprimido y mas vejado, mas valiente y mas sereno se mostraba: hé aqui la causa de que aquellos generales y soldados, cuya fama corria de uno á otro polo, tuvieran que ceder á la indómita fiereza de los españoles: pues bien, cuando la nacion se hallaba rodeada de millones de bayonetas enemigas, cuando tantas lágrimas no recompensaban la sangre derramada, preciso era tambien que los hijos de Madrid, en medio de tanta amargura, buscasen alguna distraccion, principalmente en esas que se les dá ensanche al corazón y que adquieren mas brio para continuar la pelea; y esto seguramente prueba de un modo incontestable que los españoles son valerosos por naturaleza, y que la serenidad es propia de guerreros.

Con motivo de la invasión francesa, no pudieron verificarse las corridas de toros en la plaza de Madrid en los primeros meses del año; pero era tal la afición de los hijos de la heroica villa, que determinaron se hiciesen algunas. ¡Singular contraste! ¡Diversion mientras tantos gemidos se oian por todas partes! De aqui el motivo de haber explicado

este fenómeno; *distraerse para pelear con mas brio.* Dejemos por un momento el cuadro tétrico de los lamentables sucesos que con rapidez han sido relatados, y demos principio á nuestra obra, segun nuestra promesa.

Erán las diez de la mañana del 49 de setiembre de 1808, cuando un inmenso gentio bajaba por la calle de Alcalá con dirección á la Plaza de los Toros. La precipitación con que lo hacían, y la multitud de calesas que conducian á muchas personas, presentaba un cuadro tan pintoresco que apenas se encontraría un pincel que lo dibujase. El garbo de las manolas, sus vestidos cortos, su limpia media con zapato de raso, su bien hecha pantorrilla, su peina de teja, su mantilla de ferpon, y aquel contoneo que arrastra los corazones, era lo bastante para que sin afición ninguna á la lidia se fuese á gozar aquel espectáculo. El dia era hermoso, de despejada atmósfera, como suelen ser por este tiempo en Madrid, y con antelación se habian anunciado por medio de carteles que se correrian catorce toros, seis por la mañana y ocho por la tarde, por manera que principiándose á las diez era dia todo de diversion.

Con efecto, el lleno era completo, y segun las voces y animacion de los espectadores, parecia que Madrid no habia sido testigo de escenas dolorosas. La autoridad que presidia era el Sr. D. Pedro Mora y Loma, quien dispuso se hiciese el despejo.



A la hora señalada, y en el momento de sonar timbales y clarines, se presentaron en plaza los espadas Agustín Aroca y Juan Nuñez (a) Sentimientos, con su correspondiente cuadrilla de banderilleros, y los picadores José Doblado y Bartolomé Manzano. Las casaquillas de estos eran campo morado bordado en oro, y con hombreras muy graciosas; la ropa de aquellos era de distintos colores y bordada en plata, haciendo una linda visualidad el todo de la cuadrilla: tan luego como hicieron el correspondiente saludo, el presidente dió la señal del combate, y después de que un alguacil entregó la llave del toril, se dió principio á la funcion por el orden que sigue.

En el momento de abrirse la puerta del chiquero se vió lucir en la arena la elegancia del primer toro: su pelo era retinto claro, hociblanco, bien puesto, corni-alto y blando, sobre el lomo ostentaba una divisa encarnada, y con ella recordaba la sangre derramada en la capital de la monarquía; era de Villarrubia y de la propiedad de D. Juan Diaz Hidalgo, y de cuya ganadería hablaremos cuando estemos mas adelantados en esta obra, lo mismo que de las que existen hoy, para que el público pueda juzgar las que sean de mejor importancia para la lidia: el picador José Doblado le puso tres varas, y Bartolomé Manzano dos, este último con bastante gracia. El vicho se conoce que no queria mas obsequios, puesto que se pronunció en huida; por lo cual el presidente mandó ponerle banderillas, y en efecto le fueron clavados tres pares y medio, suficientes para haberle hecho bailar la tana á el animalito. Sonó de nuevo el clarín dando la orden de la muerte, y al instante vimos á Agustín Aroca que, cogiendo su muleta y espada con la mano izquierda, se presentó delante del palco de la autoridad y le hizo el saludo siguiente: « Por V. S., por este respetable público, y por la independencía. » Y dando una vuelta con la mano derecha donde tenia su montera la tiró al suelo. « *Bien zalero,* » gritaban los espectadores, y desde el momento fijaron la vista en el que iba á concluir con la fiera. En efecto, con la serenidad que le era tan propia,

después de dos pases al natural y uno de pecho, le mató de un mete y saca, un pinchazo y una buena.

El segundo era negro, bragado, corni-cerrado y buen mozo, su divisa azul y de la propiedad del señor conde de Valparaíso: del picador Doblado tomó cinco varas, le mató el caballo y le hizo medir con el cuerpo el suelo á estilo del valeroso D. Quijote; Manzano le arrimó cuatro puazos, y después le fueron puestas tres pares de rehiletos, saliendo á la muerte Juan Nuñez (a) Sentimientos. ¡Qué maldito apodo! Decían los espectadores: vaya que nos dá una desazón este mozo. Ahora que estamos en el año de 46, sacamos por consecuencia que el sobrenombre era un recuerdo de los sentimientos porque habíamos de pasar los españoles; por eso decimos que nada es insignificante en el mundo. Nuñez le dió tres pases al natural al vicho y dos de pecho, y después de una corta lo despachó de un golletazo.

Después del circo limpio saltó á la arena (no se crean mis lectores que era parlamentaria, que entonces no se conocía esta fruta) el tercero, su pelo cárdeno, con campanilla, como si fuera presidente de alguna sociedad, corni-alto y corni-cerrado, como estaban entonces con los franceses, y ahora nosotros con lo que el público sabe, y no vale señalar; su divisa verde, simbolo de la esperanza de que el pueblo recobraría su libertad, de la pro-

piedad de D. Martín Magin Moreno, de la Mancha el vicho tomó dos varas de Doblado y cinco de Manzano, sin que hubiese habido el mas leve motivo de queja, y no parece sino que el animalito tenia amistad estrecha con los caballos. Seis pares de *banderillas* le fueron puestas, que bien lo merecia, y el toro se conoce que era como muchas personas de hoy, que les gusta que las llenen de *cruces y distinciones*. ¡Poer de Dios y qué maravilla!!! Llegó el momento fatal de la muerte, y el compadre Agustín Aroca, que era inocito que no vendia sus gracias por ningun dinero, concluyó al vicho despues de cuatro pasés de una buena recibéndolo mereciéndolo por ello muchos vitores, y tantos como los que daban en aquella época los *afrancesados* á las *tropas de Napoleon*. ¡Y qué cuidado! ¡Ellos comen y beben hoy!!!

El cuarto honrar padre y madre. Con este *Guirigay* estaremos bien! Esto decian en los tendidos; lo que necesitamos que sean buenos los toros, pero son como el tiempo blando. Era su pelo castaño claro, zarco del ojo izquierdo, corni-gacho y de la calidad bravo; divisa encarnada y de la propiedad de D. Julian Díaz de Doblado tomó dos varas y de Manzano cuatro, haciéndole caer en tierra, llevando un buen porrazo, matándole el caballo; á seguida le fueron puestas tres y medio pares de *banderillas* y el hermano *Sentimientos*, que no parece sino que nos ha dejado en *herencia su apellido*, despues de

darle al vicho cinco pases lo mató de un pinchazo, una en hueso y otra por todo lo alto. El quinto era pelo negro, tambien bragado, corni-gacho y con divisa azul, de la propiedad del señor conde de Valparaiso : tomó de Doblado una vara y le mató el jamelgo, y de Manzano cuatro, poniéndole tres pares de rehiletos, matándole Agustín Aroca despues de dos pases, de una por todo lo alto y un golletazo. Gracias á la Providencia! Estamos en el sexto, y no se figuren mis lectores que es como San Alejo, era retinto claro, hociblanco, bien puesto y corni-alto, de la propiedad de D. Martin Magin Moreno, con divisa verde : Doblado le puso tres varas y Manzano dos, y habiéndole clavado cuatro pares de rehiletos, lo mató Sentimientos despues de siete pases, de dos pinchazos, una en hueso y un mete y saca. Ya tienen aqui mis lectores concluida la funcion de por la mañana, sin que tengamos que anotar nada de particular, puesto que los toros han sido sumamente blandos. Con motivo de que á las tres y media era la de por la tarde, muchos espectadores aguardaban hasta la hora prevenida. Con efecto llega aquella, y la plaza volvia á tener la misma animacion que por la mañana. La cuadrilla salió á las órdenes de los espadas anteriores á saludar al presidente, haciéndolo tambien los famosos picadores Luis Corchado, Miguel Velazquez y Juan Luis de

Amisas. Las casaquillas de estos estaban perfectamente bordadas, con elegancia y gusto: ocupados por los combatientes sus puestos, suena el clarín, y vimos el primer toro lucir sus ágiles piernas: era retinto oscuro, corni-cerrado y vizco del asta derecha, su calidad bravo, duro y pegajoso, divisa encarnada: en el momento que Corchado le citó, el vicho le cargó haciéndole caer á tierra matándole el caballo, llevando un puazo. Velazquez le puso cuatro, matándole el jaco y dejándole mal parado, y Amisas solo lo hizo de una vara, le arrimaron dos pares de rehiletos, y lo mató Agustín Aroca después de cinco pases de una buena recibéndolo.

El segundo, pelo retinto claro, hociblanco, corni-alto, bien puesto, de la misma ganadería y con igual divisa que el anterior: Corchado le puso una vara, Velazquez dos y Amisas otras dos, matándole en la última el caballo, le pusieron tres y medio pares de *najarillas* (1), y lo mató el compadre *Sentimientos* después de dos pases, de dos cortas y una á volapié.

El tercero era castaño claro, aldi-negro, corni-veleto y de calidad duro, de la propiedad y divisa del anterior: Corchado le puso dos varas, Velazquez tres, y en seguida le clavaron cinco pares de banderillas, y lo mató Agustín Aroca después de dos pases, de una en hueso y un golletazo. Este

(1) Que traducida del gitano al castellano quiere decir banderillas.

diestro no llevó una cojida por la agilidad de sus piernas y la serenidad con que se portó.

El cuarto era pelo berrendo en negro y corni-vuelto, rabon, duro, de la propiedad del señor conde de Valparaíso, con divisa azul: Corchado le puso una vara de las pocas que se han conocido, sosteniéndose sobre el toro mas de un minuto, sacando su caballo á salvó y sin lesion de ninguna especie, recibiendo aplausos repetidos por los espectadores; Velazquez le metió tres puazos y Juan Luis Amisas cuatro, matándole el caballo y dando una fuerte caída contra el estribo de la barrera; fué bien merecida porque tenía ascó á los vichos, y es bueno que se quiten los escrúpulos: tres pares de rehiletés se le clavarón al toro, y lo concluyó Aroca despues de dos pases, de dos pinchazos, una corta y otra baja.

Era el quinto de la misma ganadería y divisa que el anterior, colorado, algo osco, corni-abierto y gacho; desde que salió del toril se pronunció en completa huida, á fuerza de trabajarlo mucho pudo tomar una vara: lo mismo corria de los picadores que los franceses de nuestros soldados; de aqui fué el ponerle dos pares y medio de banderillas de fuego, quemándole el morrillo, en castigo de su cobardía, matándolo *Sentimientos* despues de cuatro pases, de dos cortas y una recibiéndolo algo tendida.

No se quejarán mis lectores; por la mañana los llevé al sexto, y por la tarde los he metido tambien

en el sexto, de igual ganadería y divisa que el que antecede, pelo oscuro, algo cárdeno, corni-delantero y bravo: Corchado le puso dos varas, Velazquez tres, le mató el caballo, y Amisas le arrimó otra, clavándole tres pares de *najarillas* (1), y lo mató Aroca de una buena por todo lo alto recibéndolo, dándole tres pases al natural.

De D. Martin Magin Moreno era el séptimo, pelo retinto oscuro, albardado, corni-veleto y boyante, divisa verde: Corchado le puso dos varas, Velazquez tres, haciéndole dar con su cuerpo en tierra, y Amisas le arrimó una y le mató el caballo, dándole al ginete otra caída. El vicho se habia crecido cuando le mandaron poner banderillas, le clavaron dos pares, y lo despachó Sentimientos, despues de dos pases al natural y uno de pecho, de un volapié y un mete y saca bajo.

El octavo era de la misma ganadería y divisa que el anterior, pelo retinto claro, hociblanco, bien puesto y corni-delantero. Desde que salió al ruedo todos se persuadieron seria el toro de la corrida, porque se presentó bien: de Corchado tomó una vara, le mató el caballo y dió una caída, Velazquez le puso otra y tambien cayó á tierra; pero se desvanecieron las esperanzas que el público concibiera, porque el animal no hizo mas, porque no le dió la gana, la noche venia y fué preciso arrimarle cinco

(1) Son banderillas como antes llevamos manifestado.

pares de rehiletos, matándolo Aroca de una tendida, dos en hueso, descabellándolo por último.

Concluida la funcion, salieron los espectadores no muy satisfechos de la bravura de los toros, y esperando que en la siguiente corrida fuesen mejores, para poder desquitar lo perdido; debiendo advertir á nuestros lectores que por la mañana hubo de productos la cantidad de 52,441 rs. 7 mrs., y por la tarde 67,863 rs. y 24 mrs., que unidas ambas partidas á los aprovechamientos de catorce toros muertos, nueve caballos y el producto de los aguadores hacen el total de 107,369, rs. y un maravedi, segun el estado que se espresa á continuacion.

PRODUCTOS.	RS.	MS.
Entrada de la mañana	52,441	7
Por la tarde.	67,863	24
Catorce toros muertos	7,111	4
Nueve caballosidem.	103	
Aguadores	145	
Total.	107,569	

NOTA. En la línea 16 última de la primera plana de la advertencia se ha puesto por equivocacion 1808, debiendo ser 1801.

SEGUNDA CORRIDA.

1808.

Dezcanze ozte, compadrito.

De dar tajoz y revezez

Que harto hubieron loz francezez

En loz campos de Bailen.

Dezcanze ozte un poquitto

Y á loz toroz, que hay corria....

Dezpuez verán por mí via

Quien unta la oreja á quien

Como hay Dios en los cielos que se nos ensancha el corazón y nos llenamos de orgullo y de alegría cuando recordamos que somos nietos de nuestros abuelos!... ¡Como hay viñas, que dice la gente de nuestra tierra, que nos ponemos mas huecos que una sopaipa cuando pensamos que corre por nuestras venas su propia sangre y que abrigan nuestros corazones sus *mismisimos* sentimientos!..... ¡A fe de *Pero-Grullo* y *Fierabras* que quisiéramos habernos encon-

trado con ellos, cuando al grito santo de *independencia y libertad*, abandonando sus hogares y lanzándose animosos al combate para salvar á su país del extranjero yugo, hicieron ver al mundo su constancia y su valor!..... ¡Gloria eterna á los que lograron vencer al conquistador europeo!... ¡Gloria eterna á los que supieron desbaratar sus aguerridas huestes y librar á España de su aborrecible dominacion!...

Llegó el lunes 26 de setiembre de 1808, y nuestros abuelos y nuestros padres, que así se holgaban de ver toros como de matar *gabachos*, y en ambas cosas les alabamos el gusto, olvidando por algunas horas sus aprestos militares se dispusieron para tomar el camino de la plaza, donde iba á verificarse aquel día la corrida segunda de aquel año, puesto que hasta entonces, como ya se ha dicho, las había estorbado la invasión francesa.

Catorce toros debían salir á la arena, según anunciaban los carteles, de las ganaderías y con las divisas siguientes :

<u>Toros.</u>	<u>Ganaderías.</u>	<u>Procedencia.</u>	<u>Divisas.</u>
Cuatro.	D. Alvaro Muñoz y Teruel.	Ciudad-Real.	Encarnada.
Seis...	D. Juan Diaz Hidalgo.	Villarrubia...	Azul.
Cuatro.	Conde de Valparaiso.	Mancha.....	Verde.

Habían de lidiarse seis de ellos por la mañana que serían picados por *Francisco Ortiz* y *Juan Gállego*, á quienes reemplazarían por la tarde *Luis Corchado*, *Miguel Velazquez Molina* y *Juan Luis de Amisas*, siendo los matadores por mañana y tarde *Agustín Aroca* y *Juan Nuñez* (a) *Sentimientos*.

Amaneció, pues, el día señalado y el cielo no se mostraba á la verdad del todo propicio á los aficionados madrileños, que abandonando las sábanas mas temprano que de costumbre, no cesaban de mirar las cenicientas nubes que cruzaban por los aires, renegando de la copiosa lluvia de la noche anterior y de la que todavía amenazaba. Poco á poco, sin embargo, fueron desapareciendo los nublados y á las nueve, la atmósfera casi despejada, dejó aparecer una mañana de otoño fresca y deliciosa.

Desde entonces todo fué movimiento y algazara: los desanimados corazones recobraron sus abatidas esperanzas; el sexo femenino arreglaba á toda prisa su tocado y ajustaba á su cintura el corto guardapié, mientras impaciente el masculino, terciada al brazo la capa y echado hácia las cejas el sombrero, solo pensaba en llegar al circo cuanto antes y en ver aparecer el primer toro.

Cruzábanse por todos lados los calesines, las tartanas, los caballos y los cochés. Mezelábanse en todas direcciones los aristócratas *pisaverdes* y las damas de alto rango con las vistosas mantas y los demócratas artesanos. Todas las clases de la sociedad,

todas las edades, desde la mas tierna infancia hasta la mas arrugada senectud; todo Madrid, en fin, puede decirse que se encaminaba hácia la puerta de Alcalá, desde donde la calle de este mismo nombre presentaba un cuadro verdaderamente pintoresco y encantador.

Aquí á un potro de Jerez

Un majito sevillano,

Las piernas le corre ufano,

Y le refrena á la vez.

Y relincha el animal,

Y mas el majo le aprieta,

Y firme en cada corbeta

Luce su garbo y su sal.

En un alto cálesin,

Su gracia ostentando sola,

Se divisa una manola

Mas bella que un serafin.

Y otro allí á todo correr,

Que atrás al primero deja,

Lleva dentro una pareja

Que es todo lo que hay que ver.

Mas allá en un mal simon

De gusto rancio y añejo,

**Van una vieja y un viejo
Que nunca pierden funcion.**

**Tres ninfas del Avapies
Acá del brazo agarradas,
Llegan con mil carcajadas
Burlándose de un frances.**

**Todo es correr y saltar,
Todo es broma y zipizape,
Todos en fin van á escape
Porque las diez van á dar.**

Lleno muy en breve de gente el circo todo, palcos, gradas y tendidos, solo se aguardaba ver ondear por los aires el blanco pañuelo del presidente, que lo fué por mas señas aquel dia el corregidor de Madrid D. Pedro de Mora y Loma, quien no se hizo á la verdad esperar mucho tiempo, puesto que á las diez y dos minutos resonaban ya en la plaza los timbales y el clarin.

Una de las situaciones que ciertamente sorprenden y admiran mas en los toros á los que presencian por primera vez esta funcion, y alegran siempre y encantan á los que la han visto muchas veces, es aquel momento en que despues de hecho el despejo se ven salir á los airosos y bien vestidos lidiadores, formados en cuadrilla con los capotes terciados, precedidos de los alguaciles y escoltados por los

apuestos ginetes, marchando tranquilos y serenos hasta debajo del balcon de la presidencia, para hacer el graciosísimo saludo de costumbre; y cuando ya dispersos, los picadores con su vara, preparados á la izquierda del chiqueró, y los arrogantes diestros cada uno por su lado, con la capa sobre el brazo, vuelve á parecer el pañuelo blanco y suenan de nuevo los timbales y se abre de repente la puerta del toril. ¡Qué animacion en todos los semblantes! ¡Qué impaciencia en todas las miradas!... Cuánta inquietud por do quier! ¡Cuánta alegría!

En semejante estado encontrábase ya los espectadores la mañana de que vamos haciendo mencion, cuando salió á la arena el primer toro, con divisa encarnada y propio por consiguiente de la ganaderia de D. Alvaro Muñoz y Teruel, vecino de Ciudad-Real.



Era el animalito de buen trapío por cierto, retinto, bien encornado y remataba en las tablas que daba gozo. El primer caballo que se le puso por delante fué el de Francisco Ortiz, que cayó en tierra herido en el corazón del primer *hachazo*, no obstante de que el ginete le plantó una vara en buena ley que hizo resonar por todas partes innumerables aplausos. Recibió en seguida otro *puyazo* de Juan Gallego y cinco luego del primero, y cuatro del segundo, alternados por supuesto, pero sin mas de notable en ellos que dos fuertes *batacazos* que sufrió Gallego en la tercera y cuarta vara.

Pusieronle despues cinco pares de banderillas, tres de frente y dos al cuarteo, y hecha la señal de muerte se presentó el espada *Agustin Aroca*, que vestia de azul turquí con bordados y alamares de plata y faja color de rosa.

«*Zeño Corregior*, dijo quitándose el sombrero de tres picos: *brindo pó Uzia, por toa la gente é Madri y porque no quee vivo ni un frances.*» Y dando media vuelta y tirando al suelo su sombrero, se dirigió con paso firme hácia la fiera; y habiéndola citado con maestria, despues de dos pases al natural y uno de pecho la despachó de una corta y un volapié por todo lo alto.

Y arrastrado el animal

Al compas de aplausos mil,

Se dió otra vez la señal

Y otra vez sonó el timbal. Y otra vez se abrió el toril. Y cuentan los que lo vieron, que salió el segundo toro, que fué hermano del primero en cuanto á pertenencia y ganadería. Retintó como el anterior, aunque no de tan buen trapío, ni tan bien encornado, se presentó en la plaza mas ligero que una exhalacion, corriendo á diestro y á siniestro detrás de la gente de á pié, por quien desde el principio mostró una muy singular y decidida predilección. Tomó cuatro varas de Gallego y tres de Francisco Ortiz, habiendo ambos medido el suelo con los huesos, aquel en la segunda y este en la tercera, de la que pudo haber salido muy mal parado, sino hubiese estado tan pronta la capa de Sentimientos. Salieron en seguida los muchachos y lo cargaron de leña, habiéndole puesto cuatro pares de palos el primero y cinco el segundo, á media vuelta, de frente y al cuarteo, ó lo que es lo mismo, de cualquier manera y como mejor les cuadraba, porque el vicho era franco y voluntario y á todo se prestaba sin malicia. Tocaba á Juan Nuñez (a) Sentimientos la espada y la muleta, y con ella preparado, previo el competente brindis al estilo de la época, y poco mas ó menos como el que citamos antes, recibió al toro en toda regla, dándole dos pases primero y enviándole despues á descansar de un mete y saca aunque algo bajo.

De D. Juan Diaz Hidalgo, vecino de Villarrubia de los ojos del Guadiana, y con divisa azul fué el tercero que se presentó á la lid, negro ensabanado, corni-alto y bravucon. Tomó cuatro varas de Ortiz, á quien mató el jamelgo en la tercera y otras tantas de Gallego, habiendo sufrido cada uno dos sendos porrazos; porque á las últimas, y viendo el toro que las bromas iban pesadas, se creció al yerro y les hizo conocer que donde las dan las toman.

Hecha la señal de banderillas, y despues de haberle puesto tres pares, dos al cuarteo y uno de frente, en cuya suerte estuvo muy en peligro el diestro porque el vicho le partió cortándole el terreno; volvió á coger la espada Agustín Aroca, que no estuvo en esta ocasion tan feliz como en la primera, no obstante de que trasteó y trabajó el toro con bastante serenidad é inteligencia. Tomó este querencia al caballo muerto, y parapetado entre el difunto y las tablas conoció su posicion, y no habia fuerzas humanas que de aquel parage pudieran arrancarle. Al cabo de muchos pases inútiles y de mil vueltas y revueltas, el capote de Sentimientos logró ponerlo mas en suerte, y queriendo aprovechar la ocasion le dió pasaporte de un golletazo no muy limpio.—«Zeño Agustín, gritó desde el tendido un andalúz, bien podia zu mercé haber guardao esa metia pá argun frances.»

Y un frances que estaba allí

Y que atento lo escuchaba,

Con entusiasmo esclamaba:

Oui, oui, Monsieur... oh! oui, oui!

Retinto el cuarto, hermano del primero y del segundo, feo, gacho y hormigon del cuerno izquierdo, parado y muy *marrajo* por mas señas, salió del toril con paso mesurado y grave, como reconociendo el terreno y la gente con quien se las iba á haber. Formado, al parecer, su plan de ataque, se dirigió á Juan Gallego, que le puso una muy buena vara en toda regla, la cual no debió haber hecho mucha gracia al *vicho*, porque al sentirla, cargó segunda vez contra el enemigo, y derribándole en tierra hizo tal zafarrancho con el jaco, que no volvió á levantarse mas, habiendo estado tambien en un *trís* el pobre picador. No quiso el bueno del toro dejar disgustado á Ortiz, y al primer empuje de sus astas, á pesar del buen puyazo que llevó, ginete y caballo sufrieron la misma suerte; y el público que vió la plaza sin caballos ni ginetes, principió á gritar desafortadamente, sacando al mismo tiempo los pañuelos y pidiendo picadores; pero cuando estos llegaron á salir ya el *vicho* se había enfriado un poco, y así que solo tomó dos varas mas de Ortiz y tres de Gallego, sin otro resultado que un nuevo porrazo que aquel sufrió en la tercera.

Con no pocas dificultades, porque el toro se puso de mucho *cucliao*, le plantaron los *chulos* dos

pares y medio de rehiletos á media vuelta, y *Sentimientos*, que conoció lo que el animalito era, y el *sentio* con que estaba, y que no era conveniente andarse con preámbulos ni circunloquios, le remató de una baja á *pasatoro*, que no fué por cierto muy del agrado de los circunstantes.

El quinto no matar. Salió en seguida el quinto, que si no hubiera sido por lo que fué todos hubieran creído que era un buey; pero era un toro de mala estampa, negro bragado, receloso y frio con divisa azul y propio por lo tanto de D. Juan Diaz Hidalgo; vecino de Villarrubia. Ortiz le puso una vara de refilon y otra Gallego un poco mas en suerte, y aun cuando el público pidió perros con instancia, el señor corregidor sacó un pañuelo encarnado, y el pobre animal fué quemado vivo con cinco pares de banderillas de fuego que le espetaron sobre los morros, todos cinco á media vuelta, que ni siquiera sirvieron para avivarle, porque el maldito, como ministro de estos tiempos, se propuso desde el principio desentenderse de interpe-laciones y seguir impávido su marcha. Esto no le sirvió sin embargo, porque tal fué la interpelacion de Agustin Aroca, que lo envió á la otra banda de una corta recibiendo y un *volapié* regular.

Salió en seguida el sexto que pertenecia á la ganaderia de D. Alvaro Muñoz, segun lo indicaba la divisa encarnada. Aunque pequeño era bien hecho, no muy mal encornado, retinto tambien como sus

hermanos y bastante vivaracho. Salió de estampia y tomó dos varas de reñilon de Ortiz y de Gallego, y luego cuatro mas de cada uno, sin mas contra tiempo que un buen batacazo que le hizo dar á Ortiz en la tercera.

Con dos pares de rehiletos puestos al cuarteo, y cuatro á media vuelta, tomó la muleta *Sentimientos*, y sin embargo de que el toro se había emplazado, se fué derecho hácia él; y en medio del circo, habiéndolo trasteado primero grandemente le dió una buena, y otra luego regular con la que acabó la funcion de la mañana.

Apenas la una seria,

Y todo el público en coro

Al presidente otro toro

Con fuertes voces pedia.

Pero el señor corregidor no tuvo por conveniente acceder á la demanda, y unos se marcharon y otros se quedaron, y á las tres y media, previas las formalidades, ceremonias y prácticas de estilo, volvió á principiar la funcion, saliendo á la palestra el primer toro de la tarde, con divisa verde, de la ganadería del conde de Valparaiso, berrendo en colorado, corni-veleto y boyante: tomó cuatro puyazos de Corchado, matándole el jamelgo, tres de Miguel Velazquez que cayó á tierra en la segunda, y otras tres de Amisas que tambien besó el suelo en

la segunda y la tercera. Pusiéronle cuatro pares, dos de frente y dos á media vuelta, y murió á manos de Aroca que le *atizó* dos estocadas, una en hueso y otra regular aunque un poco atravesadas.

El segundo, de la ganaderia de D. Juan Diaz Hidalgo, corni-vuelto y feo en toda la estension de la palabra, recibió á duras penas dos varas de Luis Corchado, una de Velazquez y otra de Amisas, sin que en las cuatro y en todo lo demas de la corrida hiciese otra cosa que buscar la huida y querer saltar la barrera, aunque siempre en vano. Despues de haberle clavado cuatro pares, le dió muerte el intrépido *Sentimientos* de dos en hueso y un volapié en toda ley.

Pertenecia el tercero á la ganaderia del conde de Valparaiso, negro bragado, gacho y bien puesto: salió á la plaza pidiendo guerra, y dando á entender lo bien que el nombre le cuadraba. Juan Luis de Amisas fué el primer picador que se le colocó delante, y el primero que cayó al suelo de cabeza con todo el peso del caballo encima, habiéndose levantado el jinete y el jamelgo con no poco trabajo, este todo ensangrentado y aquel todo magullado. En la vara y en venir á tierra le tocó el turno á Corchado, á quien le mató el caballo, habiendo cabido igual suerte á Velazquez Molina y á su jaco. La gente estaba contenta y gritaba y aplaudia, y como si el toro hubiera conocido los buenos deseos de los espectadores, apenas volvió á ver delante de sí al

bueno de Amisas, le arremetió con nuevo brio, le echó á rodar y le mató el caballo, en lo cual hizo perfectamente, porque el animal apenas podia tenerse de pié. Recibió despues tres varas mas de Corchado que llevó otro porrazo, tres de Velazquez que volvió á caer nuevamente y dos de Amisas, que no quiso ser menos que sus compañeros. Puede decirse que este fué el toro de la tarde.

Hecha la señal, claváronle cinco pares de banderillas, tres al cuarteo y dos de frente, y el intrépido Agustín cumplió en aquella ocasion como el caso lo exijia; pues habiendo sido tan buen *vicho*, justo era que hubiese tenido buena muerte, y lo despachó de una buena recibiendo.

Quisiéramos pasar por alto el cuarto; pero todo es necesario referirlo á fuer de imparciales historiadores. Salió este con divisa azul como de Villarubia de los ojos del Guadiana. Negro, hoci-blanco, corni-veleto y flojo, nada hizo de provecho. Tomó dos varas de cada uno de los tres picadores, todas seis de paso; le pusieron luego cuatro pares de banderillas, dos al cuarteo y dos á media vuelta, y acabó con él el compadre *Sentimientos* de un pinchazo, una en hueso y otra regular.

Presentóse el quinto en la arena bastante blando y del mismo modo permaneció mientras estuvo en ella. Era hermano del anterior, retinto claro, bragado y algo corni-delantero. Tomó tres varas de Corchado, dos de Velazquez, á quien por una chiripa le

hizo dar un revolcon en la segunda y dos de Amisas. Pusiéronle cuatro pares de rehiletes, que debieron de hacerle bastante impresion, porque para evitar otros nuevos, saltó la barrera dos veces, habiendo estado muy en peligro en la primera uno de los alguaciles, que estuvo algo torpe para tirarse á la plaza. Agustín Arocá le dió el competente pasaporte de una corta por todo lo alto, otra en hueso y un golletazo. Asomó entonces á la puerta del chiquero el sexto toro con divisa verde, pelo retinto claro y las astas demasiado abiertas. Al principio se presentó en el circo muy boyante, poco después le cogió miedo al yerro, se hizo receloso y se contentó con haber tomado tres puyazos del compadre Corchado, que llevó una buena caída en el segundo, tres de Velazquez y dos de Amisas que tambien rodó en el primero. Pusiéronle seis pares de banderillas, tres de frente, dos á media vuelta y uno al cuarteo; y el hermano *Sentimientos* apenas sonó la señal de muerte se dirigió hácia él tranquilo y decidido; pero el animalito debió de conocerle la intencion, porque le partió antes de tiempo, lo que dió lugar á un pase de pecho de mucho mérito. Dióle en seguida dos al natural y luego acabó con él de una en los mismos rubios, que le valió muchísimos aplausos.

De D. Juan Diaz Hidalgo era el séptimo, de no muy mal trapío, berrendo en colorado, bien encornado y bravucon. Al pronto se mostraba algo receloso, pero después se creció y no fué el que menos di-

virtió á los espectadores. Tomó seis varas de Velazquez, á quien mató el caballo en la tercera, habiendo ademas rodado el ginete en la segunda y cuarta. Amisas le puso cinco puyazos, en los cuales vino al suelo dos veces, perdiendo el jamelgo en la primera; y el ciudadano Corchado le arrimó otros tantos, en los que solo una vez fué derribado en tierra.

Claváronle los *diestros* siete pares de rehiletos, tres al cuarteo y cuatro á media vuelta, y el bravo animal sucumbió despues á la espada de Agustin Aroca, que sin consideracion lo envió á lejanas tierras de una en hueso, otra corta y otra buena.

Habiase ya puesto el sol cuando salió el octavo, con divisa verde, negro, corni-veleto y blando. Tomó dos varas de Amisas, dos de Corchado y una de Velazquez, todas cinco de mala gana y á remolque, y en castigo de su flojonería mandóle el presidente poner banderillas de fuego, y pusiéronle en efecto cinco pares que le avivaron un poco; y habiendo sonado el clarin cojió *Sentimientos* la muleta y lo despachó, no se sabe cómo á punto fijo, porque las tinieblas se iban apoderando ya de la tierra y apenas se distinguian los objetos.

Mas las mulillas salieron
De los timbales al son,
Y todos de allí se fueron,
Y se acabó la funcion.

PRODUCTOS DE ESTA CORRIDA.

Por la mañana.	36,962	rs. 16	mrs.
Por la tarde.	43,025		
Total.	79,987	16	

APROVECHAMIENTOS.

Catorce toros muertos.	7,444	ms.	4
Diez caballos id.	120		
Aguadores y otros.	140		
Total.	87,358	20	



TERCERA CORRIDA.

1808.



CANCION.

A los toros ¿Quién se viene?
A los toros ¿Quién se va?
Viva el garbo y quien lo tiene,
Que me muero. ¡Puñal!

Es mu linda mi curriya,
Y el cuelpo é mi morena,
Que la truje é Ziviya
Pa el alivio é mi pena.

¡Ay churrú! y que meneo
Le acompaña a mi manola;
Que en metiéndolo en jaleo,
El fandango baila sola.

A los toros ¿Quién se viene?
A los toros ¿Quién se vá?
Viva el garbo y quien lo tiene,
Que me muero. ¡Puñalá!

Con su mantia terzia,
Y la caera zalia;
Ez moza é calia,
Que los corazones lia.

Viva el Zalero. ¡Zeñó!
Y el calochin de mi maja.
Que á Meliya ó ar Peño
Por ella su mé se najá.
A los toros etc.

DIGAN lo que quieran, el cielo de Madrid es hermoso. La capital de la monarquía tiene un otoño saludable, y se alcanzan los mejores días del año. PERO GRULLO y FIERABRAS tienen que decir la verdad por más que les pese á los que con embustes se entretienen. Los hijos de la H. V. disfrutaban algunas épocas buenas; pero otras son muy malas é inconsecuentes. Preciso es tener paciencia, así lo dá el almanaque, ellos no tienen la culpa: bastante hacen con sufrir la atmósfera corrompida que se respira por traidores y perjuros, cuyos miasmas hace mucho tiempo que se estienden por todas partes. Nada de esto nos aflige, absolutamente nada; porque la Providencia es justa, y la *viña del Señor* tiene que limpiarse de la mala semilla, según nos enseña el Evangelio; por lo tanto parece mejor dejar estas reflexiones para cuando llegue la hora del castigo, y pasemos á ocuparnos del propósito que nos mueve á escribir este artículo.

Los hijos de Madrid tienen gusto para sus diversiones: gozan en ellas, y no por eso les falta el valor. La experiencia nos ha hecho conocer lo contrario, y es sabido que en los momentos del peligro cada cual ocupa su puesto, sin que el llanto de la esposa, los lamentos del hijo, ni las voces del padre puedan hacerle separar de los deberes que la patria le impone: díganlo el 7 de julio de 1822, el 7 de octubre de 1841, y tantas otras ocasiones en que como en la gloriosa época del 2 de mayo de 1808, y de cuyo tiempo estamos escribiendo, *salvaron* el cetro de sus REYES y dieron cima á los tiranos; empero si sus esfuerzos no han sido á veces suficientes, buena lección tiene la Europa de que el capitán del siglo tuvo que pronunciarse en vergonzosa fuga cuando sus armas y banderas ondeaban victoriosas en todas partes.

Amaneció el día 3 de octubre, y los habitantes de Madrid estaban alegres. Los ojos de todos se habían dirigido al cielo, como quien busca alguna cosa grata; y una sonrisa seductora dió á conocer que eran dichosos. En efecto lo fueron: los rayos del sol iban estendiendo su rápido vuelo por los torreones y azoteas de los más altos edificios, el despejado horizonte no hacía concebir la más ligera tristeza, y nada era de temer. Este día fué el señalado para la lidia de catorce toros, seis por la mañana y ocho por la tarde: la función principiaba en los primeros á las diez, y en los segundos á las tres y me-

dia; la animacion y el júbilo crecia por do quier, y ya los *diestros* lucian su garbo dirijiéndose al campo de batalla unos en calesas, y otros en fogosos corceles.

Las diez menos cuarto serian del 3 de octubre de 1808, y la Puerta del Sol, calle de Alcalá y las que se dirijen á esta para la plaza de los toros estaban intransibles, todo era confusion :

Corriendo van calesines
Con ruidosas campanillas,
Conduciendo á serafines,
Reinas de las maravillas.

¡Qué jaleo ! ¡ Qué desmoche !
¡ Qué compostura ! ¡ Qué gala !
Y el mayoral desde el coche
Dando la voz, ¡ riáá Zagala !

Vengan pintores diestros, y harán el animado cuadro de Madrid un dia de toros, y espresarán con verdad lo que es la vida. La plaza estaba con una asombrosa entrada, y la algazara de los espectadores daba á conocer que dentro de poco se principiaria la funcion.

Con efecto, el señor corregidor D. Pedro de Mora y Loma, que presidia aquella, llegada que fué la hora mandó hacer el despejo y que saliesen las cuadrillas de banderilleros y picadores. Asi se verificó,

presentándose á la cabeza de ellos los matadores Gerónimo Alcaide (a) Cándido, y Francisco Guillen luciendo todos sus vistosos trajes; detras los picadores Francisco Ortiz y Juan Gallego, siendo la casaquilla del primero campo azul turquí, bordada en plata, con hombreras de lo mismo, y la del segundo campo morado y bordada en oro: á seguida el correspondiente tiro de mulillas perfectamente enjaezadas. Tan luego como hicieron el saludo á la autoridad cada uno de los combatientes ocupó su puesto, y en el momento se hizo la señal de la pelea, y salieron los toros por el orden que sigue:

De D. Alvaro Muñoz y Teruel, vecino de Ciudad-Real, era el primero, con divisa verde, *simbolo de la esperanza que siempre tenemos los españoles de esperar lo bueno*; su pelo negro, corni-abierto, de calidad duro y pegajoso. ¡Cuántas cosas se podian decir de las circunstancias que reunia el animalito!!! Desde que salió de la puerta del toril principió á reconocer el campo, y el picador Francisco Ortiz que estaba á su derecha citó al vicho, y con toda la fuerza de que era susceptible le arremetió, poniéndole una vara de mucho mérito, lo que valió bastantes aplausos, haciéndolo de otras cuatro mas, sacando herido por dos partes su jamelgo: Juan Gallego le arrió tres, sin que en la segunda no saliese bien parado perdiendo el jaco y dando un lindo porrazo. El vicho se conoce que lo entendia, porque *remataba en el bulto!!!* Con tres pares de banderillas que le

fueron clavadas se tuvo por suficiente para darle muerte, tocándole á Gerónimo Alcaide (a) Cándido.

¡ Con qué sereno semblante
Tomó el mozo la muleta !
¡ Su garbo y su talante
Es el alma de la fiesta !

—
Los ojos fijan en él
Curiosos espectadores ;
Que es el apuesto doncél
Matador de matadores .

En el momento se dirigió delante del palco de la presidencia, y con su sombrero en la mano, su muleta y espada en la izquierda gritó: «*Por uzia, po la zalú de los hijos de Madrid, y po los forasteros*» y dando media vuelta tiró su sombrero, y cojiendo su espada con la mano derecha se fué en busca del vicho, y dándole dos pases al natural y una de pecho, lo mató de una buena por todo lo alto. ¡ *Se portó Cándido!* decian los espectadores; y así fué en efecto, por lo cual mereció muchos bravos.

El segundo era de la misma ganaderia y divisa que el anterior, pelo retinto oscuro, bien puesto, corni-veleto y de calidad blando; no se hizo el animalajo mucho de rogar, porque el picador Francisco Ortiz se encontró con un guapo que le puso la ceniza en la frente, porque sin perjuicio que lo hizo

de cinco puyazos, el animalejo no se incomodó hasta el último, que creciéndose por instantes al palo, lo cargó con gravedad, y matándole el caballo vino á dar con su humanidad en tierra llevando un buen porrazo, en términos que tuvieron que mandarlo á la enfermería; ¡pero bonito niño era! Así que vió que tenía fuerzas para la pelea, lo vió el público otra vez á caballo en el ruedo, lo cual le valió muchos aplausos. Mientras esta escena pasaba en un lado de la plaza, en el otro Juan Gallego le puso cuatro varas al vicho, no con mucho gusto, por aquello de «*en las intenciones se conocen los ánimos.*» A seguida le clavaron dos pares y medio de banderillas, y Francisco Guillen despues del correspondiente saludo se presentó delante de la fiera á darle muerte, y ¡oh fatalidad! al segundo pase al natural el toro se escupió fuera de la suerte, y habria llevado una cogida á no ser por su agilidad tan reconocida; por fin despues de otros tres pases mas y uno de pecho, le acabó de dos pinchazos, una en hueso y otra á volapié.

Tambien en las vacadas tenemos toros de *sangre azul y esclarecida estirpe*, no por sus nombres, sino por el amo de la ganadería. El tercero era de los de esta condicion, propio del señor conde de Valparaiso, de la Mancha, con divisa azul, pelo colorado, algo osco, corni-cerrado y bien puesto. Desde el momento en que salió á la palestra se pronunció en vergonzosa fuga; el animalito salió huyendo, y si fuera posible que viviera, estaria todavía por esos mundos

de Dios, corriendo tanto como el *cólera*. El público también se pronunció contra el vicho, y cada cual pedía su cosa; y mientras no fué posible que el animal se parára para meterlo en suerte, sin poderle poner una vara. ¡Fuego! decían unos, ¡perros! otros, y el animalito haciendo el sainete de *Juan Juye*. ¡Qué tres cosas tan diferentes! *Esta escena nos recuerda lo que en aquella época estaba sucediendo en España. Unos peleando por la independencia; los franceces corriendo como el toro; y otros siendo perros traidores que nos estaban vendiendo; los cuales son tan afortunados que siempre caen de pies.* SI FUESE POSIBLE HOY FIJAR LA VISTA, NO DESCONOCERÍAMOS LOS HOMBRES DE AQUEL TIEMPO. El presidente, que vió no tenía otro remedio que imponerle castigo al toro, mandó que le aplicáran banderillas de fuego, y en efecto le fueron clavadas cuatro pares en términos que le quemaron de lo lindo.

Sufre el castigo cobarde
de banderillas de fuego;
que de huir haces alarde,
ser toro, fuera de juego.

Dióse la orden de la muerte, y Gerónimo Alcaide (a) Cándido se fué en busca del vicho, el cual se había hecho receloso y tomado querencia en la puerta del arrastradero; estaba aquel sitio fresco, y bastante quemado estaba el animal para buscar un poco

de consuelo ; poco caso hacia de la muleta , mas el hermano Cándido, que era mozo de pelo en pecho, lo despachó dándole un golletazo á volapié ; es decir, en el cuarto de la salud , para que no moliera mucho. ¡Haze ozte bien compare , las puñalas á tiempo!!

El cuarto era tambien de la misma ganaderia y divisa, y con este motivo la gente principiò á incomodarse , porque el anterior no habia sido bueno ; pero vean VV. que ahora se cumplió el refran de que « *donde menos se piensa salta la liebre.* » Y con efecto el cuarto honró en algo á su padre y madre, porque siendo su pelo cárdeno daba señales de hacer algo de provecho , era corni-cerrado y mogon del derecho ; su calidad bravo y duro : arrancando á los caballos con pujanza tomó de Francisco Ortiz seis varas matándole el jaco y dándole un porrazo, y de Juan Gallego ocho dejando el rocinante fuera de combate, sin que por eso no llevase su linda costalada , capaz de tasarse en cualesquier dinero , el público gozó y con sentimiento vió que le mandaron poner banderillas, porque el vicho no se trabajó lo que el queria ; le clavaron dos pares de palitos, y lo mató Guillen despues de tres pases, dos al natural y uno de pecho, de una corta, otra en hueso y una buena reciéndolo.

El quinto era de la misma ganaderia y divisa que el pasado, pelo ardi-negro , corni-abierto y de calidad bravo ; segun su trapio indicaba que dejaria

el pabellon bien puesto; pero no pasó mas que de indicaciones, porque Ortiz le puso tres varas y le mató el rocinante, haciéndole dar otra caída; Gallego le arrimó dos y llevó su porrazo, clavándole en seguida cinco pares de rehiletos, saliendo á matarlo el CÁNDIDO, concluyéndolo de seis pases al natural, de dos cortas, una algo tendida, descordándolo por último. Este diestro estuvo muy feliz antes de la muerte, porque capeó al vicho á la verónica, cuyas suertes le valieron muchos aplausos. ¡Ojalá hubiera sido lo mismo para rematarlo!

De lo ageno lo que quiera su dueño. Lo mismo sucede con los toros; los que son bravos se conocen, los que no, se tiene paciencia; llegó la hora del sesto y se presentó un vichito propio de D. Juan Diaz Hidalgo, con divisa encarnada, retinto claro, cornidelantero y bien puesto. ¡Vicho podia ser de todos los demonios!!! Le dió por huir de peones y caballos, y poco trabajo costó para que tomara dos varas, una del Gallego y otra de Ortiz, sin que hiciese mas que buscar la salida, y asi es que saltó dentro de la barrera *con tanta limpieza como las tropas francesas pasaron los Pirineos en 1825.* Algun castigo habia de darse al animalejo, tanto porque lo merecia, como porque era preciso satisfacer los deseos del público, y asi fué que le clavaron siete pares de banderillas de fuego, que lo pusieron mas achicharrado que al bendito *San Lorenzo*, y tanto como nosotros estamos con las cosas de *este picaro mundo*, que

por sabido se callan : y á seguida lo mató GURRO GUILLEN despues de cuatro pases , de dos volapiés , una baja y un mete y saca.

Ya tienen mis lectores concluida la corrida de por la mañana , y si bien el público no se hallaba muy satisfecho , tenia la esperanza de que por la tarde podria desquitarse lo perdido. *¡ Maldita esperanza!!! Siempre con ella , morena* : no sirve la experiencia , es preciso fe en el porvenir ; y asi es que los que escriben esta historia tienen confianza en Dios para ganar el *reino de los cielos*. Vean mis lectores que á las tres de la tarde las calles de la capital habian tomado la misma animacion que por la mañana , y cerca de las tres y media la Plaza de Toros estaba con un lleno regular , y ansiosos los aficionados de ver como se portaban los vichitos. El señor corregidor ya estaba en el palco de la presidencia , y á la hora señalada salió la misma cuadrilla de por la mañana , escepto los picadores , que eran Juan José Rueda , Luis Corchado y Miguel Velazquez. Despues del saludo , y cada cual en su lugar , se dió principio á la lidia en el modo siguiente:

De D. Alvaro Muñoz era el primero , de Ciudad-Real , su pelo castaño oscuro , corni-cerrado , hoci-blanco y bien puesto , divisa verde : desde que salió á los medios de la plaza que no se paró en pelitos , en busca del bulto siempre ; no desperdiciaba ocasion , Juan José Rueda le puso tres varas , le pegó un por-razo , sacando su jaco herido. Luis Corchado le puso

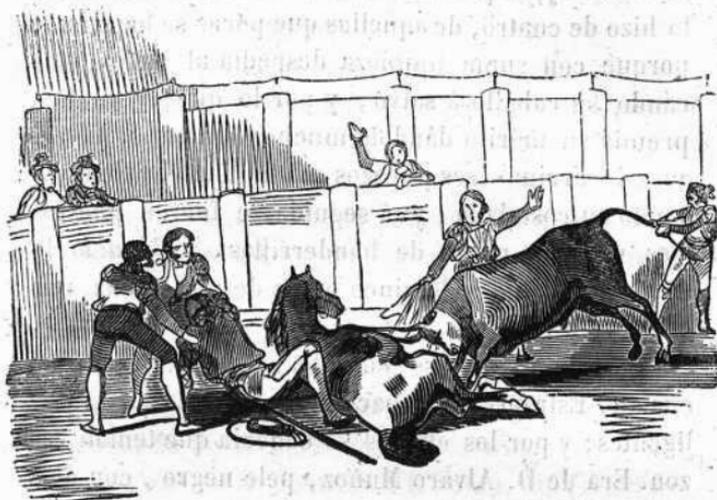
cinco varas, le mató el caballo y le hizo caer en tierra, y Miguel Velazquez le puso cuatro, pegando su batacazo, porque el animalito le gustaba que todos fuesen medidos por una vara. ¡*Cosas de la igualdad!* El público estaba contento, aunque nada de particular hacia, porque si hubiese rematado al dar los hachazos es seguro que pocos rocines se hubieran escapado de sus despaviladeras, pero «*mas vale algo que nada,*» á seguida le pusieron cinco pares de banderillas, y Gerónimo Alcaide (a) Cándido se marchó á concluir la fiera: en efecto, de dos pases, otras dos cortas y una buena recibéndolo, salió el toro ganando horas para el otro barrio.

El segundo de D. Juan Diaz Hidalgo, de Villarrubia de los Ojos, pelo retinto claro, albardado y corniabierto, con divisa encarnada, á pesar que esta era señal de sangre, poca hizo el animalito; de Rueda tomó dos varas y le hizo dar una caída hiriéndole el caballo, de Corchado tomó tres, y una de Velazquez dejándole caer en tierra con un buen golpe; tres pares y medio de rehiletos le fueron clavados, y el hermano Curro Guillen lo concluyó despues de cuatro pases al natural, de dos bajas, una tendida y un golletazo.

Lleguemos al tercero para decir lo que pasó: era de la misma ganaderia y divisa que el anterior, pelo retinto oscuro, corni-vuelto y de calidad boyante; en el momento de salir del toril tropezó con el picador Rueda, le cargó, le hizo caer en tierra y

le hirió el jaco poniéndole una vara. Luis Corchado lo hizo de cuatro, de aquellas que pocas se han visto, porque con suma limpieza despedia al vicho, sacando su caballo á salvo, y por lo que el público premió su mérito dándole muchos aplausos. Velazquez le arrimó tres puyazos matándole el caballo y dando su costalada; y á seguida le fueron puestos tres y medio pares de banderrillas, y *Cándido* lo despachó despues de cinco pases de una buena, una corta y un volapié.

• Pareció lo que se buscaba: ¿Quién duda del cuarto? Esta pregunta hacian los aficionados é inteligentes; y por los efectos se conocía que tenian razon. Era de D. Alvaro Muñoz, pelo negro, con ojos de perdiz, hoci-blanco, corni-gacho y algo delantero, de calidad duro, bravo y pegajoso, con divisa verde. ¡Vaya un toro!!! Parece que los picadores conocieron que el mocito era de cabeza; con el primero que tropezó fué con Rueda, le puso una vara y le mató el caballo dejándole pié á tierra, á seguida lo citó Corchado, y ¡oh brazo de hierro! le metió la vara por el buguero y lo sostuvo mas de un minuto. Pero despues el vicho crió sangre, y creciéndose de un modo pocas veces visto le cargó de nuevo, y matándole el caballo dió con el famoso Corchado en tierra, cebándose en él de una manera admirable; Curro Guillen acudió al momento y lo sacó debajo del caballo, mientras otros con el engaño pudieron llevarse el toro.



Compare eztaba apurao,
porque el vicho remataba;
me figuré que encornao
el maldito lo sacaba.

El animalito no perdió la costumbre, y recibiendo otro puyazo de Velazquez tambien le mató el rocinante y dió su buen porrazo. ¡Picadores! ¡No hay caballos! Estos gritos dados por los espectadores hicieron una funcion animada, y las voces de unos y otros lados de la plaza daban mayor realce á la bravura del mocito *alvareño*: nuevos caballos sacaron, pero les volvió á la carga; Rueda le puso dos varas, Corchado tres, sacando su rocinante he-

rido, y Velazquez le arrimó una. Lo bueno dura poco: el vicho se aplomó, y fué preciso avivarlo clavándole seis pares de rehiletos, y Guillen salió á concluirlo, quien despues de tres pases al natural y uno de pecho lo despachó de una recibéndolo, descabellándolo por último. ¡Tio Curritó, que ez ozté un mózo mu picarillo!!! De la misma ganaderia y divisa que el anterior era el quinto, pelo colorado, algo osco, rabon y corni-gacho, de calidad boyante; desde que se presentó en el campo de batalla, los espectadores se alegraron por aquello de *hermano de su hermano*. Se llevaron chasco, ¡cuántos hermanos hay unos honrados y otros traidores! Al grano: el torito perdió la vergüenza, como muchos hombres, y le dió por no hacer caso *de nada ni de nadie: esta china que la recoja quien tenga por qué*. Asi es que buscaba el animalito la salida; dos veces saltó la barrera, y otras tantas quiso verificarlo; á fuerza de trabajarlo tomó dos varas de Rueda y una de Corchado, y esto fué bastante para que el público se amostazara y pidiera perros, mas el presidente quiso ser mas benigno, y le mandó aplicar banderillas de fuego y le clavaron cinco pares, despachándolo á la otra vida Cándido despues de cinco pases al natural de un golletazo atroz. ¡Señor Cándido, que no lo ha sido V. ahora para matar al vicho, para otra vez cuidadito!!! De esta manera los espectadores le significaron su disgusto.

El sexto: no andarse con bromas, que el asunto no es para menos. Era de la propiedad de D. Juan Diaz Hidalgo, de Villarrubia, pelo cárdeno, cornicerrado, de calidad blando, divisa encarnada; Rueda le puso cuatro varas, le mató el caballo y le dió su porrazo; Corchado le arrimó tres hiriéndole el jamelgo y Velazquez lo hizo de una; á seguida le clavaron dos pares de banderillas y lo despachó Guillen despues de cuatro pases, de un volapié, dos cortas y un mete y saca.

El séptimo del señor conde de Valparaiso, de la Mancha, pelo colorado, algo osco, corni-veleto y de calidad bravo, con divisa azul; en el momento de salir del toril se encaró con el hermano Rueda, quien sufrió un solemne batacazo poniéndole el rocín fuera de combate; Corchado le puso cinco varas sacando herido su jamelgo, y Velazquez le arrimó tres pu-yazos; asi es que á seguida le clavaron tres pares y medio de rehiletos, y lo mató Cándido despues de siete pases al natural de una baja, otra corta y un gollétazo.

El último, que era el octavo, daba esperanzas de pocas habilidades, por aquello de «*tal palo tal astilla*» era de la misma ganadería y divisa que el pasado, pelo berrendo en negro, corni-gacho y bien puesto, sus trazas buenas, pero sus hechos malos: no servian los capotes para el animal: mas estaba por la dehesa que por el ruedo; en fin, Rueda le puso dos varas y Corchado cinco, sacando herido su

caballo ; pensaron que se avivaria con tres pares de rehiletos que le fueron clavados: todo menos eso: el vicho permaneci6 pacifico. ¡ Otro Job !!! Decian los espectadores, por último la noche venia y tocó despacharlo á Guillen; cinco pases de muleta llevaba el toro, dos volapiés habia recibido, otro pinchazo, otro y otro sufrió ; ¡ era mucha la paciencia del animal !!! y por fin oscurecido hubo que concluirlo con la media luna, porque sino es seguro que se acaba á la madrugada.

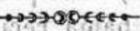
Ya ven mis lectores que esta corrida no ha sido desgraciada, lances chistosos se han tenido dignos de que se narren en esta historia. Lo cierto es que salieron algo mas contentos los espectadores que por la mañana. Hé aqui el resultado de los fondos que se recojieron en aquel dia:

PRODUCTOS.

	Rs.	Mrs.
Por la mañana	45,966	25
Por la tarde	62,055	47
Catorce toros muertos.	7,144	4
Dóce caballos id.	444	
Aguadores.	445	
Total.	113,420	42

cañales; pensaron que se avivara con tres pares de
 refielles que le fueron clavados: todo anexo esas
 el vicio permaneció pacífico. ¡Otro jabón! ¡Bacim
 los espectadores y los músicos y los
 desechados y los músicos y los músicos llevados
 el foro, las volapés, las volapés, otro pichazo,
 otro y otro salir; y otro mucha la paciencia del au-
 rito!!! y por fin escucho que conchirido con
 la media luna, perdura seguro que se acaba
 a la madrugada.

CUARTA CORRIDA.



1808.

Y a ven mis locotes que esta corrida no ha sido
 desgraciada, tanques chisiosos se han tenido dignos
 Vale mas, gitana mia,
 De tu cuerpecillo el porte,
 Que la galaz é la corte,
 Y tío el oro der Perú!
 Alza allá!... y á la corria
 Vámonoz loz doz, zalero,
 Que yo en er mundo no quiero
 Otra compañía que tú.

ESTAS mismisimas palabras y no otras parece que
 fueron las que le dijo el valiente y jacarandoso *Suri*,
 hombre de pelo en pecho, *terne* de primera y ma-
 ton de á folio á la *resaláa* y cien veces *retrechera*
Paquilla la Jerezana, mientras le daba la mano para
 ayudarle á poner su pié meñique en el estribo del
 añejo calesin, y en tanto que á su lado se colocaba
 con la sal del mundo.

— Alza allá!... calezero: exclamó en seguida,

echándose el sombrero á retaguardia. Hazle zentir la traya á eze jamelgo, y á ver si noz pone en la plaza en un minuto.

Y el calesero entonces dando un brinco y sentándose entre los piés de la pareja y la cola del escualido caballo, hizo sonar su látigo tres veces, y el casi desvencijado elemento de enormes ruedas y voluminosa zaga, comenzó á subir á escape por la calle *Real de Avapiés*, tomando el camino de costumbre hasta hacer alto en una de las puertas de la plaza, á donde llegaron muy en breve, sin novedad, vuelco, mareo, revés ni contratiempo que digno de contar sea.

Y el *Suri* de un brinco al suelo

Se tiró alegre y ufano

Y dió á *Paquilla* la mano,

Que á su vez también saltó.

Y con amoroso anhelo

Los dos en la plaza entraron,

Y la atención cautivaron

De todo el que los miró.

Y nos han referido personas fidedignas que aseguran haberse encontrado en el mismo tendido, que era el número 43 por mas señas, que vieron entrar en él al amartelado *Suri* y á la retrechera *Jerezana*, y que lo primerito en gracia de Dios y de Maria Santisima que hizo el *mozo cruo* fué quitarse la

capa, doblarla con primor y ponérsela debajo á su *gachona* que, sentándose sobre ella con muchísima la desenvoltura y sandunga del señor, remangándose antes su vestido de floreado percal, sacó de su seno un papel color de rosa que desdoblado apareció á los ojos de los circunstantes el cartel de la funcion.

—¿Qué hora es *Suri*? preguntó en seguida á su *gaché*, que no pestañeaba por mirarla.

—Laz diez menoz cinco minutoz, prenda é miz ojos; la respondió el *Suri* volviendo á empaquetarse en el bolsillo de su pantalon de pana azul el enorme reló de plata que acababa de sacar.

—A laz diez en punto comienza la corria, repuso entonces *Paquilla* de mal gesto, y entoavía no ha pareció zu mercé el zeñó corregior.

—Dime gitana, ¿quién prezie?

—D. Pedro de Mora y Loma; pero ze conoce que ze le han pegao laz zabanaz á zu Zeñoría.

—¿Y quiéz izirme, zaláa, ya que tienez er carté en la mano, cuántoz y de quien zon loz toroz y loz picaorez y la emaz gente que hoy trabaja? ¡Sobre que no he tenio lugá de leélllo!

—Puez ya ze ve que zi, *Suri*. Pero toma tú el carté, que él te lo podrá izir mejor que yo.

—¡Mardito zea el demonio, *Paquilla*! Puez no ze bez, zaleroza de miz ojos, que me extorba lo negro.

Los que á su lado se encontraban no pudieron menos de reirse, no de la contestacion, que es ya

cosa muy añeja, sino de la manera de decirlo; y Paquilla entonces, volviendo á desdoblar el cartel, leyó de esta manera.

—Lunes 10 de octubre de 1808.—Se lidiarán catorce toros, seis por la mañana y ocho por la tarde, de las ganaderías y con las divisas siguientes:

<i>Toros.</i>	<i>Ganaderías.</i>	<i>Procedencia.</i>	<i>Divisas.</i>
Cuatro.	D. Alvaro Muñoz.	Ciudad-Real.	Verde.
Cuatro.	D. Juan Diaz Hidalgo.	Villarrubia.	Encarnada.
Cuatro.	Conde de Valparaiso.	Mancha.....	Azul.
Uno...	D. Manuel Aleas.	Colmenar....	Escarolada.
Uno...	D. José Balsa.	Toledo.....	Blanca.

Picadores por la mañana: *Luis Corchado* y *Bartolomé Manzano*. Por la tarde: *Juan José Rueda*, *Francisco Ortiz* y *Juan Luis Amisas*. Matadores: *Gerónimo José Cándido* y *Francisco Guillen*.

—¿Estáz ya enterao, *Suri*?
—Andandito, retrecherà Paca. Vamos preparándonos pá ver zangre, que el ganao ez güeno y la función va á zer mú divertia.

En estas y en esotras sonaron al fin las diez, y el presidente se presentó en su puesto, sacó el pañuelo blanco, sonaron los timbales, salieron los alguaciles y el piquete, hizose el despejo, entraron los toreros precedidos de los espadas y detras los picadores

y las mulas, saludaron á *su señoría el señor* corregidor, preparáronse en seguida, estos con sus garrochas y aquellos con sus capas, volvió á ondear el pañuelo de D. Pedro, se oyeron de nuevo los clarines, se abrió la puerta del chiquero y salió á la plaza.

— ¡Jezú Maria y Zeño! Zan Jozé bendito! — exclamó Paquilla la Jerezana tapándose con ambas manos sus ojillos negros y reclinando su frente sobre el hombro derecho del *Suri*.

Y todo ello fué porque vió salir al *redondel* un torillo retinto oscuro, bien encornado, valiente y pegajoso, con divisa verde, que indicaba ser de la ganadería de D. Alvaro Muñoz y Teruel, vecino de Ciudad-Real; el cual (el toro se supone y no D. Alvaro) habiéndose encontrado frente á frente y cuerpo á cuerpo con el jamelgo que montaba Luis Corchado, se fué derecho á él sin decir *oste ni moste, tus ni nus*, ni cosa semejante, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, sino á la *soberana* voluntad de su poderoso testuz, dió al diablo con el jaco y el ginete, haciéndoles rodar y dar mas vueltas que un torno, no obstante que el ciudadano Corchado cumplió con su obligación poniéndole un buen puyazo, siendo el último resultado que el caballo quedó todo hecho añicos en el suelo, y el picador se marchó á las cuadras por otro no muy satisfecho ni del porrazo ni del toro.



—¡Várgame Dios y que corazoncillo de manteca! exclamó el *Suri* dirigiéndose á su jembra y haciéndola levantar la frente. ¿Qué se diría é la gente é Jerez, zalero? Alza allá y no te azuttez aunque ze junda el univerzo, que aqui eztoy yo y... Y se quedó con la palabra suspensa en los labios, porque al mismo tiempo arremetió el toro á Bartolomé Manzano con tal furia que toda la gente creyó que aquella era su última hora, porque derribado en tierra, cayó con todo el cuerpo descubierto, y ni el toro se cansaba de atizar á diestro y á siniestro,

ni habia capotes que de aquel sitio lo pudieran arrancar; pero por último, gracias al de Cándido, libró el jinete el pellejo, que era lo principal; quedó el caballo sin vida, que era á la verdad lo que menos importaba, y el valiente toro aguardaba en medio de la plaza nuevos combatientes, que no era ciertamente lo que menos halagaba al público, que pedia á toda prisa picadores y caballos.

Volvió á presentarse Corchado, que en desagravio del porrazo que le habia hecho dar le puso una vara, de aquellas que entran pocas en libra, en la cual toro y jinete se disputaron las fuerzas, acaso por mas de un minuto, habiendo vencido al fin *Corchado*, que sacó su caballo sano y salvo en medio de los prolongados y bien merecidos aplausos que el público le daba. No cupo la misma suerte al compadre *Manzano*, el cual llevó otro porrazo que en nada pudo envidiar al primero, perdiendo tambien el jaco.

La gente estaba alegre, el principio de la funcion daba grandes esperanzas y todos gritaban y aplaudian llenos de gozo y entusiasmo. Volvió Corchado á la carga, y se conoció que el *mozo* estaba quemado con el revolcon primero. Lleno de corage, púsole otra vara al toro, no queremos decir donde, aunque vara fué que destrozó al animal y convirtió en silbidos los aplausos anteriores.

Con dos puyazos mas que tomó de *Manzano* y otro de *Corchado*, y con tres pares de banderillas que

le pusieron despues , uno de frente y dos á media vuelta , le tocó matar á *Gerónimo José Cándido*, que con la sal del mundo, dicho el consiguiente brindis, presentó al toro el *engaño* en medio de la plaza , y despues de unos cuantos pases al natural y de pecho, le *diñó mulé* de una en toda regla , recibiendo, —¡Mardita zeazu eztampa de ozté, zeñó Corchao! le decia el *Suri* á este picador, que á la sazón pasaba por delante del tendido en que él estaba. ¡Ha deztrozao ozté eze toro picándole en el *brazuelo*. Zo tuno! Ya ze conoce que le tomó ozté azco al vicho ¿no es verdá, zeño maulon?

Y la gente que estaba á su lado aprobaba y gritaba tambien y le ayudaba á decirle desvergüenzas, hasta que vieron en la plaza el segundo toro, que todos enmudecieron á la vez y prestaron atención. Pertenecia este á la ganadería de D. Juan Diaz Hidalgo , vecino de Villarrubia , y se presentó con calma, mirando erguido á todos lados y como si quisiera ante todas cosas reconocer el parage en que se hallaba. Berrendo en colorado, corni-alto y rabon era su merced, y bien pronto dió muestras de que tenia muy malas pulgas, siendo una prueba patente de ello la enorme caída que hizo dar á *Manzano*, que fué el primero que se le puso delante. Volvia este á montar en el mismo jaco mientras Corchado venia al suelo de cabeza, á pesar de haberle puesto al toro un excelente puyazo, que despues recibió tres mas de este y cuatro del otro, en las que

el otro y este midieron el suelo, dos veces cada uno, y en cuya refriega quedaron dos jamelgos fuera de combate.

Hecha la señal de banderillas, claváronle seis pares, no consta si de frente ó al cuarteo, y el jacarandoso y apuesto *Curro Guillen*, á quien estaba haciendo cosquillas la estocada que acababa de dar *Geromo*, y que no queria ser menos que *naide*, cojió el trapo, brindó al *zeño corregior* con muchisimo el *aquel*, tiró al suelo el *castorró* con *toitita* la sal del mundo, se fué derecho al *vicho* como un hombre *co-cio*, porque su *mercé* lo era y sabia su obligacion como el primero, y despues de siete pases lo despachó de una por todo lo alto y recibiendo.

—¿A quién no ze le alegran laz pajarillaz con estaz cozaz? gritaba el *Suri* llenito de entusiasmo. ¿No ez verdá, morena, que el *zeño Curro* ez un *mozo cruo* digno é la tierra onde á nació?

—Verdá *Suri*; pero no por ezo ze queda atrás el *zeño Geromo*.

—Ez verdá que no, prenda.

Y salió entonces el tercer toro, con divisa azul, negro bragado, corni-delantero y de calidad bravucon. Tomó dos varas de cada uno de los picadores, y aunque en estas aparentó ser poca cosa, se creció despues al palo, recibió el quinto *puyazo* de *Corchado* á quien derribó en tierra, matándole el caballo, y el sexto de *Manzano*, á quien no le mató el jaco, si bien lo hizo rodar con bastante esposicion.

de sus costillas, y con cuatro varas mas que le pusieron, y las cuales no dieron otro resultado que dos nuevos batacazos, á uno por barba, se hizo la señal y le clavaron los *diestros* seis pares de rehiletes, tampoco se sabe como, aunque si consta que en uno de ellos el *chulo* se descuidó al saltar la barrera y el toro le ayudó con el testuz, en lo que no tuvo el mozo mala suerte, puesto que al fin se vió dentro mas pronto y sin lesion alguna.

Dióle en seguida *Cándido* dos pases al natural y otro de pecho, y armándose á la muerte le empampiruló al pobre animal una estocada con tanta gracia, que si no hubiera sido algo baja le hubiera valido muchos mas aplausos de los que entonces fueron.

—De ezo no tiene él la culpa, *ze pelgar*, le dijo *Paquilla la Jerezana* á un mocito de levita que estaba á su lado y que comenzó á decir pestes de *Geromo*. No ha vizto ozté que el toro ze ha ezcupio fuera al partirle. Ze conóce que habrá vizto muchaz corriaz el zeñó é la *levoza*.

Iba á contestar el interpelado espectador, cuando salió al redondel el cuarto toro, hijo de su padre y de su madre, y cuya divisa encarnada daba á conocer que habia nacido en las dehesas de *Villarrubia de los Ojos de Guadiana*, y que pertenecia por lo tanto á la ganaderia de *D. Juan Diaz Hidalgo*. Era este animalito negro bragado, hoci-blanco, cornivuelto y tan blando y sensible al yerro que nada hu-

biera perdido su dueño con haberlo dedicado á la labranza. De mala gana salió, de mala gana recibió dos varas de cada uno de los picadores, sin llegar en ninguna de ellas; de mala gana también se presentó á recibir cuatro pares de palos y de mala gana en fin al verle tan feo le mató *Curro Guillen* de una corta y otra mediana y un volapié. Ostentando su divisa azul, que anunciaba ser del conde de Valparaiso, salió el toro quinto, pelo negro, como alma de ministro en días de crisis, corni-veléto y tan flojo como el anterior. Tomó sin embargo seis varas, tres de cada uno de los ginetes, de las que nó resultó mas que una caída que dió á *Manzano* en la segunda. Y llegado que hubo el caso de ponerle banderillas, le clavarón cuatro pares, mitad de frente y mitad á media vuelta y le dió pasaporte el hermano Cándido de un pinchazo y una baja á *pasatoro*. Tocábale salir al sexto, y salió en efecto apenas le abrieron las puertas del toril. Era de D. Alvaro Muñoz, retinto oscuro, de buen trapío y bravo al principio, porque despues cojió miedo al castigo y se hizo bastante receloso. *Manzano* le puso cinco varas, habiendo rodado tres veces, y *Corchado* cuatro que también vino á tierra en la primera. Siguiendo los trámites regulares sufrió los rehiletos, habiendo cargado con seis pares y medio que le fueron puestos á media vuelta y al cuarteo, y por último, siendo la una y media, le desparaviló *Cur-*

rillo Guillen de un mete y saca bajo, descabellándole despues.

Ezto ze acabó, morena,

Dijo á su *chais* el *Suri*,

Najémonoz ya de aqui
Pa golver luego á laz trez.

Y zi no te cauza pena
Vamoz á echar una caña,

Y viva la zal de España
Y viva el zol de Jerez.

Y eran ya cerca de las tres cuando Paquilla la Jerezana y el *Suri* volvieron á entrar en la plaza, donde despues de estender de nuevo la capa en el asiento y de haberse echado cincuenta y cinco requiebros, se prepararon para ver la funcion de la tarde, que principió á las tres en punto, saliendo al redondel el primer toro, retinto oscuro, gacho y bien puesto, con divisa verde y propio de D. Alvaro Muñoz y Teruel.

Tocó calar el melon á Juan José Rueda, que no debió quedar muy satisfecho del tremendo porrazo que sufrió, á pesar de haber puesto una buena vara. Siguióle Francisco Ortiz, que no quiso ser menos; y pareciéndole mal al toro que Juan Luis de Amisas se riera de sus dos compañeros, la emprendió con él, lo tiró á tierra y le mató el jamelgo. Tomó despues nueve puyazos mas, tres de cada uno de los tres gi-

netes, que dieron por resultado dos buenos revolcones que ademas del primero llevó *Rueda*, otros dos que le tocaron á *Ortiz*, quien perdió el jaco en el último, y uno que le correspondió al ciudadano *Amisas*.

Este toro divirtió sobremanera al público, quien oyó con sentimiento la señal de muerte, la que, despues de haberle colgado cuatro pares de banderillas, recibió de manos del valeroso *Cándido* de una en hueso, otra corta y otra buena.

—Paquilla, decia el *Suri*, ocho toritoz como el muerto y la corria zera alegre y habrá lancez.

No quiso por su parte dejarlo disgustado el segundo, que con divisa encarnada salió á lucir su gallarda estampa, sus bien puestos y afilados cuernos y su pelo retinto claro. Desde que se presentó en campaña conocieron los picadores la clase de enemigo con quien tenian que luchar, y comenzaron á hacerse los remolones. Esta es la de siempre. Sale un *vicho* blando y todos se disputan la vez y todos son guapos y bien *plantaos*: sale otro bravo y de cabeza y se acabaron los hombres: *too se güelve canguelo*. ¡Válgame María Santísima!

El toro no se daba mucha prisa á embestir ni los picadores á citarle; pero el presidente, que conoció la *tunantá*, les envió uno de los *chuqueles* de calzon corto, sombrerete de plumas y varilla, y los hizo entrar en vereda.

Francisco Ortiz fué el primero que picó al toro y el primero que midió el suelo con las costillas,

quedándose al mismo tiempo sin caballo. *Juan Luis de Amisas* fué el segundo en seguirle, si bien no perdió el jaco; y *Juan José Rueda* el tercero en picar, caer y quedarse sin jamelgo, desgracia que cupo tambien despues á *Amisas* en la cuarta vara. Volvió *Ortiz* á la carga, y el toro, que era duro de cabeza, como ministro asturiano y que no cejaba á tres tirones, le volvió á embestir con mas ganas que diputado de ogaño al *turron*, le hizo dar un fuerte batatazo matándole el caballo, y por milagro se escapó el ginete, que sacó rasgado el calzon de alto á bajo y desgarrada toda la chaqueta. Con su poquito de *cerote* se puso en suerte *Amisas*, y no le faltó á la verdad razon para tenerlo, pues tambien estuvo en un *tris*. El toro era valiente y no se cansaba de embestir, y asi fué que tomó todavía trece puyazos mas, cinco de *Rueda*, que cayó tres veces mas al suelo, perdiendo otro jamelgo en la segunda; cuatro de *Ortiz* y otras tantas de *Amisas*, quienes rodaron dos veces por mitad.

La gente estaba contenta y con razon: gritaba á mas no poder, chillaba, aplaudia, pedia caballos sin cesar y nada le satisfacía mas que el toro; pero todo tiene fin en este mundo, y al animal se le acabaron las fuerzas y el presidente mandó ponerle banderillas, y le clavaron cinco pares, y *Curro Guillen* lo envió á descansar dignamente de una muy buena, despues de haberlo trasteado á su gusto y con mucha inteligencia.

Manchego y del conde de Valparaiso fué el tercero, ardi-negro, corni-veleto y no de mal trapio. Al principio aparentó tener su poquito de *asco* al yerro, pero despues se creció en tales términos que en casi nada desmereció de sus dos compañeros difuntos. Tomó diez y seis varas, las cinco primeras sin llegar; pero en las restantes, conociendo su posicion, quiso morir matando, y así fué que derribó tres veces á *Amisas* matándole el jaco en la segunda, hizo rodar en dos ocasiones á Ortiz, y no se escapó sin tres muy buenos porrazos el compadre *Rueda*. Despues de haberle clavado seis pares de palos le despachó *Cándido* de dos en hueso y un *volapié* regular.

La corrida iba á pedir de boca, y el cuarto quiso tambien por su parte dejar bien puesto el pabellon, de la ganaderia de D. Manuel Aleas, á la cual pertenecia. Retinto oscuro, bragado, corni-alto y bravo, tomó los tres primeros puyazos de refilon y sin pararse. En los tres segundos, ya mas enterado de las bromas que le preparaban, midió á los tres ginetes con el mismo *rasero*, derribándolos en tierra y matándole el caballo á *Rueda*. Tomó todavía seis varas mas en las que rodaron los picadores una vez cada uno de ellos; y acto continuo, habiéndole antes puesto siete pares de banderillas, le dió pasaporte *Guillen* de un *mete y saca* necesario, pero de escaso mérito.

Despues de cuatro toros buenos es menester que

los que sigan sean buenos tambien , porque de otro modo la gente se desanima , el entusiasmo decae y nada de lo que se ve divierte. Por esta razon el quinto toro que salió á la plaza , negro , corni-abierto y de calidad blando , con divisa blanca , natural de Toledo y propio de D. José Balsa , disgustó tanto á los espectadores que pedian perros con ahinco apenas notaron que huia de los caballos. Tomó , sin embargo , tres varas á remolque y esto le libró de la sentencia fatal , porque en lugar de perros llevó fuego , y habiéndole clavado cuatro pares y medio , cojió *Cándido* la espada y con ella lo envió al otro barrio de un golletazo tremendo.

Berrendo en negro , gacho y bien puesto se presentó el sesto con divisa azul , el cual por la razon contraria á la que citamos en el quinto , pareció mediano , habiendo tomado ocho varas , tres de Amisas , otras tantas de Ortiz y dos de Rueda , en las que solo llevó un revolcon el primero. Claváronle en seguida seis pares de rehiletos , y el intrépido *Currillo* acabó con él de un pinchazo , una en hueso y otra excelente en los mismos rubios.

Era el séptimo hermano del segundo de la tarde , de aquel que tanto dió que hacer á los picadores , de Villarrubia , en fin , y el público concibió al verle grandes esperanzas porque las trazas eran buenas ; pero bien pronto se vió que no era oro todo lo que relucia. Colorado su merced y hormigon del cuerno izquierdo , salió á la palestra con paso mesu-

rado y grave, y nada hizo que referirse merezca, pues aun cuando se prestó voluntariamente á recibir siete varas, no quiso tomar venganza, y solo *Amisas* llevó un porrazo en la tercera. Con cinco pares y medio de banderillas encima, le despachó el hermano *Cándido* de dos buenas y un volapié regular.

Hacia ya bastante rato que el sol se había puesto y que la noche comenzaba á oscurecer los espacios, cuando salió el toro octavo, de cuyo pelo y demas cualidades se conservan muy pocas noticias, porque ya los ojos no alcanzaban á distinguir los objetos. Sábese, sin embargo, que era de la ganadería de D. Alvaro Muñoz y que de tres veces que se arrimó á los picadores, tres veces vinieron estos á tierra, y que el presidente, teniendo en consideracion lo fácil que con un buen toro hubiera sido una desgracia en aquella hora, le mandó poner banderillas, á despecho del público, y obedecido que fué su señoría, cojió *Guillen* la *muleta*, y para no faltar á la verdad y á la fe de imparciales historiadores, solo diremos que á poco tiempo se oyeron los timbales y el sonido de los cascabeles de las mulas, que en seguida comenzó á marcharse la gente, que el *Suri* volvió á dar la mano á *Paquilla* para que montará en la calesa, que el calesero arreó al jaco, que el jaco salió trotando, y que al cabo la pareja se perdió de vista entre la multitud.

Es decir, que es caso cierto,

Probado sin discusion,
Que al último toro muerto
Se concluyó la funcion.

ACERCA DE LA

PRODUCTOS.

Por la mañana.	42,309	
Por la tarde.	105,364	
Catorce toros muertos.	7,111	4
Quince caballos.	480	
Aguadores.	445	
<hr/>		
Total.	155,109	4

Para las nuevas de la mañana del día 17 de octubre de 1888 se ha publicado la fresca brisa que volaba los rostros dadas a los ojos que pronto el favorito vendió a ocupar el lugar del negro osado; pero los baladines no habían estado cobardes porque en función la verdad eran los toros y en los combates habían anunciado que se iban a bailar cuando en dicho día seis por la mañana y ocho por la tarde de

Probado sin discusion
Que el ultimo toro muerto
Se concluye la funcion

QUINTA CORRIDA.

PRODUCTOS

1808.

¡No oye ozté, calezerito!
Pare ozté eza calabaza,
Que quiero dir á la plaza
Y no tengo humor de andar.
Pero aguarde ozté un poquito,
;El Cristo é la Fé me varga!
Que ze me ha ezatao una garga
Y atármela ez rigular

Eran las nueve de la mañana del dia 17 de octubre de 1808, y el cielo estaba apacible. La fresca brisa que azotaba los rostros daba á conocer que pronto el invierno vendria á ocupar el lugar del alegre otoño; pero los habitantes de Madrid estaban contentos, porque su funcion favorita eran los toros; y ya los carteles habian anunciado que se iban á lidiar catorce en dicho dia, seis por la mañana y ocho por la tarde, de

los cuales cinco eran de D. Alvaro Muñoz y Tueruel, de Ciudad-Real, con divisa verde: cuatro de D. Juan Diaz Hidalgo, de Villarrubia, con azul: igual número del conde de Valparaiso, manchegos, con blanca; y uno de D. José Guijon, vecino de esta corte, con encarnada.

Bueno será de paso prevenir á nuestros lectores que en ninguno de los puntos de la Península se encuentra mas afición á los toros que en la capital, y no tiene nada de extraño que sus moradores participen de una singular alegría cuando llegan las temporadas en que se dan aquellas funciones.

Todas las edades, todas las categorías y todos los sexos, sin esceptuar á nadie, participan de este júbilo, y con sentimiento ven concluirse el último vicho de por la tarde, significándolo su semblante y la menos animacion que se observa á la salida del circo.

Con razon hemos de convenir en que en la corte se han tenido siempre los mas famosos diestros, y se han escojido los mejores toros de las mas conocidas ganaderias; y de aqui principalmente el que se vea con una pasion que raya en delirio, la afición que hay á las corridas.

Desde la época en que nos referimos hasta nuestros dias se han reformado muchas ganaderias, si bien en algunas sus dueños han introducido bastantes abusos, que cuando sea tiempo oportuno manifestaremos, tanto para que se corrijan los males

que hasta hoy llegan; cuanto para dar á conocer los ganaderos que á fuerza de constancia, de experimentos y de otras medidas adoptadas han logrado refinar las castas de sus vacadas, y recibir aplausos en todos los puntos en que sus toros se han lidiado. Hoy, sin embargo, solo debemos hacer mencion de la corrida de que vamos á ocuparnos.

No todos los habitantes de Madrid estaban alegres con los toros anunciados: algunos padecian mucho.

Era poco mas ó menos la hora que hemos citado antes, cuando en el portal de la casa número 6 de la calle de *Juanelo* se encontraba con semblante taciturno un hombre como de unos 24 años de edad, de regular estatura, y que sentado delante de una pequeña mesa afirmaba con tachuelas la suela de un zapato, dejando escapar de cuando en cuando algunos suspiros que arrancaban el corazon. Un niño de pecho estaba en el suelo durmiendo en una manta, y al otro extremo del portal una linda jóven de esbelto talle, que mirándose á un espejo se ponía sobre la mantilla de tul blanco, y sobre el mismo rodete, una graciosa *caramba* color de rosa, especie de lazo que con este nombre estaban entonces muy en boga.

—¿A dónde vas, Blasa, para componerte tanto? preguntó con voz seca el zapatero.

—Estraño que me lo preguntes. ¡Pues no sabes que á los toros!!

—Ni lo sé ni quiero que vayas ; porque primero es cuidar de tu marido y de tu hijo, que no ver corridas de toros, que bastante buenas las tenemos nosotros hace dias.

—Pues amigo, ten paciencia , le contestó ella con descoco , que tambien con mi *trabajo personal* te voy aumentando la zapateria y ayudando á la casa en lo que puedo , y por lo tanto es bueno que yo me distraiga y pase el rato. ¡ Sabe Dios si nos espera algo bueno!!

—Pero muger ; ¿ y si llora el niño?... ¿ quién le da de mamar?...

—Lo tomas en brazos , le das unos cuantos paseos , y cantándole unas coplitas se volverá á dormir hasta que yo venga. Con que á Dios, hasta luego.

—¡ Que no te vayas! Le gritó el marido.

Mas ella sin hacer caso

De su destemplada voz

Tomó con aire la puerta ,

Agur dijo , y se najó.

Y por la calle arribita

Moviendo el tallé salió ,

Y se sentó en su tendido

Al principiar la funcion.

Dejemos á nuestra heroína taurómaca , y volvamos por un momento la vista al pobre marido,

que por último se conformó con su suerte, y á quien cuando mas embebido estaba en sus meditaciones, se le acercó un amigo y le dijo:

—Qué es eso ¿no viene V. á los toros?

—Déjeme V., le contestó; malditos sean los toros, que estoy dado á los demonios: me faltan las fuerzas, y he de hacer una que sea sonada en todas partes.

—Pero vecino. ¿Ha tenido V. alguna desazon con Blasa?...

—No me la nombre V., que ella tiene la culpa de todos mis males, y acto seguido exclamó:

Estoy en el purgatorio

Con la maldita de Blasa;

¡Reniego del desposorio,

Que es un infierno la casa!

Mas si me acuerdo que soy

De esa picara el marido,

De la tunda que la doy,

La mato... ¡estoy aburrido!

—¡Ay vecino, la vida que V. trae no es para llegar á viejo! y despidiéndose con precipitación se metió en una calesa, y á las diez menos tres minutos ya estaba sentado en el tendido número cinco, en el cual tenia á sus amigos y paniaguados. La entrada era algo floja, y á la verdad que esto presajaba ser mala la función. Pocos minutos despues de la hora

indicada se dió por el corregidor D. Pedro de Mora y Loma la señal del combate, y las cuadrillas de banderilleros y picadores con sus garvosos cuerpos, vestidos cada cual de su color, y bordados sus trages de oro y plata, hicieron el saludo de costumbre, ocuparon sus puestos y principió la corrida de la manera siguiente :

El primer toro era de la ganadería de D. José Guíjon, vecino de esta córte; y su fama vuela por el mundo tauromáquico desde el año de 1606. Después pasó aquella á la familia de D. Bernabé del Aguila y Bolaños, y entró después á poseerla su primitivo dueño, siendo en el dia su nuevo amo Don Manuel de la Torre y Rauri. Era el vicho retinto oscuro, bien armado y duro, su divisa encarnada, y esta era sin duda señal de la sangre que se proponia derramar: al salir del toril giró su cabeza á derecha é izquierda, miró al frente, pero no queriendo desperdiciar la ocasion que se le presentaba de tener sobre su izquierda á los picadores Juan José Rueda y Francisco Ortiz, se dirigió al primero y del hachazo que dió levantó al caballo y jinete con tanta facilidad que no parecia sino que les iba á enseñar á volar; de esta manera los sostuvo cerca de un minuto, sin que por eso le entrara *canguelo* al hermano Rueda, que resistiendo con su vara todo lo que pudo, permaneció así en medio de los aplausos con que el público lo obsequiaba.



Al cabo de esta encarnizada lucha sucumbió el caballo, no sin dejar de medir el suelo con las costillas el que lo montaba: el animal, al sentirse herido, arremetió á Ortiz, á quien hizo dar una caída de las que se conocen con el nombre de *soberanas*, dejándole pié á tierra porque el jamelgo llevó pasaporte para la ciudad de los *grajos* y utilidad de los zapateros.

¡Quién pica! ¡No hay caballos!!! Gritaban los espectadores, alborozados con el modo de cargar que tenía el animalito: de nuevo salieron Rueda y Ortiz poniéndole el primero cinco puyazos y seis el segundo, no sin volver á dar sus correspondientes

batacazos. Seis pares de banderillas le fueron puestas, que recibia con gusto por aquello de la voluntad. Sonó la hora de la muerte, y Gerónimo Cándido cojió su muleta, y dirijiéndose frente al palco de la presidencia dijo :

Brindo por *toa* la jente
que está dentro del *reondel* ;
y porque se vean *algunos*
como el toro se va á ver.

¡ Bien ! ¡ Bien !!! Gritaba el público, y acto seguido el hombre se fué al animal con bastante serenidad y aplomo; no obstante de que al citarle el vicho se escupió fuera de la suerte, y sino hubiese estado tan listo dándole un magnifico pase de pecho, sin duda que habria ido ganando horas para el otro mundo; por fin con otros tres pases mas al natural, lo concluyó de una corta y un volapié bueno.

De D. Alvaro Muñoz, vecino de Ciudad Real, era el segundo, pelo colorado, algo osco, corni-abierto, con divisa verde. Si esta era señal de esperanza, ningun resultado dió el animalito, pues pue habiendo recibido nueve varas, cuatro de Rueda y cinco de Ortiz con un batacazo que este dió, salieron á clavarle banderillas y lo efectuaron con siete pares, las bastantes para aplomar al vicho, saliendo á matarle *Currito Guillen* despues de tres pases al

natural, de dos cortas y una por todo lo alto recibiendo.

Hermano del anterior era el tercero, pelo negro albardado, corni-veleto y de calidad blando. ¡Si lo mismo estuvieran las brevas antes de S. Juan, es seguro que no habria tantas tercianas!!! ¡Vaya un vichito para correr!!! Trabajándolo, porque el caso lo requeria, tomó siete varas, tres de Rueda y cuatro de Ortiz, y en cambio de su flojoneria le cargaron los muchachos de leña clavándole nueve pares de rehiletos, y lo mató *Cándido* de dos volapiés y un mete y saca.

El que no quiere, ni honra á su padre, ni á su madre, ni á nadie, aunque se llame el cuarto. De la misma ganaderia y con igual divisa que los dos anteriores, pelo retinto oscuro, corni-delantero y de calidad bravo; salió este á la plaza pidiendo guerra, y asi es que al ver á Rueda que estaba aguardando el embite, dió con él en tierra, matándole el caballo, y con cuatro puyazos mas que le puso y dos de chaspon el compadre Ortiz, se lució el animal, clavándole despues tres pares y medio de banderillas y saliendo á matarlo *Curro Guillen*, que lo hizo de dos cortas y un golletazo.

El quinto era de D. Juan Diaz, de Villarrubia, pelo negro, bien armado y con divisa azul. Como el mocito era *francote* hacia lo que le daba la gana, y los derrotes los tiraba tan altos que mas de una vez estuvo espuesto el picador Rueda, quien le clavó

ocho varas, y Ortiz que le puso cinco llevando una buena caída. Cuatro pares de rehiletos le pusieron, y lo despachó *Cándido* despues de tres pases de una baja y otra recibiendo.

Lo mismo que el anterior era el sexto, aunque hocí-blanco y muy parado. Esto último lo acreditó bien, porque tomó seis varas tan pausadamente que no parecia que se arrimaba; blando fué su merced en demasia. Le clavarón luego cinco pares de rehiletos, y lo concluyó el compadre *Guillen* de un mete y saca de lo lindo. ¡Zalero, ze lució ozté pa toa la via!!!

Ya tienen nuestros lectores todas las circunstancias y lances de la corrida de por la mañana. Los aficionados, como era consiguiente, no olvidaron la de por la tarde, y á las tres habia mucha mas animacion, mas bullicio, mas confusion que por la mañana, y asi fué que el lleno fué completo. ¡*Poer de Dios lo que son los toros!!!*

No se hizo el señor corregidor aguardar mucho, y á las tres y media el pañuelo blanco ondeaba desde su palco, y en aquel momento volvió á salir la cuadrilla, hizo su saludo, sonaron los clarines y timbales y se presentó á lucir sus piernas el primer toro, que fué de D. Alvaro Muñoz, de Ciudad-Real, pelo negro bragado, corni-alto y con divisa verde. Bien remataba en el bulto el animal, porque al picador Ortiz me lo puso lleno de harina, como suele decirse, dejándole fuera de combate el jaco, y con un

porrazo para el jinete mas que regular ; le arrimó despues cuatro varas , y Rueda seis con otra caida no muy buena que digamos , y pusiéronle luego tres pares y medio de *najarillas* , matándole *Gerónimo Cándido* despues de haber hecho el correspondiente saludo , de una corta , una tendida y otra en hueso , descabellándolo por último.

El segundo, de la misma ganaderia y divisa que el anterior, retinto oscuro, corni-abierto y blando hasta dejárselo de sobra, tomó seis varas de Rueda y le dió una caida : tres llevó de Ortiz con otro porrazo, y despues de clavarle seis pares de palitos, lo despachó Curro Guillen de dos en hueso y un mete y saca limpio, en que se lució cual nunca. ¡ Viva la jente crua, tio Curro !

De D. Juan Diaz, de Villarrubia, era el tercero, pelo cárdeno, corni-cerrado, con divisa azul ; huyendo salió del toril, y si le abren las puertas no ha parado todavia de correr segun dicen los que lo vieron ; asco tenia á los caballos y á los infantes, pero como quiera que los vagos de nada sirven, procuraron trabajarlo, y asi fué que se consiguió que Rueda le pusiese cinco varas ; Ortiz lo hizo de seis, y en la última el animalito se creció, y dándole un hachazo al jaco lo dejó muerto en buena lid, observando que llegaba el vicho á las tablas. ¡ Se cumplió el refran, tardío pero cierto !!! Tres pares de banderillas le arrimaron, y lo concluyó *Cándido* despues de tres pases al natural de una corta y otra

recibiendo. Este diestro estuvo muy espuesto, porque el toro le arrancó antes de citarlo, dejándolo desarmado en el derrote.

El cuarto pertenecía á la misma ganadería que el anterior, pelo negro, bien armado, pero se conoce que tenia miedo al palo; alguna cosa le habrían hecho los baqueros, porque á duras penas tomó de Rueda tres varas y dos de Ortiz; y á la verdad que era extraño, porque ocho pares de banderillas le pusieron, sin que el animal hiciese movimientos de disgusto. ¡Cuántos hay por el estilo! ¡Válgame Dios, lo que es la poca vergüenza!!! Curro lo mató despues de cinco pases de una buena por todo lo alto que le valió muchos aplausos.

Del señor conde de Valparaiso era el quinto, pelo retinto claro, corni-cerrado, divisa blanca: sus arranques prometian mucho. Del primer empuje le mató el caballo á Rueda, y este le clavó nueve varas y Ortiz siete dando una caída, pero al vicho se le acabaron las fuerzas, y fué preciso que cinco pares de banderillas lo aviváran para que despues lo matase Cándido de una corta y un volapié, habiendo precedido dos pases al natural.

¡ El sexto ! Esto se llama no hacer picardias. De la misma pertenencia que el anterior, pelo retinto oscuro y bien puesto de cabeza: era tan amigo de la igualdad que tomó ocho varas, cuatro de Rueda y otras tantas de Ortiz, dejando á los dos en tierra;

pero el animal era de calidad blando y nunca llegaba ni remataba, y así fué que despues de haberle clavado cuatro pares de palitos lo mató el hermano Guillen de dos en hueso y un pinchazo. ¡Qué mala estrella trae zu mérced esta tarde!!!

De la misma tambien era el séptimo, pelo retinto claro, corni-cerrado. A las primeras de cambio sufrió Rueda un golpe atroz, perdió el caballo, pero en venganza le puso cuatro varas y Ortiz dos; á seguida le clavaron cuatro pares de banderillas con muchísimo el aquel de la zandunga. Cándido salió á matarlo, y antes de que llegase este caso le dió dos pases de pecho y tres al natural despachándole de dos, una baja y otra tendida pero buena.

El último va, queridos lectores. Era el octavo de la misma ganadería, pelo negro ensabanado, tambien ensabanó á todos los que lo vieron, mas falso que *Judas* huía de todos, sin que una vara tomára. El público se alborotó, la noche venía, y el presidente, que no entendía de chiquitas, mandó echarle perros, y cuatro de presa fueron los suficientes para sujetarlo y que muriera á manos del Cachetero por cobarde. Concluido el drama salieron todos á la calle, esperando la corrida venidera por si eran los vichos de mejor trapio.

PRODUCTOS.

Por la mañana.	42,256	17
Por la tarde.	49,481	17
Catorce toros muertos.	7,111	4
Siete caballos idem.	84	
Aguadores.	145	
<hr/>		
Total.	99,058	4



PRODUCTOS

Por la mañana
Por la tarde
Café con leche
Café con leche
Café con leche
Café con leche

SESTA CORRIDA.

1808.

Una calesa mostramo
Para loz toros?... barata!
Vale mi yegua mas plata
Que el mejor potro andaluz.
Mi yegua!... ná... si es un rayo,
Apenas la traya nuevo!
Con qué!... andandito y le llevo
Antes que diga Jesuz.

Y parece que el ciudadano à quien el calesero se dirijia en la Puerta del Sol con las proposiciones anteriores, era un francés, bajo y grueso de cuerpo, inflado y rojo de mejillas, con un ancho sombrero de castor blanco y un lente de tres pulgadas de diámetro pendiente del cuello y sujeto à un robusto cordon negro, con el cual miraba de hito en hito al calesero y à la calesa en tanto que le enjaretaba la relacion que antecede.

—*Eh bien! Monsieur..... Mi no estar jamas á torros: le interrumpió por último el francés: me haber oido muchas veces á mes compatriotas ser funcion de bárbaros, donde se derraman per terra los tripos de los caballos é la sangre de los toreros.*

—Mi, señor, le respondió entonces el calesero con muchísima la guaza y la mala intencion: Mi, señor, saber que los bárbaros son los que tales cosas dicen, y su merced, si gusta, puede meterse en mi calesa, le llevaré á la plaza en un minuto, que la *corria* empieza á las diez; verá los toros y se convencerá de que es la funcion mas divertia que hay debajo de las estrellas. Y en seguida prosiguió á media voz, pasando la mano por las ancas de su yegua y como si hablára con ella.

—¡Ay Maria Santísima de la Paloma, si yo te llevo á coger en mi calesa! ¡Que San Pedro no me abra las puertas de los cielos el dia de mi muerte, amen, sino la hago volcar tres veces desde aqui á la plaza! Y volviendo de nuevo la cara hácia el francés que todavia le contemplaba inmóvil.

—¡Con qué! Monsieur, le dijo; vamos á los toros ó no vamos?

—*Oh! Oni, oni! ¿Me ser cosas seguras estos elementos donde acostumbra Madrid ir á los torros?*

—Mi calesa!..... por via é las llagas de San Francisco! Métase ozté en ella, camará, que se puede dir dentro con un vaso de agua en la mano sin que se errame ni una gota. Pues ya!

Y entusiasmado con semejantes razones y con la esperanza de ver los toros montó el francés en la calesa ayudado del calesero, que despues de verlo bien sentado, cojió la yegua del diestro y salió por la calle de Alcalá arriba que parecia que el diablo lo acosaba.

—*Oh! Monsieur!..... Monsieur!..... parre por Dieu le calesol! Mi echar las asadurras por la boca si non parra!..... Mi morir Monsieur le calesserro!*

Y mas al escucharlo apretaba el calesero sin hacerle caso, y mas el francés se desgañitaba pidiéndole clemencia. Y cuando llegaron á pasar por frente de la calle del Turco, por cuyo parage á la sazón estaban empedrando la de Alcalá, torció el calesero, hizo subir una de las ruedas por cima de un monton de piedras que allí habia, y como era de suponer, la calesa vino al suelo con estrépito; el francés despedido con la violencia del golpe fué á parar sin sombrero hasta la acera, y la gente que pasaba se reunió al instante en derredor, como siempre sucede en tales casos, unos riéndose y otros compadeciendo al confuso y atolondrado francés, que no sabia lo que le pasaba.

Serenóse al fin un poco, chapurró una porcion de insolencias al calesero, que lo escuchaba á carcajada suelta, y habiéndose encasquetado de nuevo su sombrero, se marchó solo y á pié hasta la plaza, y despues de mil preguntas y entradas y salidas tomó posesion de su asiento, á cuyo lado tuvo la

suerte de encontrar á un amigo, á quien no cesó de molestar en toda la funcion con repetidas interpe-laciones.

—*Eh bien! Mon ami, ¿qui ser esos homes, vestidos de tantos colorres?*

—Esos son los toreros que vienen á saludar á la autoridad. Aquel del traje carmesí bordado de oro es el primer espada, que se llama *Gerónimo José Cándido*: el que viene en medio vestido de azul y plata es *Francisco Guillen*, y el que va al otro lado con vestido color de naranja y alamares de plata es el señor *Juan Nuñez*, por otro nombre *Sentimientos*. Aquellos otros que vienen detrás á caballo son los picadores.

Se llaman los que pican por la mañana *Luis Corchado* y *Manuel Lopez*; y los de esta tarde *Juan José Rueda* y *Juan Gallego*, que trabajarán en los cuatro primeros toros, y *Francisco Ortiz* y *Miguel Velazquez Molina* que saldrán á los otros cuatro.

—*Oh! gracias Monsieur! ¿Me como ser ahorra dis-persarse los toreros?*

—Porque ya va á salir el primer toro. En segui-da que el correjidor D. Pedro de Mora, que es el que está á la derecha en aquel balcon de las colga-duras, saque un pañuelo blanco, entonces verá V. lo que es canela.

Catorce eran los toros que debian lidiarse aquel dia, seis por la mañana y ocho por la tarde, diez de D. Alvaro Muñoz, vecino de Ciudad-Real, con di-

visa verde; y cuatro de D. Vicente Perdiguero, de Colmenar, con divisa morada.

—Mi tener miedo á los torros, Monsieur! dijo el francés al ver salir á la plaza el primero, retinto oscuro, bien encornado, bravo y muy ligero, que pertenecía á la ganadería de D. Alvaro, y el cual á las primeras de cambio hizo dar un buen porrazo á Luis Corchado.

—¡Ah! mon Dieu! le cavalier estar morto!

—No se asuste V. por tan poco, le contestaba su amigo, que esta gente no muere á tres tirones.

Con no menos estrépito vino al suelo Manuel Lopez, lo que produjo un nuevo susto en el francés; pero al ver que volvian á levantarse y á montar como si tal cosa, se fué animando poco á poco y ya por último las caídas no le causaban sensación.

Ocho varas mas tomó despues el toro, cuatro de cada individuo, en las que volvieron á caer, dos veces Corchado y una Lopez, y acto continuo le pusieron seis pares de banderillas, sobre cuyas suertes no nos constan mas detalles.

Al ver poner el primero y segundo par, el francés se quedó con la boca abierta y sin saber lo que le pasaba, admirado de la destreza y agilidad de los chulos. Y no fué menos su sorpresa cuando vió á Cándido con la muleta y la espada delante del toro, darle tres pases al natural, prepararse á la muerte y atizarle despues una estocada tan en regla, que al minuto ya iba el animal arrastrado por las mulas.

Oh!... mañifgl... soberrano

Esto ser cosa estupenda!

Alegre el francés decia,

Dando aplausos á docenas.

Mi venir siempre á los torros

Aunque me duelan las muelas;

Mé non venir á caleso,

Mi venir siempre pié á terra.

Hermano del primero, con su correspondiente divisa verde, tambien retinto oscuro, corni-cerrado y bravucon se presentó á la lid el segundo toro, haciendo concebir al principio grandes esperanzas, que bien pronto desaparecieron. Tomó cuatro varas de *Corchado*, á quien hirió el caballo en la segunda, no habiendo llegado en las dos restantes y otras cuatro de *Manuel Lopez*, al que dió un revolcon en la primera y el cual le puso las otras tres de refilon. El animalito se encontraba mal en la plaza y no hacia mas que buscar huida por todas partes.

Llegó la hora de las banderillas y apenas sintió el toro el par primero, salió pegando saltos y brincos tales que parecia que llevaba los diablos dentro del cuerpo. Como todos esperaban, saltó la barrera; la gente que siempre ha habido y hay mas de la que debe haber se atortoló un poco, y uno, que segun dijo no era de los precisos operarios sino de los malamente intrusos, mas torpe que los demas,

salió rodando á la plaza ayudado por el toro, aunque afortunadamente no sufrió mas que algunas leves contusiones.

Despues de otros tres pares que le pusieron, salió á estoquearle *Curro Guillen* con *toa* aquella sal que su mercé tenia, y le dió tres pases muy bonitos y en seguida un pinchazo, que hizo poner al vicho en muy mala disposicion. Pegóse á las tablas de tal modo que era imposible sacarlo de ellas por mas que hacian, y estaba con tanto *sentio* que no miraba ni partia mas que al bulto. Cansado al fin *Guillen* se armó en regla con muchísimo salero y le dió un *volapié* por todo lo alto, que le llenó de gloria, y el toro sucumbió.

Salió el tercero, hermano tambien del segundo y del primero, colorado, gacho, bien puesto y muy calmoso al parecer, porque antes de acercarse á los picadores dió un paseo por la plaza con mucho despacio y como tomando conocimiento del parage donde se encontraba. Con el mismo compás dirigió despues sus pasos hácia *Manuel Lopez*, que fué el primero á quien atisbó, y sin salirse del aplomo con que iba marchando se llegó hasta él y tomó el primer puyazo, que no debió haberle sabido á almendras, porque lleno de corage recargó sobre el jaco que inmediatamente cayó á tierra, y sobre él y á veces sobre el picador descargaba cada hachazo que cantaba el misterio, y á fuerza de fuerzas lograron los *shulos* separarle y sacar al jinete con vida, mientras

el caballo sin ella yacia hecho mil pedazos alli al lado.

Conoció el tío *Corchado* lo que el *vicho* era y no se animaba á avanzar mucho terreno, y le esperaba á pié firme, pegado á la barrera y bien afianzado á la garrocha; pero el torito no necesitaba de insinuaciones ni indirectas, y apenas le echó la vista encima se fué á él lleno de furia, y para no ser molestos, solo diremos que se repitieron las escenas anteriores en todas sus partes, y que menós en la suerte de los jacos, volvieron á repetirse otras dos veces; y por último, que con una nueva caída que llevó Lopez, tomó despues el toro seis varas mas, tres de cada uno, que luego volvió á aplomarse, que se emplazó y que habiendo mandado la autoridad ponerle banderillas, no habia un cristiano que pudiera arrimarle un par, pero que al fin, aunque de mala manera, le pusieron tres y en seguida, habiendo sonado la señal de muerte, lo despachó *Nuñez* (*a*) *Sentimientos* de un volapié mediano y nada mas.

Con divisa verde tambien salió el cuarto, retinto oscuro, corni-alto y de calidad blandó. A duras penas tomó siete varas, cuatro de *Corchado* y tres de *Lopez*, sin llegar en ninguna de ellas, y al verle tan flojo, mandó el presidente con muchisima oportunidad que le pusieran banderillas, y en efecto cargó con cinco pares, que no sabemos de qué modo le fueron puestas, por cuya razon no lo decimos, y acto continuo volvió á tomar la muleta el hermano

Cándido, á quien se le presentaba una muy linda ocasion para lucirse, porque el toro era muy bueno para la muerte. Aprovechóla el *mozo*, y le dió una estocada por todo lo alto y recibiendo que le valió muchos aplausos.

Hermano de los cuatro anteriores era tambien el toro quinto y salió á la plaza de estampa, segun consta de los apuntes que tenemos á la vista. Retinto como los otros, corni-alto y de no muy buen trapio, estuvo dando vueltas y revueltas por todos lados un buen rato, sin hacer caso de los picadores ni menos de las capas. De esta manera, es decir, de paso, tomó cuatro puyazos, dos de cada uno, y habiéndose parado al fin, sufrió primero otros dos, se creció algo despues y volvió á recibir cuatro mas, en lo que los ginetes llevaron un porrazo cada uno.

Con cuatro pares de palos que le espetaron en seguida y que debieron haberle hecho muchas cosquillas, porque hay quien asegura que estuvo dando brincos media hora, le despachó el jacarandoso *Curro Guillen* de una corta bien dirigida y de un mete y saca regular.

Tocóle el turno al sexto, hermano de los otros, lo que quiere decir que todo el gasto de por la mañana lo hizo D. Alvaro Muñoz. Era colorado, corniabierto y de calidad bravo. Se presentó á la lid con gallardía y no huía la cara cuando el picador se le ponía delante. Recibió catorce varas, siete de

Corchado, que rodó tres veces por el suelo, y otras tantas de *Lopez* que llevó cuatro sendos batacazos, con pérdida del jaco en el segundo. Con disgusto del público se le pusieron ocho pares de rehiletos, y en seguida el hermano *Sentimientos* le *diñó mulé* de una en hueso, otra *corta* y un mete y saca bastante bajo, que en mejores términos se llama un *golletazo*.

Sin muchos lances, porque en efecto no los hubo, y sin grande mortandad de caballos, porque solo sucumbieron tres, puede decirse que la media corrida de por la mañana fué bastante divertida.

—Esto se ha concluido ya, amigo mio, le dijo al francés el que estaba á su lado.

—*¡Tout se há fini! ¡Oh, diable!* repitió el francés con enojo. *Ahorra que mi irle tomando el gusto á los torros!*

—No se apure V. por tan poco, que á las tres vuelve á principiar de nuevo la funcion; sino que ahora hay un rato de descanso para que vayamos á comer. Vámonos, iremos juntos á la fonda y despues nos vendremos en una calesa...

—*¡Oh, sacre nom! ¡Mi á caleso!...* *Adieu, Monsieur; mi esperrar aqui hasta que saldrá el último torro.*

Y se estuvo en efecto, y vió salir primeramente, despues de todas las ceremonias consabidas, otro toro, retinto claro, bragado, corni-delantero y de calidad boyante, que pertenecia al mismo D. Alvaro

Muñoz, y que sino hizo grandes estragos, divirtió al público, que fué bastante. Tomó diez varas, cinco de *Juan José Rueda* y otras tantas de *Juan Gallego*, en las que cada ciudadano vino al suelo dos veces, habiendo estado muy en peligro *Rueda* en la primera.

No quiso el vicho mas hierro, y asi ya no se acercaba á los caballos, por lo que el corregidor mandó ponerle banderillas, y despues de haber llevado seis pares, el compadre *Cándido* le trasteó con mucha *zandunga*, y armándose á la muerte le envió á descansar de una bastante tendida y de otra muy buena recibiendo.

De D. Vicente Perdiguero, vecino de Colmenar era el segundo, segun lo indicaba la divisa morada con que salió, y no de mala estampa por mas señas, berrendo en colorado y corni-abierto un poco. A los dos primeros puyazos el animalito se escupió fuera con mucha prisa y como diciendo: *esto no va conmigo*. Despues se conoce que reflexionó un poco y que dijo para su capote: *pues señor, esto va conmigo y no con nadie mas; pongámonos en guardia*. Y apenas un picador le obligaba, él escarbaba y se iba echando atrás, y si el ginete se paraba, se paraba el toro, y con muchísima picardía al momento que el picador le daba media vuelta al jaco, le acometia el vicho por retaguardia con tales ánimos que al punto lo tiraba á tierra y se entretenia en hacer agujeros á diestro y á siniestro y todo lo demas que en casos semejantes acontece.

De esta manera dieron cuatro batacazos *morro-eotuos Rueda y Gallego*, á dos por barba, y fué necesario mandarle poner rehiletos de fuego para que pagase las *raterias* que acababa de hacer.

Si todas las *raterias* se castigasen con rehiletos de fuego, algunos hombres de nuestros tiempos deberian haber dado ya mas saltos y mas brincos por esas calles de Dios, que todos los toros que desde que hay corridas han llevado fuego. La lástima es que las *raterias* se hacen y no se castigan, sino se premian... ¡Asi anda ello!

Tocóle el turno al pinturero *Guillen*, y despues de unos cuantos pases muy bien dados lo despachó de una en hueso y otra regular.

Salió en seguida el tercero, propio de D. Alvaro Muñoz, retinto oscuro, corpi-alto y feo. No hizo cosa de provecho y se contentó con seis varas, tres que le puso *Gallego* y otras tantas que recibió de *Rueda*. Le pusieron luego cuatro pares de palos y lo envió á descansar *Sentimientos* de un pinchazo, una corta y otra regular.

Era el cuarto de D. Vicente Perdiguero, negro ensabanado, gacho del cuerno izquierdo, y á primera vista pareció que debia ser bueno. No dió á la verdad chasco á los espectadores, porque si al principio se mostró algo blando, se creció despues al *yerro* y dió bastante que hacer á los picadores. Tomó ocho varas de *Rueda* que llevó tres porrazos soberanos, habiendo perdido dos caballos, y siete de Ga-

llego que se quedó sin jaco en la tercera con dos batcazos mas, que debieron haberle dejado las carnes bien blanditas. Este fué el toro de la tarde.

Cargó despues con siete pares y medio de banderillas, y el compadre *Cándido* se dispuso á matarle y le mató de dos pinchazos, una en hueso y otra baja, en la cual estuvo muy espuesto, porque se cerró demasiado y se vió *embrocado* con bastante peligro de su persona, que pudo salvarse *desarmándose* y tomando el *olivo*. Algunos inteligentes quisieron disculparle, pero estas faltas en un *espada* acreditado y de inteligencia se pueden perdonar muy pocas veces. ¡ Adelante y *cuidao* con otra, señó Jeromo!

¡ *Várgame la Santísima Treniá*, y qué bonito que era el quinto! De Ciudad-Real, con divisa verde, y como si fuera pintado, retinto claro, bien encornado y muy gallardo; gustó sobremanera á los espectadores que se prometieron mucho de toro tan bien *plantaos*. En efecto, tomó diez y seis varas sin cansarse, nueve de *Francisco Ortiz* que llevó dos porrazos, y siete de *Miguel Velazquez Molina* que cayó al suelo tres veces, perdiendo el jamelgo en la segunda, y aun hubiera tomado algunos puyazos mas, si la autoridad, consultando la hora, no hubiera hecho la señal de banderillas.

Claváronle por lo tanto seis pares, y despues de algunos pases le concluyó *Guillen* de una baja y otra corta descabellándole por último.

Apareció acto continuo el sexto, de Colmenar, con divisa morada, colorado, hocci-blanco, corniabierto y blando. *Velazquez Molina* le arrimó cuatro puyazos y tres *Francisco Ortiz*, sin que en los siete hiciese de notable mas que un porrazo que le hizo dar al primero por casualidad. Claváronle en seguida cuatro pares y medio de palos, y dió fin de su vida *Juan Nuñez* (a) Sentimientos de una en los mismos rubios recibiendo. ¡Bien por el compadre *Sentimientos!*

El séptimo, retinto, corni-delantero y de calidad *boyante*, de la ganadería de D. Alvaró Muñoz, pudo haber hecho mas de lo que hizo, si los picadores no hubiesen estado tan pesados y la autoridad tan tolerante. Tomó once varas, seis de *Velazquez Molina* que rodó dos veces y perdió el caballo en la primera, y cinco de *Ortiz* que solo una vez midió la arena con los huesos.

Le pusieron á renglon seguido cinco pares de rehiletos, y lo despachó *Cándido* de una sobresaliente y un volapié en toda regla. Eso fué lo que se llama *golver pó el honor*.

Bastante tarde era ya cuando salió el octavo, de cuyas cualidades y demas no pueden darse muchos pelos y señales. Debió ser de Colmenar, porque de allí era el que faltaba. Que tomó algunas varas es indudable, pero cuantas, ni cómo, ni de quién, no lo sabemos nosotros y por eso tenemos que callarlo. Que le pusieron *banderillas* tambien es cierto, pero no ha llegado á nuestra noticia cuantos pares; y que

en seguida le mató *Guillen* es tan positivo que nadie lo ha puesto en duda , aunque hasta la hora presente se ignora ó no se sabe á punto fijo cómo , aunque hay quien asegura que fué de un *golletazo*. La verdad en su lugar.

La función del 24 de octubre de 1808 , que fué la última de aquel año , fué bastante divertida , y los espectadores salieron satisfechos aunque disgustados por tener que aguardar tanto tiempo para volver á ver nuevas corridas. Y en verdad que aun fué mas todavía de lo que ellos pensaban , porque el año de 1809 se pasó en blanco á causa de los acontecimientos políticos.

Y el francés luego que supo

Que era la última corrida ,

Se tiraba de los pelos ,

Renegaba y maldecía.

¡ Mi llegar tarde!... Carramba.

¡ Esto ser una desdicha!

¿ Me per que no haber mas torros?

¡ Oh , funesta sorte mia!

El año que viene jurro

Per la Santa Celestina

Venir á Madrid por Pascua

Para non perder un dia.

PRODUCTOS.

	Rs.	Mas.
Por la mañana.	73,695	
Por la tarde.	44,504	
Catorce toros muertos.	7,111	4
Siete caballos id.	492	
Aguadores.	145	
<hr/>		
Total.	125,447	4

Adicionalmente concibió las seis corridas de toros
 que hubo en el año de 1803, y no habiéndose ver-
 ficado ninguna otra en el siguiente de 1804, con
 objeto de que se celebrasen en forma esta-
 blecida que comprando los años desde que principia-
 mos a escribir las funciones hasta el día; hemos
 convenido sus redactores en que se llame el libro
 de 1803 con la propiedad del famoso torero. Para
 honrarlo, digno de elogio por sus conocimientos en
 el arte de torrear, y porque pocos son los diestros
 que en el día hayan sacado su escuela, y sus fines
 dejaron ver las mejores artes que se han conoci-
 do, cuya fama ha corrido por todas las plazas don-

PRODUCTOS

73,800
44,704
111,7

ADVERTENCIA.

153,447

Habiéndose concluido las seis corridas de toros que hubo en el año de 1808, y no habiéndose verificado ninguna otra en el siguiente de 1809, con objeto de que los aficionados tengan un tomo completo que comprenda los años desde que principiamos á escribir las funciones hasta el dia; hemos convenido sus redactores en que se llene el hueco de 1809 con la biografia del famoso torero PEDRO ROMERO, digno de elogio por sus conocimientos en el arte de torear, y porque pocos son los diestros que en el dia hayan sacado su escuela, y sus lances dejaron ver las mejores suertes que se han conocido, cuya fama ha volado por todas las plazas don-

de se han lidiado los toros de las mas acreditadas ganaderias.

Tambien al concluir la historia daremos el retrato de este célebre lidiador perfectamente litografiado y del original mas parecido que existe en esta corte, como el de los toreros notables segun hemos prometido.

Ademas, para no defraudar á nuestros suscritores, como buenos aficionados á la Tauromaquia, de las noticias que deseen de las corridas que se darán en este año, de cuantos lances ocurran y de todo lo notable que pueda presentarse en ellas, hemos determinado repartirles una entrega ó dos de las corridas, haciendo una relacion exacta de ellas segun su importancia.

Creemos que esta novedad les será muy grata, principalmente á todos los ganaderos y toreros, porque espresándose con claridad todos los pormenores de las funciones, sabran los primeros el juego que han dado sus vichos, y los segundos la aceptacion que han tenido en el público.

Despues de concluida la biografia de ROMERO volveremos de nuevo á la comenzada tarea de las funciones habidas en 1810 segun nuestros ofrecimientos, la que ha sido interrumpida por las razones manifestadas.

de se hallando los toros de las mas acreditadas
 grandezas.
 También al concluir la historia daremos el re-
 trato de este celebre lidiador perfectamente ilustra-
 dado y del cual mas tarde diremos algo en esta
 parte, como el de los toreros actuales y sus habi-
 tuades.

BIOGRAFIA

DEL FAMOSO TORERO

Ademas, para no olvidar a nuestros suscri-
 tores, como buenos aficionados á la Tauromachia, de-
 mos hacer presente que el Sr. Pedro Romero, en sus
 dias de juventud, de cuando hacia cosas de todo lo
 notable que pueda presentarse en ellas, hemos de-
 terminado repartirles una entrega ó dos de las cor-
 tidas, haciendo una relacion exacta de ellas segun
 su importancia.

PEDRO ROMERO.

Poco ó nada tenemos que añadir á lo que se ha di-
 cho por tantos historiadores de la procedencia del
 arte de torear, y de que desde los primeros tiem-
 pos en que se conoció esta clase de lucha la abra-
 zaron desde el *monarca* al *último pechero*, sin que
 nunca pudiese deshonrar á los que ejercian tal pro-
 fesion, por mas que algunas susceptibilidades la ca-
 lificuen hasta hoy de baja y despreciable. No se co-
 noce ninguna de mas elevado origen que la del toreo;
 y esto se prueba con tener presente que el primer
 picador que lidió toros en plaza cerrada, lanceándo-
 los á caballo, fué el invicto Julio Cesar, emperador

romano. Es mas que probable que trajese á España esta liza cuando vino á estas regiones á pelear y vencer á los hijos de Pompeyo, deduciéndose que á consecuencia de haber hecho la guerra en Africa, en donde venció á Juba, rey de Mauritania, se generalizasen en aquel pais las funciones de toros. Esto sin embargo de la opinion que tienen los célebres historiadores Cepeda, García Parra, Moratin y otros á que se refieren en su Tauromáquia Hillo y Montes, de que el origen del toreo es morisco, y que los moros lo introdujeron en España en los tiempos de su conquista. No hay duda que las corridas de toros se estendieron en España entre los musulmanes, de quienes las tomaron los cristianos al propio tiempo que estaban en uso los torneos y las cañas, dedicándose la nobleza á torear, cuando por los anatemas de la corte de Roma decayeron aquellas otras diversiones.

Segun la crónica, el primer español que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia fué D. Rodrigo Diaz del Vivar, el denodado cuanto ilustre y famoso Cid Campeador; aun cuando hay otros historiadores que dicen fué en uno de los encuentros que tuvieron los españoles dedicados á las batidas y cacerías de reses en el monte,

Sea de esto lo que quiera, el resultado es que no tardó el toreo en hacerse la mas frecuente diversion de la nobleza española. El espíritu de galantería que trae consigo la lidia, donde los enamorados caba-

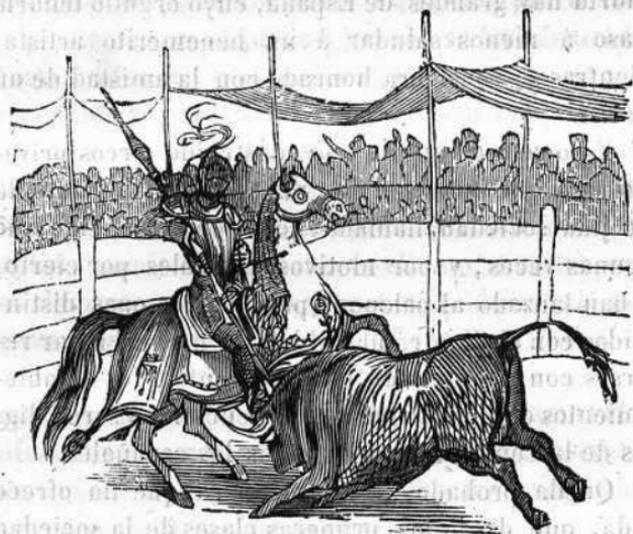
heros hacian alarde de sus proezas en presencia de la dama á quien amaban y ofrecian las demostraciones de júbilo y repetidos vítores y aplausos del entusiasmado pueblo, contribuyó al fomento de tan romántico espectáculo, no menos que la parte que los mismos monarcas tomaron en estas fiestas, no solo autorizándolas, sino incorporándose con la nobleza para alancear personalmente los toros. Siempre han sido los españoles tan esforzados como galantes, tan valientes como enamorados, pero en aquel entonces hasta los mas timoratos debian ser héroes en esta clase de lucha, sino querian merecer la critica y desden de las hermosas.

Segun la historia á la que nos vamos refiriendo, el emperador Carlos V alanceaba y rejoneaba los toros con una destreza sin igual, y asi es que á consecuencia del nacimiento de su hijo D. Felipe II, y en su celebridad, hubo fiestas reales en la plaza de Valladolid, y mató un toro de una lanzada.

Ademas de lo que dejamos relatado, y sin perder de vista cuanto se ha dicho por nuestros cronistas de las funciones de toros, es sabido que el rey D. Sebastian, D. Fernando Pizarro, conquistador del nuevo mundo, y D. Diego Ramirez de Haro, eran los que mas hábiles se ostentaron en alancear y dar muerte á los toros con el rejoncillo.

Tambien entre la nobleza española habia sus émulos y sus partidos: segun la destreza y el valor de los lidiadores, asi era su prestigio, y asi eran

mas admirados por el bello sexo. De aqui que el rey D. Felipe IV se llevase los aplausos de todos porque descollaba entre los mas entendidos y arrojados toreros; sin que dejasen de ser dignos de elojio por su destreza los famosos Cea, Cantillana, el duque de Maqueda, Velada, Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño, el conde de Villamediana, Gayo, Pueyo Suazo y el marques de Mondejar.



Con justo motivo los toreros pueden envanecerse del origen de su profesion, con solo recorrer la lista

de los primeros lidiadores, cuyos nombres entre otros muchos hemos citado con oportunidad.

¿Y se ha menguado la afición á esta lucha en nuestros días? ¿Acaso los toreros son tratados con desden ó se ven privados de toda relacion con nuestra aristocracia? no por cierto. Frecuentes son las corridas de toros que se ejecutan en privados circos, donde personas de la mas alta sociedad hacen alarde de su destreza y denuedo, sin desdeñarse de alternar con los mas distinguidos toreros de profesion; y en Madrid hay grandes de España, cuyo orgullo tendria acaso á menos saludar á un benemérito artista, mientras se considera honrado con la amistad de un torero.

Y no se crea que se han construido circos privados para que toreasen los altos personajes ante la escogida sociedad llamada del buen tono, sino que algunas veces, y por motivos laudables por cierto, se han lanzado al palenque público personas distinguidas con el filantrópico objeto de proporcionar recursos con que atender especialmente á los establecimientos de beneficencia, que encierran seres dignos de la consideracion de todos los españoles.

Queda probado de una manera que no ofrece duda, que desde las primeras clases de la sociedad hasta la mas infima han lidiado toros, sin que denigrase esta especie de diversion á ninguna; al contrario, se tienen cada dia en mas estima, tanto porque en ellas resalta la alegria del pueblo, como por-

que provienen de nuestros antepasados, única cosa que se ha conservado y mejorado hasta los tiempos que alcanzamos.

No estrañarán nuestros lectores que antes de hablar de la vida y hechos célebres del famoso lidiador PEDRO ROMERO, hayamos presentado los primeros hombres que conocieron el toreo, sus circunstancias y cualidades, para que despues pasemos á manifestar que estas funciones se sujetaron á reglas tan perfectas y tan entendidas, que es seguro en poseyéndolas con las circunstancias que ellas previenen, no pueden traer perjuicio á los que se han dedicado á esta profesion, ó al menos que sus riésgos no son frecuentes y pueden evitarse con mas facilidad.

Mucho se escribió por los señores Cepeda y Parra sobre la necesidad de crear una escuela de Tauromaquia en donde se aprendiese con todas sus reglas, poniendo al frente de ella un maestro con los elementos necesarios para llevar adelante la enseñanza de los que quisiesen dedicarse á el toreo. Y para probar la utilidad y conveniencia del establecimiento se apoyaron en las razones que llevamos manifestadas, como tambien en que no eran bastantes las casas mataderos para aprender las suertes los que gustasen dedicarse á esta profesion.

Tambien con el mismo objeto presentó una memoria el señor conde de la Estrella al rey D. Fernando VII, y en su consecuencia, vista la necesidad de la citada escuela de *Tauromaquia* por los inmen-

esos beneficios que con ella se tocaban, accedió á su instalacion en la ciudad de Sevilla en virtud de su real órden espedida en 28 de Mayo de 1850, disponiendo que dicha escuela se compusiese de un maestro dotado con doce mil reales, de un ayudante con el de ocho, y diez discipulos propietarios con el de dos mil reales, todos años. Que para este objeto se tomara una casa cerca del matadero donde viviesen el maestro, el ayudante y algun discipulo, si fuese huérfano: que para el alquiler de aquella se pagase seis mil reales, y veinte mil para gastos imprevistos: que las capitales de provincia y los puntos donde hubiese maestranza contribuyesen para los gastos indicados con doscientos reales por cada corrida, las demas ciudades y villas con ciento sesenta, y la de ciento por cada una de novillos que se concediesen; y que los intendentes se encargaran de la recaudacion con otras condiciones que no son de este lugar; y para el cumplimiento de todo se pasó una circular de dicha real resolucion, fecha 1.º de junio de 1850.

Sabido es de todos que la escuela de que dejamos hecha mencion está en un completo abandono, cuando no tan solo era urgente su radical reforma y una decidida proteccion, sino que en diferentes puntos de la monarquía debian ponerse iguales establecimientos, principalmente en la corte; porque desde luego sin esforzar los argumentos se concibe, que si con solo la aficion y las lecciones que se han dado

en los mataderos y luego en las plazas han salido tan buenos y acreditados diestros; enseñándose por principios con los requisitos minuciosos que el arte requiere, es seguro que despues de practicarlo con los vichos se conseguiria un dominio aventajado mucho mas que el que se conoce hoy, lográndose al mismo tiempo que se aumentase el número de los lidiadores buenos que por desgracia van disminuyendo de dia en dia.

Pasemos ahora á ocuparnos del afamado torero PEDRO ROMERO con la imparcialidad que nos caracteriza, para llenar cumplidamente nuestra promesa.

Hay una ciudad en la provincia de Málaga que se llama Ronda, la que se compone de diez y ocho mil seiscientos setenta y ocho habitantes; está situada en la parte mas meridional de Andalucía, en una elevada roca, á la márgen del Guadalebe, que toma el nombre de Guadiaro: está dividida la poblacion en dos partes por un horroroso precipicio, y para su comunicacion tiene dos puentes magníficos; su temperamento es hermoso y saludable.

En esta ciudad, y en la madrugada del dia 19 de noviembre de 1754 nació PEDRO ROMERO: educado como regularmente sucede en pueblos de provincia, y cuando á la vez no se tienen todas las comodidades que la vida necesita, ningun oficio ni carrera habia emprendido que pudiera lisonjearle.

Desde sus primeros años desarrolló unas fuer-

zas hercúleas , en términos que los jóvenes con quienes se reunía no querían entrar con él en lucha: al mismo tiempo descubrió una destreza en las piernas, y una agilidad en los movimientos que , sin disputa, enseñado por principios habria sido un aventajado gladiador.

A los pocos años de edad se le conoció una marcada inclinacion al toreo , puesto que con muchachos de su tiempo establecia esta clase de diversion, haciéndola mas monotoná por las diferentes suertes que inventaba. La ciudad que hemos dejado ligeramente reseñada tiene una magnífica plaza de toros, en la que se han corrido los de las mejores ganaderías , siendo tan célebres las funciones que en ella se verifican todos los años, que acuden de todas partes de la Península , tanto con este objeto, como para asistir al grande mercado que se establece con motivo de la feria , siendo de las mas concurridas de cuantas se conocen.

A la edad de quince años el joven PEDRO ROMERO tenia una estatura colosal, y le acompañaba robustez y buenas formas. No se corrían toros y novillos que no asistiese á verlos, y jamás dejó escapar lo mas insignificante de la suerte de los diestros. De día en día crecia su aficion , y ya en la casa matadero, ya en la plaza se le veia hacer con las fieras algunas habilidades.

Llegó una época en que no pudo resistir á su dominante pasion , y á los diez y seis años ya estaba

ajustado como banderillero en la citada plaza de Ronda.

Desde los primeros dias de su salida al circo hizo concebir grandes esperanzas; y en efecto que no fueron defraudadas, porque cada mes, cada semana y cada día adelantaba ROMERO en su profesion de una manera admirable, siendo la emulacion de todos sus compañeros. De banderillero hizo cosas dignas de elojio, sus suertes fueron repetidas veces aplaudidas, y como estoqueador de toros llevó su fama por todas partes de la Peninsula, y se tiene con justo motivo por una célebre notabilidad en su clase, entre los antiguos y modernos inteligentes y aficionados Taurómaquicos.

Entrado en los diez y siete años se le ajustó para matar toros en la misma Plaza; y desde entonces se le vió en los demas Circos de España llevar en pos de sí los aplausos y vitores que el pueblo le prodigára, y siempre fué tan atento y caballero que no pudiendo de otra manera recompensar tan distinguido aprecio, se esforzaba en el desempeño de su ejercicio, adquiriendo de dia en dia nuevos laureles, por mas que almas mezquinas é innobles odios quisiesen arrebatarle su bien sentada reputacion.

A esta alma grande y generosa reunia las circunstancias que deben adornar á un buen torero, y que pasamos á detallar ligeramente.

La primera virtud es el valor, sin el cual nadie puede abrazar tal profesion, porque al ponerse

delante de la fiera no debe pensarse mas que en concluir-la, y hacerlo con gracia, con maestria, sin torpeza.

La segunda es la serenidad para mirar el vicho y cuadrarse á su frente, porque faltando aquella, todo es bulla, coraje, ceguedad, riesgo continuo y desgracias inevitables, como la esperiencia lo ha probado en muchas y repetidas ocasiones.

La tercera es tener buenos piés, no para huir (accion indecorosa en el que mata) sino para afirmar los pasos, ó falsearlos, á tiempo en los escapes, córtés, vueltas y riesgos para burlar la acometida de la fiera y salvar el cuerpo el lidiador.

La cuarta consiste en el arte y manejo de la muleta, con la que provoca, le corta, le atrae, le sujeta y le hace estar á raya, humillando su altiva cerviz, hasta que preparada la fiera á la muerte le dirige la estocada sin peligro.

Y la quinta la seguridad del pulso y empuje del brazo derecho, para acertar y penetrar recia y profundamente la estocada.

Estas son las cualidades indispensables de un buen lidiador, y estas las mismas que poseia ROMERO; sin perjuicio de otras prendas accidentales que le acompañaban, cual era la estatura, la fuerza, la agilidad y la robustez; y las llamo accidentales, porque no está en manos de ningun torero adquirirlas, si bien recomiendan al que las tiene.

PEDRO ROMERO era muy primoroso, y los adornos

y gracia en las suertes, suelen robar generalmente los ojos y los aplausos de los espectadores; y así es que á su figura le acompañaba el desembarazo, soltura y aire de confianza con que salía á buscar al toro, donde quiera que estuviese, sin ayuda de acólitos; la gallardía y arrogante postura con que se le presentaba, la serenidad del semblante y firmeza de acción con que le aguardaba y provocaba, el garbo y brio en meter y sacar la espada, el buen continente al remate de este lance, sin huir de la vista y aliento del toro herido ó irritado, ni *desamparar jamás su puesto*, dentro del círculo en que conocía debía dar fin á la fiera, eran condiciones que poseía este aventajado torero, y las mismas que deben usar los que sigan esta profesión.

ROMERO tenía de su parte á todos los aficionados é inteligentes, no porque matase con acierto ó sin él, sino porque era torero en toda la estension de la palabra, pues que siempre no había de tener un compás para las estocadas, á pesar de que las dirigía como ninguno, pues el matador que lo hace por impericia, cobardía ó poco conocimiento, entonces no merece el nombre de torero; y á la verdad, ¿cómo se concibe que el que ha muerto de la primera estocada dos toros bravos, no lo hace después con los tres restantes, ni á la cuarta, ni á la quinta? ¿Acaso ha perdido entonces las fuerzas, la destreza, y por último las reglas que para esta suerte se necesitan.....? No señor, esto consiste en lo que

se tiene dicho con antelación, y el público conocerá que está de nuestra parte la razón y la justicia. Siempre ha sido mala regla la de juzgar la habilidad de los espadas por la mayor ó menor brevedad en la muerte del toro, como no dependa la demora de machaquería ó chapucería del lidiador, que en este caso no cabe ninguna especie de disimulo. Además los toreros tienen sus días para el acierto, y no todos está el cuerpo del lidiador tan ágil, ni los toros de ayer son los de hoy, ni los que tocan á uno tocan á otro, y aun cuando fuesen los mismos no se está en igual disposición que en la tarde anterior que tan bien lo hizo.

Dos músicos, por ejemplo, se pueden comparar tocando ambos el mismo papel, y con un mismo violín, porque sabido es que en este caso ninguno de los dos profesores tiene que contar con lances imprevistos, ni de los que se llaman de azar, ni de los demás que son conocidos en la lidia, como los toreros que nunca ejercen su maestría y habilidad sobre un mismo toro, como les sucede á los músicos que es sobre el propio papel en que pueden tocar dos ó mas profesores.

Es necesario convenir, y en lo cual deben estar conformes todos los inteligentes y verdaderos aficionados, que PEDRO ROMERO no era mas torero el día que mataba con reconocida fortuna, que el día en que por las circunstancias imprevistas que tiene esta clase de suertes las ejecutaba con alguna des-

gracia, imposible de poderse remediar; porque el mérito principalmente consiste en el arte y modo lucido con que se ejecuta aquella, y en lo cual, segun todos los datos que tenemos á la vista, y á lo que hemos oido á los inteligentes que vieron á ROMERO por multitud de años, siempre fué guardando en todos sus lances lucimiento, garbo, maestria y las demas circunstancias que constituyen un verdadero estoqueador de toros.

Hecha esta esplicacion, muy oportuna por cierto, porque sirve á nuestro propósito y porque con ella se dan razones poderosas para que se deduzca el positivo mérito de las espadas, por mas que alguno que otro dia no tengan tanta fortuna como en los demas, pasaremos á manifestar cuál es y en qué consiste la salvacion del lidiador cuando se dirige á dar muerte á la fiera, si es que su serenidad é inteligencia le hace ejercitar la suerte con la maestria debida, como le sucedia al diestro cuya biografia estamos escribiendo.

El timon de esta nave es la muleta, en que ROMERO era inimitable, ya llevándola horizontal al compas del ímpetu del toro, ya llevándola rastrera como barriéndole el piso donde ha de caer, ó que ha de besar mal de su grado: aquella muleta jamas huyó ni se alejó de la vista de la fiera, obediéndola como un caballo á el freno; en esta muleta, repetimos, libró ROMERO su vida una porcion de veces, saliendo de muchos riesgos en que le metió su valor y confianza.

En estos actos de peligro y de lucimiento que egercita el lidiador antes de caer el toro muerto, se habian de fijar los ojos del público.

No nos admira el torero que se mete en los riesgos por temeridad, si sale de ellos acobardado y tembloroso; el que nos asombra es el que entra conociéndolos como le sucedia á ROMERO, y sale con aquella serenidad que lleva consigo la esperiencia y confianza. Nunca le faltó esta presencia de espíritu, siempre tranquilo y risueño delante de la fiera, no usó jamas de la espada, sino en el lance preciso de ir á darle muerte, sirviéndole en el interin mas bien para equilibrar el peso de la otra mano, que para resguardo y defensa.

¿Qué diremos de aquella máxima en que se afianza el honor del estoqueador, de nunca huir ni correr delante del toro, bien ó mal herido, con la espada y la muleta en las manos? ¿Ni menos saltar la barrera antes ó despues de haberlo herido, porque esto ya es caso vergonzoso? El lidiador no debe contar con sus piés, sino con sus manos: en la plaza ha de matar ó morir; la barrera se ha hecho para los chulos indefensos y para los ginetes caidos. ROMERO tenia la propiedad de nunca perder la vista del toro, ni su aliento, despues de haberle dejado clavada la espada, no retirándose precipitadamente, como lo hacen otros, á veces sin que el toro se mueva.

No puede ocultarse á los ojos del entendido pú-

blico que el diestro que dejamos reseñado, desde sus primeros años, y principalmente desde los en que se dedicó al toreo, concibió la idea de que la serenidad é inteligencia de la muleta eran las mas indispensables bases para tener buenos resultados en su profesion; y asi es con efecto que no se engañó, cumpliéndose exactamente sus vaticinios. No habia en aquel entonces capital de provincia, ni el mas insignificante pueblo que no admirase la maestría y gracias del entendido PEDRO ROMERO, y asi es que los aficionados han traído su fama y mérito á nuestros dias, corriendo hasta la mas remota posteridad. Ademas de estas notables acciones reunia trato dulce y amable, que cautivaba el corazon de cuantos le conocian, y por do quier se le alababan sus gracias y se referian con entusiasmo sus buenas acciones, y cuya filantropia atravesó toda la Península, porque no hubo persona, fuese del sexo que fuese, que no tuviese una muestra de gratitud y reconocimiento del torero que vamos descifrando. Su orgullo lo hacia consistir en las maneras circunspectas y juiciosas, en parecer bien á sus amigos, en no hacerse fastidioso y no dar importancia á su mérito como lidiador; circunstancias que hoy no se encuentran, y que debemos considerar como un mal, atendida la escasez que tiene España de buenos estoqueadores. Tampoco podremos pasar en silencio, porque nos espondríamos á la censura justa de nuestros lectores, la parte, y no

era la mas pequeña, de desinterés con que miraba sus ajustes: toda su vanidad consistia en que viesen los deseos que le animaban para servir á los que le ocupaban, cuanto por trabajar á gusto y satisfaccion de los que enamorados de sus reglas taurómacas iban á presenciarlas, tributándole los mayores aplausos. En toda su vida se encuentra un acto vergonzoso por el cual se pusiese en duda su honrra de bien. En la mas encopetada sociedad tenia entrada ROMERO, y no habia titulo, ni dama encantadora, como personas de la clase media, que no alternase con este hombre célebre, llevándose la atencion de las hermosas y poniendo en tortura el corazon de los enamorados, que en muchas ocasiones habrian preferido un cambio de nacimiento, trocando su linda casaca, su chupa y calzon de riquísimos bordados en plata y oro, con los de punto y chaquetilla de alamares del célebre Romero. ¡Cuántos jóvenes aristócratas habrian querido recibir sus aplausos y llevarse en pos de sí las miradas de tantas beldades, sin acordarse de la cuna que les meció y de los pañales en que fueron envueltos!!! Sin perjuicio de que ROMERO era la admiracion de los aficionados y que arrastraba las simpatías de cuantos le trataron, nunca adquirió émulos contra su persona, ni los ódios llegaron á poner en conflicto al hombre que conocia su posicion y las circunstancias de que estaba rodeado, sin que le halagára ni envaneciera (como sucede en el dia á muchos) su

maestría é inteligencia, como la gracia y soltura con que hacia las suertes á las fieras, y los obsequios que con repetición recibia desde el primer magistrado al último ciudadano. Entre sus compañeros gastó un trato amable y franco, y siempre fué querido y respetado, porque en las corridas no consentia que ningún diestro se desmandase, y al contrario con espresiones dulces, pero llenas de gravedad, imponia silencio á los unos, y á los otros les hacia cumplir con los deberes á que estaba comprometido: fiel observador de los preceptos de la autoridad, no se le vió resentirse de sus providencias, ni menos que una ligera reprensión, ni el mas insignificante incidente turbase el semblante de ROMERO, porque durante los dias de su vida en que libró la subsistencia con el arte de torear, no sufrió la mas leve reconvención por parte de la autoridad; al contrario que se captó el aprecio de aquellas, y en mas de una ocasión, y en diferentes puntos de la Peninsula, salvó á sus amigos y compañeros de los disgustos que trae consigo el hombre que arrastra una vida licenciosa, principalmente en los que su educación no fué la mas sana y elevada. No hubo casa de beneficencia que no sintiese algún alivio con los socorros que les prodigaba el célebre diestro de que vamos haciendo referencia, ni tampoco pobre que llegase á sus puertas pidiendo hospitalidad: pródigo con la mendicidad, y enemigo de los vagamundos, dió ejem-

plos de una moralidad y virtud á toda prueba, mas digna por cierto para un ministro de la nacion española, que para un torero ; pero como estamos en la patria de los vice-versas, no es de estrañar esta conducta en seres tan diferentes en educacion y vida. ROMERO no tan solo dió cantidades exclusivamente á sostener las casas de beneficencia, sino que lo hizo de la utilidad de muchísimas corridas de toros en que su importe total se invirtió en el auxilio de aquellos desgraciados, y que ojalá otras personas de distinta especie y categoría hubiesen hecho lo mismo, seguro que mas ventaja habrian tenido aquellos infelices, dignos de la conmiseracion pública. ¿Quién puede poner en duda esta conducta original que llevó ROMERO consigo hasta exhalar el último aliento? ¿Ni quién no conocerá que este hombre fué una notabilidad en su clase? Como padre de familia fué cariñoso, lleno de virtudes sin cuento. Como filantrópico ejercitó buenas acciones propias de un monarca, y de esculpir las en bronce para eterna memoria; y como lidiador fué su vida de las mas ejemplares que se conocen entre los de su profesion. Ninguna persona antigua y moderna, ni ninguno de los que han escrito sobre las condiciones de los toreros podrán presentar el mas pequeño lunar en la carrera taurómaca de ROMERO, porque es bien sabido que si entre los suyos hubo alguna rivalidad, él mismo la hacia desaparecer, por mas que se tenga presente el refran « quién es tu enemigo, el que es de tu oficio. »

Muchos lances se cuentan de la vida del famoso PEDRO ROMERO, y nosotros tenemos á la vista apuntes de los mas célebres que le han ocurrido durante su profesion, y que dan una clara idea de su maestría, y de que reunia todas las condiciones que se necesitan para ser buen torero, y no cumpliríamos con nuestro deber si dejáramos de indicarlos: he aqui los que le honran sobremanera, que escribió un aficionado, y que á fuerza de trabajos hemos conquistado.

« En el año de mil setecientos setenta y ocho estu-
« vo trabajando PEDRO ROMERO en la plaza de Cádiz
« con JOSÉ DELGADO (a) HILLO, célebre tambien en el
« arte de torear; en la primer tarde de la tempo-
« rada, y al primer toro, armó la espada y muleta y
« se la cedió á Hillo; este se fué al vicho, le dió un
« pase, y en seguida echando mano á su sombrero de
« castor que se estilaba entonces, lo concluyó de una
« buena estocada. Con este motivo los espectadores
« prorumpieron en aplausos y palmadas, porque bien
« lo merecia. Salió el segundo toro, que era de los
« padres de Santo Domingo de Jerez, llegó la muerte,
« el animal se paró en medio del ruedo, y la jente es-
« taba esperando lo que hacia ROMERO: este con la gra-
« cia que le acompañaba armó su muleta, vase al vi-
« cho, y así que llegó á una distancia regular le citó,
« y el toro tan luego como se enteró, antes de que
« partiera tiró ROMERO la muleta, se quitó la cofia y
« tambien la tiró quedándose con la peinilla que la

• sujetaba, que seria como un par de dedos de ancha:
• dió dos ó tres pasos hácia el animal y viéndole tan
• cerca le arrancó; pero el formidable brazo de Ro-
• MERO y su inteligencia lo concluyó de una magní-
• fica por todo lo alto de los rubios. Los especta-
• res le han aplaudido con repeticion y con justicia.

• « En el mismo año en la plaza de Sevilla, ROMERO
• le mató un toro á HILLO porque este no pudo con-
• cluirlo por tener una cojida, y ROMERO lo acabó es-
• tando á bastante esposicion por librarlo.

• « En las fiestas Reales que hubo en la corte por
• la jura del Señor D. Carlos IV mandó llamar el
• señor Corregidor á ROMERO y á HILLO, y entre am-
• bos se echaron suertes de quién habia de ser pri-
• mer espada, y le tocó á ROMERO; en su consecuen-
• cia le preguntó el señor Corregidor: *¿Supuesto que*
• *le ha tocado á V. ser el primer espada, se obliga á*
• *matar los toros de Castilla?* A lo cual le contestó:
• *todos los toros que pasten en el campo, me obligo á*
• *ello; pero es preciso me manifieste el motivo de la*
• *pregunta.* En este estado el Corregidor sacó un pa-
• pel y le dijo, lo pregunto porque este memorial lo
• han puesto el famoso Joaquin Rodriguez Costillares
• y José Delgado Hillo, y delante de los mismos lo
• leyó, en que suplicaban se prohibieran los toros
• de Castilla. Á consecuencia de la conformidad de
• ROMERO en las citadas funciones se lidiaron vichos
• de los de Castilla, matándolos todos segun habia
• prometido, á escepcion de uno que por equivoca-

« cion ó por culpa del tío *Gallon*, que los apartaba, se lo echaron á PEPE HILLO: tocaron á muerte, y se fué el toro al rincón del Peso Real, y aquel en su busca, y viendo ROMERO en el sitio que estaba le dijo: «*compañero deje V. le sacaremos de ahí.*» Volvió la cara HILLO y lo miró como con desprecio, por lo cual se retiró ROMERO, y el resultado fué que el toro lo cojió á aquel, y lo hirió muy mal; entonces ROMERO lo agarró y lo llevó al palco de la *Excm. señora condesa de Osuna* y desde allí á la enfermería, estando un cuarto de hora sin volver á la plaza, pero cuando lo hizo todavía estaba el animal en el mismo sitio; al momento que vieron á ROMERO los otros espadas empezaron á armar sus muletas, y les dijo: «*después de tanto tiempo ninguno ha muerto al toro, y ahora que me han visto quieren todos hacerlo.*» Armó la muleta, se fué delante de la fiera á una distancia regular, y á una de las citas arrancó, se cambió y recibéndolo á seguida lo acabó de una estocada. En la plaza de las Angustias de Jerez de la Frontera, ROMERO le mató otro toro á Hillo por haberle dado una cojida en la ingle, sin otros varios casos que han pasado.»

Además de los hechos que dejamos referidos tiene otros de importancia, y que nos ha parecido muy conducente que nuestros lectores los sepan. Hemos podido recuperar los apuntes de un torero que hablando de PEDRO ROMERO, dice: «En la plaza

« de la puerta de Alcalá le mató otro toro á Joaquín
« Rodríguez Costillares en estos términos: estando el
« señor don Carlos IV viendo los toros, le suplicó si
« le concedía el permiso de matar uno y el rey acce-
« dió á esta gracia; con este motivo tomó la espada
« Costillares y la muleta haciendo el saludo á S. M. y
« se fué y pasó al toro, se presentó á la muerte, le dió
« una estocada y cojió los huesos: se preparó á otra y
« sucedió lo mismo, y conociendo que no podía con-
« cluirlo por el tumor que tenía en la mano se lo hizo
« presente al rey y este le dijo que si no podía no lo
« hubiera solicitado; entonces ROMERO tomó la muleta
« y la espada y lo mató de una estocada. A Francis-
« co Garcés lo hizo también de dos toros, uno en la pla-
« za de la puerta de Alcalá y otro en Sevilla, estando
« presente el señor don Carlos IV. En el Puerto de
« Santa María le acabó otro á JUAN CONDE, haciéndolo
« Romero con tanta gracia y volviendo la cara al pú-
« blico que le valió muchos aplausos, diciendo al mis-
« mo tiempo «muchachos que entren las mulas.»

Por último, un aficionado desde Jerez escribió á un amigo de la corte, y entre otras cosas le decía:

« Hoy ha estado felicísimo PEDRO ROMERO y ha he-
« cho lo que no harán todos los matadores del mundo,
« ha muerto un toro que se había hecho receloso y de
« *sentio*, y cuando iban entrando en el ruedo las mu-
« lillas para arrastrarlo se le dieron voces de «*Rome-
« ro: huye, huye*» y en efecto volvió la cara y se encon-
« tró un toro escapado que estaba entre puertas para

«entorilarle, y viéndose perdido si echaba á correr
«determinó recibirlo á la muerte, y lo agarró
«tan bien, que acabó en el mismo instante que el que
«tenia á su espalda, y las mulas sacaron los dos á la
«vez, valiéndole muchos aplausos y obsequios.»

«Tenemos á la vista una carta fechada en Madrid
á 17 de julio de 1789 en que el picador Manuel Gi-
menez le decia á un amigo. «Esta tarde he podido
«quedar en los cuernos de un toro y debo mi vida á
«la inteligencia y oportuno capote del maestro PE-
«DRO ROMERO, cada dia mas célebre y admirador de
«sus discipulos y aficionados.»

«El tercer toro me ha puesto en un aprieto: ani-
«mal de mucha cabeza, de bastantes libras, y re-
«matando al bulto, tan luego como le cité me ar-
«rancó, y le puse una vara por cima del buguero,
«cuando sintió el hierro se creció, y recargando de
«nuevo, me tiró delante de la puerta del arrastra-
«dero, se levantó el caballo y me quedé tendido á la
«larga á cuerpo descubierto: ROMERO se hallaba á
«una distancia regular con el capote en la mano, y
«el toro puso la vista en mí sin embestirme, y so-
«lamente se alegraba cada vez que miraba á ROME-
«RO, y de cuando en cuando lo hacia á mí, y tan
«luego como lo advertia aquel le meneaba el capo-
«te y volvía á mirarle. Esta disposicion del vicho
«era fatal, y mi vida corria un riesgo inminente, por-
«que no partiendo á ninguno de los dos, y perma-
«neciendo aplomado, le daba lugar á dirigirse á cua-

« lesquiera y dar una cojida : en esta confusion oigo
« la voz de Romero que me dice : « *tio Manuel leván-*
« *tese V. sin cuidao* » yo quise hacerlo pero como es-
« taba tan pesado tardé en verificarlo , y á seguida
« tomé barrera : ROMERO se fué retirando andando
« para atras , hasta una cierta distancia : el toro se
« mantuvo quieto en el mismo sitio , y aquel no cor-
« rió no fuese que la fiera se volviese y en vez de
« seguirlo diese conmigo , en cuyo caso no hubiera
« podido librarme , porque aun permanecia en el
« estribo de la barrera . »

Un aficionado escribió á otro de Cadiz desde esta córte en 23 de mayo de 1785 , y hablando de ROMERO , entre otras cosas le decia :

« *Entren todos y salga el que pueda* : Romero es
« el primer torero del mundo , su muleta es de lo
« que no hay ; los toros de esta mañana , á pesar de
« ser muy bravos , los ha muerto con gracia y muy
« bien , pero le hemos visto hacer un quite al pica-
« cador Carmona , que solo estando presente se pue-
« de elojiar cual corresponde , pero como V. es in-
« teligente se lo espresaré para que sepa lo que vale
« esta cuadrilla con semejante gefe á la cabeza : de-
« bajo del balcon del señor correjidor estaba Carmo-
« na en el quinto toro , este le arrancó , y sin per-
« juicio de que aquel lo agarró bien con la puya , el vi-
« cho era muy duro , y por último le dió una caida
« y quedó tendido debajo del caballo , este se levan-
« tó y Romero le metió el capote al toro y lo se-

« paró del caballo, pero aquel se paró, y en este instante se levantó Carmona y quedó de piés entre Romero y el vicho, y viendo el primero que no podia hacer el quite sin ponerse delante del Carmona, por estar el toro tan avanzado á él, se le ocurrió á Romero darle un fuerte empellon á Carmona, dejándolo caer de boca, y pasándose el capote á la mano izquierda, y echándose un poco fuera le hizo el quite con la velocidad que requiere un lance tan peligroso, puesto que los espectadores estábamos con una ansiedad terrible durante aquella escena: tan luego como se levantó Carmona se fué derecho á Romero y le dió un abrazo como en premio de haberle librado de la muerte. El público se deshizo en repetidos aplausos.»

Muchos otros hechos brillan en la vida de PEDRO ROMERO, y mas de una vez ha libertado su capote la de otros diestros que por no causar á nuestros lectores no los espresamos.

ROMERO reunia á su maestría en el arte de torear, su desprendimiento humanitario como el que mas, dejando buenos productos á las casas de beneficencia, y asi es que el año de 1794 en las diez y ocho corridas que hubo en esta córte, dejó en cada una á favor del real hospital trescientos reales, que todas importaron cinco mil cuatrocientos reales. En el año siguiente hizo igual donacion, siendo secretario del dicho hospital D. Ignacio Marcoleta.

Hemos ajustado una cuenta minuciosa de los

toros que ha muerto ROMERO desde el año de 1771 hasta el de 1799, que van veinte y ocho años, y suben al número de 5,600: este hombre célebre murió en la ciudad de Ronda, su patria, el día 10 de febrero en su tarde del año 1839, entre el sentimiento general de sus discipulos y aficionados.

FIN.





Est. 2

637

